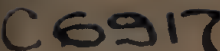
COLECCION SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO VIII



COLECCION SELECTA
DE
Antiguas Novelas Españolas

TOMO VIII

LA MOGIGANGA DEL GUSTO

EN SEIS NOVELAS

POR

DON ANDRÉS SANZ DEL CASTILLO
Natural de la Villa de Brihuega

Publicadas con una introducción

por

DON EMILIO COTARELO Y MORI
De la Real Academia Española

MADRID, 1908

PUBLÍCALAS LA
LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES
Travesía del Arenal, 1—MADRID

IMPRENTA IBÉRICA, DE ESTANISLAO MAESTRE
POZAS, 12.—MADRID

PROLOGO

Del autor de estas novelas no tenemos más noticias auténticas que las que él propio ha querido darnos en la portada y preliminares de ellas. Sabemos, pues, que había nacido en la villa de Brihuega, provincia de Guadalajara, y que su nombre completo era don Andrés Sanz del Castillo.

El erudito é inteligente D. Juan Catalina García, que incluyó á Castillo en su gran *Biblioteca de Escritores de la provincia de Guadalajara*, página 55, dice que no pudo hallar la partida bautismal de nuestro novelista; pero menciona la de matrimonio, efectuado en Brihuega el 13 de Marzo de 1590, de un Pedro Sanz, hijo de Juan Sanz y María del Castillo. El Sr. Catalina García, sin desconocer la dificultad cronológica que resulta, se inclina á creer á los dos últimos padres del autor de la *Mogiganga*,

y, por tanto, hermano suyo al recién casado en 1590. Pero la concordia de los tiempos aconseja, según creemos, tener al referido Pedro Sanz, como padre y no hermano de Andrés, sin que sea obstáculo el que éste haya usado los dos apellidos paternos, por ser el hecho cosa harto repetida en aquellos días, como se ha visto en su casi homónimo D. Alonso del Castillo Solórzano, autor incluído en esta colección de antiguas novelas.

Si la inducción fuese cierta, habría nacido Sanz del Castillo poco después de 1590, teniendo, por ende, más de cuarenta años cuando dió al público su *Mogíganga del gusto*.

Damos por cierto que hizo estudios en la Universidad de Salamanca; la seguridad y conocimiento con que en la novela tercera habla de aquella ciudad y su célebre escuela, lo hacen probable; y que era hombre de ley, tal vez relator ó escribano, lo indican muchos pasajes de sus obras.

Como él mismo asegura al principio de *La muerte del avariento*, residió algo más de dos años en Sevilla. No puede dudarse que igualmente habitó en Granada, después de

leer la novela *Pagar con la misma prenda*; ambas ciudades tenían, como es sabido, audiencia ó chancillería. Teníala igualmente la capital aragonesa, donde se hallaba en 1641, y donde dió á luz la obra de entretenimiento que á continuación reimprimimos (1).

Dedícola á don Francisco de Funes Villalpando, caballero aragonés, aficionado y cultivador de este ramo de literatura. En

---

(1) Como por error del copiante y mal estado del ejemplar de la *Mogiganga*, existente en la Biblioteca Nacional, que ha servido para la reimpresión, no se ha estampado exacta ni completamente la portada de este libro, la reproduciremos con más puntualidad, adicionada en vista del ejemplar que tuvo presente y describió el Sr. Catalina García.

La Mogiganga | Del gvsto, en | seis novelas | A don Francisco de | Funes Villalpando y Ariño: Primogeni | to del Marqués de Ossera, señor de las | Baronias de Quinto y Figueruelas, y de | la Villa de Estopeñan, Caballero de la | Orden de Santiago, Capitán de Cauallos | que fué en el Reyno de Milán, y electo | Maesse de Campo de Infanteria | Española por su Ma | gestad. | Por don Andrés del Casti | llo, natural de la villa de Brihuega, en el | Arçobispado de Toledo, | 15. | (Adorno tipográfico). | *Con licencia: En Zaragoça, por Pedro*

esta dedicatoria declara Sanz, ser forastero en Zaragoza y carecer de valimiento, razón por la que acude al referido Mecenas, con el fruto de sus vigilias.

Y aquí terminan las noticias personales que tenemos del autor de la *Mogiganga del gusto*. Don Nicolás Antonio, que sólo de oídas la conocía, pues equivoca su descripción, afirma que es igualmente ridículo el

---

Lanaja y Lamarca, | Impresor del Reyno de Aragon, y de la | Vniuersidad. Año 1641.

8.°, 2 hojas prels. y 236 páginas de texto.

Don Pedro Salvá en su *Catálogo*, tomo 2.°, página 183, describe una edición que, aunque del mismo año, ciudad é impresor, parece ser algo distinta, pues asegura que en la portada lleva la palabra *Sanz,* y llama al autor «natural de Berhuega»; da al tomo 4 hojas preliminares y dice que al final lleva una hoja con un escudo de armas.

Reimprimióse á principios del siglo XVIII, con el siguiente título:

La Mogiganga del gusto en seis novelas, Por don Andrés del Castillo, natural de la Villa de Brihuega, en el Arzobispado de Toledo, Segunda impresión. Añadido vn Cathalogo de Libros de Novelas, Cuentos, Historias y Casos trágicos, para dar noticia á los Aficionados. Año (Escudo del impresor) *1734, Pliegos 19. Con licencia. En Madrid, A costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero*

argumento de las novelas que el título común de ellas. No suscribimos el dictamen de aquel autorizado bibliógrafo. El asunto de las seis novelas del tomo nos parece interesante y bien proseguido.

Su principal defecto, aplicable á todas las obras de aquella época, es la afectación algo pedantesca del estilo, desproporción en los

---

de Camara de su Magestad: se hallará en su Imprenta y Librería, Calle de Santo Thomás, junto al Contraste.

8.°, 4 hojas para el *Catálogo* de novelas que se anuncia en la portada, dos más para la *Licencia del Consejo* (sin fecha); *Fee de erratas* (8 de Junio de 1634), *Svma de la tassa é Indice de las novelas contenidas en este libro.* Texto de 285 páginas, si bien por errata dicen las dos últimas 384 y 385.

En la *Colección de novelas escógidas*, publicadas en Madrid en 1787 á 1790, se hallan (tomo VII, páginas 359 y 419) las dos novelas de Sanz del Castillo *La muerte del avariento* y *Pagar con la misma prenda*, y de esta colección tomó para la suya de la *Biblioteca de Autores españoles* (tomo 38, página 507) D. Eustaquio Fernández de Navarrete la primera de las dos referidas novelas.

Es errata en el *Catálogo* de Sánchez, el atribuir á Andrés del Castillo una novela titulada *Huertas de Valencia*. Los verdaderos autor y título de esta obra son: *La Huerta de Valencia,* por D. Alonso de Castillo Solórzano.

calificativos y prosopopeya excesiva en la expresión de los conceptos. En cambio es libro bastante rico de vocabulario, y de palabras derivadas que forma el autor con habilidad, novedad y gusto.

Para acompañar á estas novelas de Sanz del Castillo, habíamos pensado reimprimir la *Mogiganga del gusto*, impresa en Zaragoza en 1662, y atribuída al esclarecido jurisconsulto madrileño don Francisco de la Cueva y Silva (1); pero mejor mirado el asunto, hemos desistido, por ahora, con fundamento en las razones que siguen.

---

(1) *Mogiganga* | *Del Gusto* | *En* | *seis Novelas.* | *Y estorbo de* | *vicios.* | *Compuesto por* | *Don Francisco la Cueva* | *natural de la Villa de* | *Madrid.* | *Con licencia.* | *En Zaragoza, por Juan de Ibar. Año 1662.* | *A costa de Josef Alfay, mercader de Libros.*

8.°, contiene en los preliminares: *Tabla de las novelas que hay en este libro.* Censura del M. *R. P. M. Fr. Juan de Campos,* trinitario, «residente en el Colegio de Zaragoza» (8 de Julio de 1662); *Aprobación del Dr. Juan de Fuenbuena y Zarcano, Jurista.* (Zaragoza, 23 de Julio, 1663); *Prólogo al lector* (sin firma); *A mi señora doña Tomasa Valera y Daría, dama pedigüeña de la corte, etcétera.* Texto.

La tal *Mogiganga* sólo tiene de curioso el ser una supercheria bibliográfica, no por entero inusitada en aquellas época y ciudad aragonesa, como se ha visto en la biogragrafía de don Alonso del Castillo Solórzano, puesta al frente de su novela *La niña de los embustes*, que forma el tomo tercero de esta colección de viejas historias novelescas.

Contiene esta segunda *Mogiganga* las novelas tituladas *Don Flòret y Doña Pela*; *Desdicha de Feliciano y casamiento engañoso; Dorido y Clorinia; Celinos y Doña Pestaña; El astrólogo Capigorra, insigne embustero*, y *El burlado labrador*.

Excepto la primera, cuya procedencia no recordamos, las demás tienen dueño conocido: *Dorido y Clorinia*, no es más que el capítulo X y último de la primera parte del *Guzmán de Alfarache,* en lo que se refiere á la historia que Guzmán oyó al gentil hombre napolitano.

Las otras cuatro pertenecen á don Antonio Liñán y Verdugo, y son otros tantos *Escarmientos* de su *Guía y avisos de forasteros en la corte*, impresa en Madrid en 1621, distribuídos del modo siguiente. *La desdicha de Feliciano* es el *Escarmiento*

primero (folios 12 y siguientes), *Celinos y Doña Pestaña*, forman el séptimo (folio 68); pero lo mismo ésta que la anterior, llevan al principio unos párrafos que no se hallan en el original.

El astrólogo Capigorra es el *Escarmiento* noveno (folio 96), y *El burlado labrador*, el undécimo, que se halla en el 109 de la colección de Liñán y Verdugo.

Precede á toda la obra una introducción de no muy buen gusto, con muchos versos medianos, y al fin lleva dos breves anécdotas poco limpias.

Alvarez y Baena, aceptó sin vacilar esta falsificación, dió por de don Francisco de la Cueva esta *Mogiganga*, y hasta se apoyó en ella para incluir á su presunto autor entre los hijos de Madrid, y diferenciarlo del Licenciado Francisco de Quintana, que con el seudónimo de Francisco de las Cuevas, había publicado mucho antes su novela *Experiencias de amor y fortuna*.

Sin embargo, así de aquel don Francisco de la Cueva, como de su hermano don Antonio, también célebre jurisconsulto de la primera treintena del siglo XVII, hay mucha noticia en papeles y escritores del tiempo.

La MOGIGANGA DEL GUSTO, EN SEIS NOVELAS

Á DON FRANCISCO DE FUNES VILLALPANDO Y ARIÑO, Primogénito del Marqués de Ossera, Señor de las Baronías de Quinto, y Figueruelas, y de la Villa de Estopeñan, Caballero de la Orden de Santiago, Capitán de Cavallos que fué en el Reino de Milán, y electo Maesse de Campo de Infantería Española por su Magestad.

Por

DON ANDRÉS DEL CASTILLO,
natural de la Villa de Brihuega en el Arzobispado de Toledo.

CON LICENCIA: En Zaragoza, por PEDRO LANDA, Impresor del reino de Aragón y de la Universidad, Año de 1641.

NOMBRE DE LAS NOVELAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

APROBACIÓN

Por comisión del señor Doctor Juan Perat, Canónigo de la la Santa Iglesia Metropolitana de la Ciudad de Zaragoza, y con atención he leído las seis novelas que aqueste libro contiene, y no he hallado en ellas cosa que contradiga nuestra santa fe y buenas costumbres, ni sea disonante á ellas; antes bien, las dispone su autor con tal destreza, que encamina su dirección, á que después de dar gusto, saque también provecho quien las leyere. Por lo cual debe v. m. dar licencia salgan á luz, para que lo que ellas da, descubriendo la claridad y lustre de su ingenio, acarree utilidad á los aficionados á curiosos partos del bien discurrir. Zaragoza y Julio 27, 1641.

El Doctor Miguel de Frutos
Menor Capellán de su Ilustrísima.

Damos licencia para que se imprima. En Zaragoza á 27 de Julio de 1641.

El Doctor Perat. Vic. Grl.

Imprimatur.

Seccani

SEÑOR

Muchas causas tuve para suplicar á V. S. permitiese que debajo de su protección saliesen á divertir noches de invierno estas seis *Novelas*, cuando le consideré con bastantes créditos de ilustre nacimiento, generoso agasajo, con particular inclinación á amparar forasteros y desvalidos (como yo) y advertido cortesano, por parto de su prudente eloquencia, hija más de su atención que del trabajo, aficionado de los estudios, aunque han sido los necesarios en un caballeroso cuidado, esmaltándose con los realces del valor miliciano, que mostró sirviendo á Su Magestad en los Estados de Milán. De donde inferí que no podía aspirar á buscar mayor grandeza ni valedor de más excelsos atributos (dignos de inmortales memorias, pues con esto les dí á los discursos apoyo y [perf]ición, y á mi voluntad la ejecución que des[eaba] por pretender adquirir el nombre de menor [criado] de V. S., á quien guarde nuestro Señor, con [los] acrecentamientos que se sabe merece.

El menor criado de V. S., que su mano besa,

Don Andrés Sanz del Castillo.



EL MONSTRUO DE MANZANARES

NOVELA PRIMERA

Con temerarios y espantosos gritos, prometiendo horrible y trágica vista á quien los daba, infundiendo temor en los ánimos de las damas que discurrían la tan agradable como hermosa ribera del arenoso Manzanares, río en Madrid tan celebrado como avariento de cristal, bajaba una mañana de las pueriles del Mayo, desterrando á los que, ó ya por medicina ó deseoso antojo, habían salido á pasear el acero á aquel frondoso y agradable sitio del suntuoso pensil de nuestro cuarto Monarca, uno, al parecer monstruo, bruto ó sátiro, vestido de pieles manchadas á trechos, tan guedejudas y ceñosas, que ponían espanto á quien de lejos lo mi-

raba, si bien en el movimiento y disposición del talle se determinaba era aborto racional.

Traía en la cabeza otra artificiosamente formada con todas sus facciones (semejante á la de un robador oso), los pies y manos cubiertos de la misma librea, y en ellas un arco, en que con liberal destreza ministraba agudas y voladoras flechas, de quien venía copioso un carcax, que descubría por encima del hombro izquierdo; y tan fiero terror daba su vista, que procurando las humanas diosas, que se esparcían en aquel deleitoso campo, tomar sagrado, entrándose liberales entre el concurso de la bulliciosa gente que veían ir bajando por la puerta que llaman de la Vega, y salida de doña María de Aragón, tropezaban unas con otras, teniéndose medrosas, como femeniles, á cada paso, por opresas de aquella investigable figura. Y habiéndolas, por temerosas retiradas, dado nueva de su creída, por peligrosa amenaza, á las que ajenas de aquel suceso venían á su mismo ejercicio, determinaron volverse, cediendo para otra menos prodigiosa mañana el gusto á sus voluntades, quien las llevaba más que sus opilaciones.

Y entre las que se retiraron, huyendo desde la cenefa del envidiado raudal, iba una cuyo nombre era Flora, natural de aquella confusa por dilatada villa de Madrid, madre y amparo de todos, que si no había salido á ejecutar lo que se oirá, era añadir ramilletes de varias flores al innumeroso laberinto de cuadros de claveles, jazmines y azucenas, que tanta era su extremada belleza, con tiernos años, si bien lo bastante para admitir cualquier galanteo.

Esta, pues, entre la dudosa confusión de la ya referida fuga, más de industria que de temor, se quedó oculta entre las redes sutiles, unos tejidos mirtos y parras, de que no está falto el ameno y lisonjero distrito, habiendo trazado su pérdida de los ojos de su madre y dos criadas, que más importunadas que de voluntad se habían privado del dulce letargo á los humanos que el silencio y frescura en aquel tiempo y aquella hora ofrecían, y sacádolas consigo al deshecho de una importuna melancolía, que decía la molestaba, fingiendo ser achaque corporal el abrasado deseo que traía en el corazón. Y estando en el natural nicho de flores, esperando el dueño de la ocasión del

despejo referido, oyó un atento silbo, seña que le pareció conocía, y juzgando que le habían dado cerca, para que quien venía con el anhelo de su busca no se dilatase en hallarla, alzando la cabeza y viéndole, animando con el aliento de su rosada boca el hueco de una llave que en la manga de la ropa traía, le dió anuncio de la parte donde industriosa había tomado albergue. Y apenas hubo vuelto á su lugar el tan disimulado y dichoso clarín, cuando vió que por entre lo enlazado del verde y abrilesco edificio donde estaba, entraba su por ella entendido amante, con tan desamable presencia y desagradable espectáculo, que á no tener en la mente las especies del movible ser que imaginara, le causara lo exterior del traje un pavor irremediable á su vida.

Y para que antes de alargar el discurso se sepa la ocasión de la inquietud, y ficción de Flora y la causa de haberse aparecido en aquella parte el aparente salvaje, es necesario que diga como don Juan Osorio, caballero noble, hijo de la misma patria (común por ley á todos), de galante talle y aventajado ingenio, y tal cual era necesario para atreverse á amarla sin temor del des-

precio, se había pagado tanto de su hermosura y discreta modestia, que siendo el objeto de sus suspensiones, llevado de su amorosa pasión, le venía al pecho estrecho el sentimiento, y los ojos, pequeños cóncavos para los raudales de lágrimas de su mal lograda voluntad, que tanto le afligía el considerar que, aunque su enternecida dama le deseaba corresponder á sus finezas, no le concediese un minuto el tiempo para ello, ni de ocasión para con ella dar algún conveniente medio, teniendo siempre junto á sí á su vigilante madre, con más ojos que el pastor de Juno, por maestra de sus acciones y ceremonias y dos criadas, que por de alguna edad, envidiosas del gusto ajeno, le daban aviso de cualquier que no muy medida le veían. Y cansado si no de amor, por conocer era finamente correspondido de la dilación de sus efectos, estando una mañana (entre otras hartas veces duplicadas) á la entrada del zaguán de un deudo suyo, oidor de uno de los Consejos de Castilla que estaba cerca de la de su padre de Flora (quien también ocupaba la misma plaza), vió que en un coche que había á la puerta, entraban algunas aseadas mujeres tapadas

con los mantos, que por ir así no conoció quién eran, si bien las vió salían del albergue y concha de su preciosa margarita; y que al tomar aquella urna movible, aprecio de la industria, la última de ellas, sacando un pedazo de carmín y nieve, por animada mano le había llamado por señas con ella á que atento, luego que vió que guiaba el cochero al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, le fué poco á poco siguiendo, hasta que, viéndole parar en la puerta de otro caballero, que está no lejos de la Iglesia donde iban, cuidadoso de conocer la causa de su viaje, si bien creyó siempre (como lo era) ser su estimada prenda, después que miró que allí se apearon dos de las tapadas, se estuvo parado, hasta que vió que iban subiendo á un cuarto alto, donde las esperaba otra, no menos hermosa señora, que se había asomado á un balcón á suplicárselo, y quien pareció haber avisado á la madre de Flora para que, valiéndose de su coche, la llevase y dejase en cierta visita. Y visto que no eran más de dos las que habían salido dél, con deseo de reconocer, si podía, la que se había quedado dentro con resuelta determinación, fingiendo que iba

á alguna diligencia á otro de los cuartos de la casa, cuando estaba debajo de la cubierta que hace el arco de la entrada, volviendo la cabeza á tiempo que su amada prenda se descubría el rostro, les causó á los dos no pequeña alegría el verse el uno al otro; y desde allí con atento recato, le dijo atendiese á los pasos y desvelos que le costaba el servirla, y que pues tanto le favorecía con los deseos que mostraba de su voluntad, lo hiciese con desahogo de afición, pues su intento era el de solicitar merecer nombre de suyo, mediante el matrimonio en que pretendían unirse, como siempre lo había dicho. Pero atendiendo Flora á que don Juan, llevado de su amorosa pasión, que tal suele estar quien bien ama y mal goza, se detenía más de lo que ella había imaginado, si menos de lo que quería, y temerosa de que no volviese la que siendo su madre, le parecía servirle de emulación, volviendo tierna á mirarle con muestras en los ojos del aljófar de su placer, que suele causarlo con algún crecimiento, echándole un papel menos bruñido y amarfilado que la mano que le conducía á su archivo, le dijo, que aquél le daba la orden de lo que había de hacer,

pues no había hallado otro más conveniente medio, por ser tanta la rectitud que con ella su madre usaba en el ministrarla á recato, que no la hubiera dejado allí sola, si no fuera por haber fingido serle dañoso el cansancio que podía recibir en subir y bajar al alojamiento de aquella su amiga, donde estaban al achaque, que para con ella suponía y de que á él le daba cuenta en aquel billete, pidiéndole se fuese con toda brevedad y ejecutase lo que por él le decía. Y con ésto, tomando don Juan el papel que desde el coche le había arrojado Flora, se salió de allí, y llegando á su casa, llamando á un paje que le acompañaba para estar prevenido, por si era necesario hacer luego alguna diligencia, y rompiendo la nema con las ceremonias de hombre enamorado, leyó que decía, de esta suerte:

«Desde la primera hora que atendí los halagos de tus ojos, ministros fieles del alma, conocí en ellos los afectos amorosos del corazón, que inclinabas al grangeo de mi benevolencia; y acudiendo, por agradecida, á correspondencia tan justa, he seguido los pasos mismos en la voluntad que me has tenido y muestras tener, de que he

dado cuando posible me ha sido, bastantes indicios; y porque te consta la clausura con que me guarda mi madre, y la vigilancia de sus criadas y mías, tan encaminado á mi custodia; y considerando que la industria y ardid suele vencer al poder, y que donde no la hay, es señal de poca voluntad, he querido mostrar la mía con fingirme desabrida, melancólica y opilada; y aunque sea á costa de mi salud, pues no la aventuro cuando mejoro la tuya, salir tomando el acero preparado este mes de Mayo, que se nos ofrece á medida del deseo. A que mi madre, si no compadecida de mi dolorida ficción, simuladas fatigas y supuestas ansias, si verdaderas de ser tuyas, obligada del ruego me lo ha concedido, quedando de que mañana, por primero día, saldremos al Sotillo á pasearlo, excusando el que sea á la Casa del Campo, por no sé que antojosas sospechas, que nunca le faltan, y de presente trae. Y para que yo con ocasión pueda, sin ser de ella y las molestas sirvientes, que también han de acompañarme, fingirme perdida entre lo fragoso de la arboleda, he pensado que te aparezcas en el referido sitio al despertar el alba,

en algún atemorizador traje, donde viéndote, despavoridas y turbadas se ofusquen y amedrenten y olviden de mí, poniendo más espuelas á sus coturnos que cuidado en mi achaque; y entonces yo, segura de recibir susto, me ocultaré donde aunque muy advertidas me buscasen hubiera dificultad en hallarme, siendo nuestra conocida seña del silbo, con que me sueles dar anuncio de tu desvelo, la que me avisaría de la parte por donde fueres, para que yo te dé de la en que estuviese. Y cuando el sosiego se apodere de nuestras acciones, emboscándonos más por lo que suceder puede, de volvernos á buscar á mí ó á ti por presunción de nuestro propio engaño, que tal vez le piensa otro, como el mismo que le hace, quitándote el disfraz que te pusieres, podrás con seguridad hacerte dueño de lo que ahora tan de lejos lo eres, que para lo que de esto puede resultar, no me faltaría ardid, una vez poseedor de la joya á que aspiras, para irte avisando de lo que favorable ó no suceda. Dios te guarde.»

Esto contenía el advertido papel de Flora, que acabándole de leer su amante, dándosele á entender á su criado, como quien

había de darle favor en su intento, que sin alguno raras veces se ejecuta, se aconsejó con él para la elección del hábito que más conveniente le pareciese y para que sacándole con todo secreto hasta el espeso, y aplazado puesto, y poniéndosele en uno el más oculto que hallasen, le aguardasen para recibirle á la vuelta, que con ésto no sería de otra persona visto ni notado, pues de ser lo primero no se excusara de ser lo segundo, juzgándose ya dueño de lo que tantos pasos le costaba. Y discurriendo el criado sobre cuál sería más conveniente, le dijo á su amo, cómo había visto en casa de un alquilador de vestidos para comedias, dos, hechos de horribles y fieras pieles de varios animales, que habían servido en la ciudad de Segovia en unos autos sacramentales que en ella se habían representado, y que le parecía, que pues los tenía para alquilar, también le daría á él uno por un tanto, pues además de que era su conocido, le ofrecería fiador dél y que si le parecía pediría otra cualquier insignia que más gustase y al caso conveniente fuese. No le pareció mal á don Juan la invención y disfraz, que los enamorados pocas veces pre-

vienen los inconvenientes, si bien para el campo la más propia, considerando, que viéndola, le imaginaría ser algún salvaje, aborto de aquellos países, por haber tenido en aquella casa de recreación los Reyes Católicos de España algunos silvestres y extraños animales; y así, sin más dilación, le mandó que hiciese diligencia para traer lo que le prometía.

Y ahora que se ha dado noticia de la causa de aquellos asombros en el resonante valle, volviendo á la llegada de la cautelosa bestia á la vista de la engañada, como hermosa dama, y viendo que antes de despojarse de aquella afectada corteza irracional se llegaba á acariciarla, causándole novedad la priesa, pues la advertencia de su papel, de quien aún le acompañaba un traslado, había sido que para haberse de quedar más seguros á los halagos de la ociosidad, amable en ellos, se habían de enfrascar adentro de la maleza del soto, ocultándose cuanto posible á sus pocos usados pasos les fuere, no poniendo duda en que aquel que tenía delante fuese don Juan, pues aunque el billete decía que su salida había de ser al Sotillo, y su madre, mudando de parecer,

por el fin que ella sola supo, había querido que á la recreación de la Casa del Campo, juzgaba que él, como cuidadoso, habría estado atento á verla salir, y que la habría seguido, pues veía en su presencia la transformación de su aviso, como en él advertido, allí ejecutada. Y corrida de que en tan brutal traje solicitase mayores logros, le pidió, llamándole por su nombre, con la melosidad que se puede considerar, parase en su determinación mal pensada, y que pues había pasado tantos siglos de penas, venciendo sus impulsos como había dicho, dilatase en mitigarlos lo que podían tardar en retirarse á otra más oculta y cómoda parte, encareciéndole con extremos de fineza la que le haría en quitarse, así el grifoso vestido, como la supuesta carátula, que le hacía desconocida la voz, procurando seducirle á ello por todos los medios, halagos y acciones que para obligar las mujeres saben y el arte de amor les enseña. Pero el fingido monstruo no fué posible que tal hiciese ni que le convenciesen resistencias de agria voluntad, que Flora comenzó á mostrarle vista la entereza y mal pago do sus despeños; antes, avivando la ronca y encaver-

nada voz, le dijo que no pretendiese prevenir desvío á la ejecución de su lascivo y torpe gusto, porque no había de ser bastante ninguno á su codicia é intentada resolución, dándole á entender cómo no era el amante que tanto estimaba y artificiosa había citado, con que vistos los indicios de no querer descubrirse y los que la entumbada voz le daban; dudosa, y no del todo desengañada, procurando la debida defensa á su honestidad se pretendía defender, hasta que viendo el furioso y despepitado ánimo de su contrario, ya conocido por tal, más desanimada del engaño que del cansancio de la lucha, se rindió á un mortal desmayo, á tiempo que el mal advertido en aquéllo, como á la vista salvaje, cogió en ella, disfrutándole las azucenas de su castidad, colmado fruto de su insaciable deseo, dejándola, por huir con brevedad, entre aquella maleza hecha un diluvio de sangrientas en casi frías venas de coral; y retirándose á la parte donde se había despojado de su acostumbrado hábito, se fué sin atender á la prevención del remedio que pedía semejante estrago, si bien arrepentido de haber sido la causa dél, por tales medios, que es muy

seguido á tal placer un disgustoso pesar.

Pero volviendo á nuestro prevenido don Juan Osorio, que despachó á su criado por el vestido que había de ser artífice de la posesión que tanto deseaba, dándole orden para que pagase cuanto pidiesen por él, que cuando los que aman llegan á conseguir el último vale de sus gustos, en nada andan escasos. Y saliendo Páez, que ansi el criado se llamaba, de casa á lo que se le ordenaba, sin reparar en la poca fidelidad que con su amo usaba, se fué en casa de don Gaspar Leonardo, caballero pretendiente en corte, recién venido de Flandes, quien también había solicitado tener dichosa suerte en que la gallarda, si ya por él ajada Flora, hiciese aprecio de su voluntad, que habiendo sabido como don Juan Osorio la pretendía y no habiendo podido él hallar medio posible á hablarla, ni enviarle un papel, por ser tanto el recato, como se ha dicho, se determinó de granjear con dinero á Páez, para que le diese aviso del estado en que cada día ponía su dueño sus deseosos empleos, por tener noticia de la estimación que dél hacía Flora, teniéndole insaciable de vencer por cualquiera

camino que pudiese, las montañas de rigor y desprecio que con los ojos le había mostrado en algunas públicas partes donde la había visto y hecho, si moderada, bastante seña de su desprecio. Y refiriéndole el falso siervo, codicioso de la paga que esperaba, y se le dió (que no hay quien más abominables delitos emprenda que el interés), como le había oído leer á su amo aquel papel y le enviaba á buscar el vestido con que se había de disfrazar, y que á la siguiente mañana había de ser la primera salida, informándose dél don Gaspar si había de ser al Sotillo ó la Casa del Campo, ó hacia Nuestra Señora de Atocha, que suelen algunas que gustan de no ser tan vistas elegir la mayor soledad, si es que quince años la podían apetecer, que no eran más los de Flora. Pero como no hubiese advertido bien Páez, cuando su dueño le leyó, á dónde decía que habían de salir, y pareciéndole que lo más acostumbrado era la Casa del Campo, sin más atención, le dijo que á ella, y que él podia tomar el mismo traje que su señor pretendía, dándole cuenta como eran dos los vestidos que había, que se alquilarían, con que podría hacer

su entrada, habiendo reconocido primero que se le vistiese, la parte por donde Flora bajase, para aparecerse cercana á ella, con que menos escandalosa sería, mediante el temor, hecha la fuga de su madre y criadas, y más á su salvo y seguro de que persona se le atreviese á seguirle por el aparente peligro, tomaría tranquilo asiento á su determinación con el advertido silbo de que habían de usar; que así le refería por su papel; y que él, cuando saliese acompañando á su dueño (pues era forzoso á la solicitud de la misma empresa), si necesario fuese, fingiría que le atajaba algún repentino achaque los pasos, haciendo con su ficción y detención de manera que cuando ellos llegasen á la estacada, fuese tan tarde, que habiendo él gozado la ocasión, no pudiese haber remedio á su intento.

Y desta suerte dispuesto, encargándole don Gaspar, con muestras de agradecimiento, que pues iba por el uno, trajese los dos, para ni faltar á su engañado amo, ni él dejase de conseguir su mal pensado viaje (dándole con la refacción de su traición, lo que bastó para el alquiler), le hizo con harta prisa que se fuese quedándole esperan-

do en casa, á donde con brevedad volvió y enseñó cómo le traía el salvaje pellico y un encorvado arco de marfil, grabado de acero y un carcax abundante de saetas dél, para que si no le sirviese de ofender, lo hiciese de atemorizar, pidiéndole que no se perdiese ninguna pieza de ellas, junto con que aquella revelación que le había hecho, no lo entendiese persona alguna, por el riesgo tan conocido, que podía atraer lo contrario.

Prometióle el caballero cumplir lo que le encargaba y Páez se fué á dar cuenta á su dueño (que estaba inocente de aquel enredo) cómo le traía el guedejudo y brutal vestido, arco, carcax y flechas que le habían mandado, el cual tomó don Juan muy contento, favoreciéndole muy al propósito para el caso; y tan alegre se hallaba aguardando la hora que deseaba, que las de aquel día en que el planeta mayor fiaba secretos de oro á la tierra se le hacían siglos. Y no siéndole posible desechar los impulsos del contento, que casi le molestaban, por no ejecutados, si bien con un vivo placer en el alma, pues se alimenta con un vivo placer en cualquiera de conseguir lo que se inten-

ta es apetecible, tomando, en el ínterin que le prevenían la sazonada comida, un laud, á quien entendía su armonioso metro, cantó á su esperanza de esta suerte:

Esperanza bien lograda
cuando imaginé perdida,
yo espero aumentar la vida
en la que juzgo gozada.
El no esperar no me agrada,
aunque me cause pasión;
cobre aliento el corazón,
y sin permitir mudanza,
sacrifique mi esperanza
á merecer posesión.
El que espera, considera
el gusto por duplicado,
y alegre y enamorado
coger dulce fruto espera.
Y acrecienta de manera
los gozos de su afición,
que no conoce pasión,
pues no la llega á tener
considerando el placer,
no el pesar ni la ficción.
Y jamás á padecer
llega el que espera gran pena,
pues ni el pesar le condena,
ni el gusto viene á perder;
antes anhelando á ver
su deseo bien logrado,
sólo pone su cuidado

en la continua alegría,
de saber que llega el día
que goza á su bien amado.
Y así gano en esperar,
lo que tuviera perdido;
si mirándome abatido
me cansara de obligar;
y con sufrir y pasar
siglos de firme esperanza,
sin por eso hacer mudanza,
he venido á conocer,
que esperar, es merecer,
pues esperando se alcanza.

Más adelante pasara con su sonora voz, ayudada del dulce instrumento, que se lo impidieron los portadores de una regalada porción de su corporal alimento; y así, cesando en ella, aunque no en los pensamientos de la causa, se puso á comer, y habiéndolo hecho, y reposado un rato, se salió de casa y fué á frecuentar las vecinas losas de la de Flora, pidiéndole á la fortuna no le fuese avara en la concesión de lo que tanto deseaba, y dando varias vueltas á la calle (por encerrar el objeto de su placer) le anocheció en ella, pero no en el gusto de lograr su tratado plazo, y entre estas imaginaciones amorosas, codicioso de que las ho-

ras se pasasen á soplos, se retiró á su albergue, donde no hallaba más descanso que en la consideración de la hermosura de su dama y buen acierto de su empleo. Y volviendo á tomar el bien acordado y parlero instrumento, acompañó su destreza la repetición de los pasados versos, y contrapunteó los siguientes:

Gracias le doy al amor,
pues ha librado á mi suerte
premio que impide á la vida,
que del dolor no se acuerde.
Ya llegó el fin de mis ansias,
que tan rigurosamente,
ajeno de confianza,
me mataban tantas veces.
Ahora, ahora, alegrías,
celebrad vuestros placeres,
pues se permutan los males
en tan abundantes bienes.
No haya cóncavo en el pecho,
siendo del júbilo albergue,
que me libre sobre Flora
la ficción que se le atreve.
Dicha es haber padecido,
pues tanto estimarse debe,
cuanto en adquirir la joya
pena y trabajos se tiene.
Salgan del alma temores;
las potencias se recrecen

y los sentidos atentos
dénse á sí mil parabienes.
Que yo el más feliz amante,
alegre y gozoso siempre,
de los claveles de Flora
beberé néctar por nieve.

Pasó la noche el tierno caballero en el entretenimiento de éstos y otros agradables romances á su propósito (que cuando el pensamiento halla versos hechos á la medida del deseo, aunque no se hayan cortado para él, duplica el celebrarlos y repetirlos) y sin pagar el acostumbrado feudo al silencio ni prevenir más descanso que el del ardor de su pecho.

Estando atento, oyó que el reloj de la parroquia de Santa Cruz daba las cuatro de la mañana (que por vivir algo cerca della le sirvió de anuncio de que venía el alba), y levantándose del lecho, donde más á hacer hora que á dormir se había recostado, previno á Páez para que caminasen á su empresa y le llevase la disimulada librea; y saliendo juntos se fueron á un puesto cómodo de la bajada del Sotillo, donde se les había ordenado por Flora y decía habían de ir; desde el cual, con pequeño trabajo, se-

ñoreaba todo el deleitoso prado, alameda y río. Con atenta solicitud reconocían las damas que iban acrecentando rosas á la primavera y aprecios aquel florido espacio; cosa que no dejó de dar cuidado al traidor criado, porque como inadvertido, le había dicho á don Juan Gaspar, que iba á la casa del Campo, se hallaba temeroso de que si imaginaba que lo había hecho por usar con él de engaño, no le podía suceder menos, que un grande desaire, pues el enojo en quien bien ama y no consigue su intento por cautela de quien le guía como gusto, suele ser rabiosamente ejecutado.

Y dejando en la estacada á nuestro desgraciado don Juan y su infiel criado, volviendo á la prevención del determinado, si artificioso paseo de su dama, que saliendo con dos criadas y viendo que se les mandaba encaminasen su derrota á la sin igual floresta de la Casa del Campo y no al Sotillo, cosa que hizo su madre, quien también iba en su compañía por recelos que de sus ficciones había concebido, quedó despavorida y entre sí avergonzada, juzgando entendería don Juan había sido disposición suya, y no de quien lo había hecho, llegando á

sentir más el disgusto ajeno que no el suyo, aunque le adquiría no pequeño, por conocer perdía el granjeo de tan deseado efecto y á su parecer felice. Y caminando llena de pesar á donde más la obediencia que la voluntad la llevaba, llegaron al apacible y sonoro despeño de cristal referido, y cambiándose en su paseo tan á solas como pedía su recato, se le apareció el para ella querido amante, como para sus compañeras y celadoras horrible fiera; y tomando el sagrado de aquellos naturalmente enmarañados mirtos, árboles y madreselva, para cancel de la efectuación della, como los demás, con apresurados y medrosos pasos la vuelta de la entrada de la villa, por donde habían bajado; mal atendiendo unas á otras, sin reparar en los mujeriles y melindrosos recatos acostumbrados, se quedó en la concavidad de hojas, testigos de sus desdichas, que como lastimadas del suceso, aun al sol le negaban la entrada, vertiendo las coyunturas de sus sutiles y verdes mimbres, perlas que graciosamente les dió el alba, por lágrimas de su repentina pena (que hay sucesos que mueven á que las piedras se lamenten), siendo éste tan compasivo á

los ojos de la juventud, cuanto si bien se considera arrojada libertad y disposición poco advertida de Flora; que tal vez son partes las voluntades libres de los hijos, causando deliberados sucesos á la ruína de la más acreditada reputación y grueso caudal. Y caminando su afligida madre y criadas con incomportable priesa, se agregaron á muchas y varias damas que con el tiempo y ocasión dél salían á sus convalecencias ó entretenimientos, á quien refiriéndoles el pasado caso y reconociendo no venir en su compañía Flora y de notar haberse perdido ó quedarse desmayada, se desconsolaban con notables muestras de sentimiento, y pidiendo á una de ellas (que según el porte les pareció señora de partes), con encarecidos ruegos que se sirviesen de dar permiso á un escudero anciano que la acompañaba para que fuese á dar parte de aquel no pensado suceso á su padre de la poco dichosa perdida, porque sabido, acudiese al remedio que conviniese en la busca, pues no quería fiarlo de algunos varones cortesanos que allí se ofrecieron, y su temor no las dejaba á ellas, como pusilánimes, hacerlo liberal, se lo concedió y prometió no

dejarlas hasta que volviese el nevado embajador, quien con más brevedad que prometía su senectud, llegó y dió al descuidado oidor la relación de lo que á él le habían referido y de la falta de su hija, que oyéndolo, estando de partida para ir al Consejo á su acostumbrado despacho, enviando á excusarse, se metió con el que le había traído el aviso y cuatro criados en el coche que á la puerta le esperaba, y á toda prisa partió de su casa á la de un Alcalde de Corte amigo suyo, á quien luego que saludó por no detenerse (pues no pedía dilación su ida) le suplicó le acompañase á cierto caso que le referiría en el discurso del camino, mandando á los criados que se mudasen á una carroza que al Alcalde le tenían prevenida con los alguaciles que allí se hallasen por convenir que le siguiesen para cierto suceso que pedía, como breve, eficaz remedio. Y así, no recibiendo por entonces más informe el Juez, que ver importaría, pues un caballero tan docto lo aseguraba, se partieron juntos con ocho alguaciles y porteros, y en lo que tardaron en llegar á la parte y lugar donde estaban las absortas y tristes señoras, le hizo sabidor de lo que le habían

dado noticia, y la pérdida de su amada hija, proponiéndole cuán justo sería el castigo si hubiese sido, como lo imaginaba, alguna fingida simulación la que había causado semejante alboroto, pues no se había oído jamás contar haberse visto tan fiero ni horrendo salvaje en aquella frecuentada y arbolada ribera.

Y luego que llegaron á la vista dė su mujer y criadas, á quien asistían en un zaguán de la primera casa de la entrada de la puerta de la Vega, la protectora del legado novelador y otras principales mujeres, que en gran número se habían recogido, por no haberse atrevido á pasar adelante, siendo sabedoras de la tan extraña novedad, los dijo se entrasen en el coche los que cupiesen, y en la carroza de su amigo los demás, dejando á cada cual en su posada, volviesen los cocheros con toda diligencia. Y saliéndose con el caviloso acompañamiento al aspurgatorio y busca de su, si no robada, engañada Olimpa, les fué mandando á los alguaciles y demás ministros, y divididos de dos en dos, alguacil con portero, se esparciesen entre la espesura de los álamos y enmarañado de los parrales, al des-

cubrimiento del monstruo que habían oído andaba entre ellos, para que hallado que fuese, se hiciesen las diligencias, según y de la manera que más conviniese, advirtiéndoles cuidasen particularmente si entre lo fragoso de los enjuncados arrayanes y zarzamoras, hallaban retirada, quizá de temor, alguna ó algunas damas, no especificando sólo á Flora, por no poner en archivo de vidrio el esculpido y fuerte bronce de tan conocida calidad y sostenida virtud, excusando que sus discursos quebrantaran el fuero de la cortesía ó de la loable fama. Y con esta disposición y la de si encontraban algunas personas, les procurasen reconocer el traje en que venían, ó si traían algún indicio de lo que buscaban ú otro hábito no permitido en el buen gobierno, que suelen en tales ocasiones, por ser de manera y en parte peligrosa por las emuladas pretensiones de amor, llevarlas.

Tomaron, como se les ordenaba, de dos en dos su derrota, para la parte que más á su parecer era conveniente, y ellos y sus criados se fueron entrando por un fresco y rociado callejón, pabellonado de esmeraldas del Abril, por donde caminaron intrincán-

dose en el selvaje toldo, hasta la montaña de unos arracimados cogollos de madreselva, estrechamente unidos y mezclados con varias y hermosas ramas de diferentes, si usados colores, cuando vieron recostada sobre parte de ellas, una afligida señora, que entre dormida, desmayada y sollozosa, asustada y con mortales ansias, se fatigaba consigo misma, con ayes lastimosos y suspiros irreparables; y llegándose á ella el Alcalde de Corte y apartándole del rostro un tafetán verde que se le cubría, y mirándola robada de carmín, si copiosa de nieve, llamó al cuidadoso padre, quien la conoció, y previniendo que los criados se retirasen allá fuera, la procuró volver á su primero acuerdo, halagándola compadecido, como de su mesma sangre, creyendo que el temor hubiese sido la causa de aquella estimulación de su vida y trasladándola á el símil que miraba de la muerte. Pero habiendo más advertidos reparado en que sobre alguna de las peinadas hierbas había, si no abundancia de sangre, pedazos de ella, que jaspeaban la estrecha y natural choza, concibieron mayor temor y sospecha, preguntándola si se sentía herida en alguna parte,

pues había sido fácil haberse lastimado con la priesa de la huída y retiro, ó quién, si sabía, había causado aquella desconsolada muestra de criminal estrago.

Turbada y sin aliento, vibrando, en vez de palabras á la lengua, lágrimas á los ojos, respondió con ellos lo que no con la pronunciación, considerando no poder encubrir su delito; y contando los pesarosos caballeros la pena que en semejantes sucesos adquiere una honrada reputación, le hicieron que, con claridad (si bien á su disgusto) les diese á entender su impensado desacierto, haciéndola que culpase de actor de aquel fracaso al descuidado en él, si cuidadoso amador, don Juan Osorio, porque como no había conocido al violador de su intacta castidad, tuvo por bien de imputarle á él, con pensamiento de darle aviso de ello, hasta que ella dispusiese el desengaño y se ausentase ú ocultare, aunque fuese á costa de no verle en el ínterin, contándoles todos los requisitos de sus amorosos y solícitos pasos, para dar más crédito á su fábula, si bien bañando de pesar y vergüenza en menudas perlas el aseo vestual que traía, á que queriendo aplicar un lien-

zo de Cambray en que cogerlas, sacándole inadvertida de una de las mangas de la ropa, se le cayó entre las hierbas el traslado del papel, que envió á don Juan, que por descuido se le había dejado en ella, y alzándole el padre y leyéndole, confirmaron la deposición por verdadera, y sin otro examen, pues no era necesario, mandando ir adelante los criados, y á ella que se cubriese y aliñase con su rebozo y capotillo, como había salido de su casa, la sacaron, y habiendo vuelto al paraje los dos coches, haciendo llegar uno á la orilla de la alameda, la condujeron á él, y pidiéndole antes con encarecimiento el oidor á su amigo se hiciese con todo recato la conveniente diligencia para saber dónde se podría haber al agresor, y que si benévolo venía en cumplimiento de la palabra que de ser su esposo decía Flora le había dado, no se publicase aquel inacertado yerro, por excusar el escándalo que resultar podría, y porque les pareció, á un daño sin remedio, guiarle por camino más suave y cortés que posible fuese, tanto por sus intereses cuanto por el respeto (que aunque el término no lo granjeaba), pedía se le guardase el atención

de algunos deudos muy cercanos que don Juan tenía ocupados en honrosos puestos. Y dejándole con este advertimiento, llevó á dar clausura á la libertad licenciosa de su hija, en la compañía de su ansiada madre, que estaba cuando llegaron aún poco cobrada del afeminado temor, sin darle á entender lo adverso del talado virginio, antes con un airoso despejo, consolándola con la restitución de la joya, se fué á la ocupación de sus despachos, bien embarazado con la confusión de lo al presente caso conveniente.

Y, entretanto que todo lo referido pasaba, se estuvo el firme amador en la parte que ya dije, apresurándose en sus deseos el advenimiento á las ansias, y deshecho de ellas, y pareciéndole que habían corrido más de tres horas en tiempo, y que las siguientes no eran comodadas para el goce del saludable y manso Favonio (á que se anhela en aquellas empresas), determinó volverse harto confuso, por ignorar la causa y estorbo de su prometida dicha, mal lograda, como decía, por suya. Y buscando divertimiento á aquella melancolía, tomó la vuelta, rodeando el Parque, para entrar-

se por la ribera tan vistosa que llaman de doña María de Aragón; y porque habiendo salido de casa, por ser tan de mañana, con capa y sombrero de barrio, no le pareció atravesar la villa por lo más populoso, sino quedarse en casa de un grande amigo suyo, que vivía junto á las fuentes de Leganitos, cuando vió que, entre alguna divertida gente que había quedado en el ameno valle, andaban número de alguaciles reconociendo, así á los que estaban comc á los que hacia él venían, y que llegando dos de ellos y desembozando á Páez, que algo atrás le seguía, decían á voces, luego que le vieron las pieles: «Aqueste es el cauteloso monstruo». Y en tanta manera se alborotaron, despojándole de ellas, que llegándose don Juan á ellos enfadado de aquella acción, se la reprendió con cortesana aspereza, y dijo como era paje suyo, y que así atendiesen á ello, pues le conocían; y que le parecía poco acostumbrado modo el querer especular, siendo de día, lo que los hombres que pasaban á sus posadas llevan oculto sin ofensa de tercero; y así, encaminasen su viaje al negocio á que iban y dejasen de procurar emprender lo que tan poco les

importaba y volviesen á Páez lo que osados le habían quitado. Pero ellos, viendo que el Alcalde de Corte se les acercaba, alzando los gritos y aun intentando desarmar á don Juan, guardando uno el vestido de brutales pellejos, mostraban embravecidos ánimos y temerarias acciones, hasta que, abreviando los pasos el cortesano y recto Juez, conociéndole se llegó á él y le apartó del bullicio de alguna, aunque poca gente, que se había juntado á las voces, diciéndole convenirle para cierto caso en que consistía mucha parte de su honor, que se fuese con él á su casa.

Don Juan, dudoso de la resulta del suceso, y extraño de saber lo que había pasado, hallándose libre de cualquiera delito que le pudieran imputar, sin replicar nada concedió el irle siguiendo, aunque con el cuidado que pedía el no saber la causa del no imaginado lance. Y tomando el coche del Alcalde, dándoles orden á sus ministros llevasen á Páez y aquellos instrumentos de delito de que le hacía autor al noble caballero, se fueron juntos, á quien en llegando le propuso el Alcalde el caso, y dijo todo lo que Flora había referido y la culpa que

contra él resultaba, y cómo aquel papel, que por mal guardado le habían hallado á la indiscreta señora, daba á entender sin rebozo todo el negocio; y que así le parecía más á propósito que para excusar dilaciones escandalosas y castigo, pues era forzoso habérsele de dar á él, puesto en juicio su no pequeño delito, se determinase á cumplirle la palabra que le había dado de esposo, que pues conocía su mucha calidad, se facilitaría y dispondría sin dar á entender ni el menor asomo de lo pasado, la gracia de unos deudos y otros, teniendo gusto él de que por aquel bien advertido medio se hiciese, y que asegurándose de ello, le llevaría y dejaría en su casa y libertad, desde donde con más autoridad se trataría, debajo del pleito homenaje que como caballero le había de hacer; esto para que no se notare el apresurar el casamiento, ni se diese documento al vulgo para alguna libertada novedad; proponiéndole, así con ruegos como con amenazas de Juez, los inconvenientes y daños que resultar de lo contrario podrían, pues ninguna persona sabría que hubiese sido la causa de tal efecto aquel desalumbramiento mal intentado, habiendo

sido tan recatadamente oculto el daño recibido de Flora. A que el buen caballero, maravillado de tan increído engaño artificioso, y por no poner su reputación en aventura, si acaso le forzaban á que se casase, viéndose como bien indicado quizá en un criminal aprieto, le dijo que vendría en aquella proposición con mucha voluntad; pues aunque no había tantas razones para ello como las que él representaba y podría imaginar, lo tenía por bien, con que se le había de conceder el que aquella siguiente noche habían de traer á Flora á que él la viese y hablase, porque en aquello no más consistía un desahogo, que no piadoso le molestaba, y el final de sus buenos sucesos; que esta respuesta dió don Juan conociendo que llegada á su presencia la engañada y desgraciada señora, había de confesar la verdad de lo que pasaba, y con ella cobrar él la libertad de que se veía desposeído. Y pareciéndole al Alcalde pequeña dificultad la que pedía, y que podía quererla para entregarse luego al cumplimiento de su obligación, le prometió se haría á la medida de su deseo; y dejándole en un bien aderezado cuarto, mandándole como Juez,

lo tuviese por prisión en el ínterin que se disponía lo tratado, y ordenando á dos alguaciles y á dos de sus criados cuidasen de que Páez no saliese fuera, por ser quien había de servir de instrumento, con los demás indicios, á la verificación del delito, caso que se procediese en la causa, y de que se le diese á don Juan todo el regalo que pidiese con mucha puntualidad. Y mandando á un paje suyo avisase en su casa y cuanto á los demás criados que le servían no les diese cuidado el no verle volver á él, diciendo quedaba en la recreación de un jardín que su amigo don Felipe de Herrera tenía en Leganitos, y podría detenerle dos ó tres días en él, que así se lo había advertido el preso joven, por quitar cualquiera sospecha que los que le asistían en casa podían tener, se salió de la suya á comunicar y tratar con su desconsolado amigo la nueva de la prisión y la condescendencia á su proposición del que gustaba de ser su yerno, si bien con la cortapisa de la vista de la que decía admitía por esposa. Y hallándole en el convento de la Santísima Trinidad calzada, y dándole larga cuenta de la lograda diligencia y del hallazgo del fabu-

loso traje del asombro, y cómo le retenía en su casa y todo lo demás que se ha oído, se alegró con tan notable extremo, que volviendo de una extraña melancolía, que los varios discursos le habían causado, congratulaba á su amigo con agradecidas muestras de reconocimiento; y oyendo referir como quería don Juan ver á Flora antes de la efectuación del himeneo, le dió algo que dudar; pero por atajar las dificultades se resolvieron á que luego que anocheciese, con el menos ruído que pudiesen, la traería su padre mismo á la presencia de quien con tantas ansias la deseaba ver, y con esto se apartaron cada uno para su recogimiento, que llegando el Alcalde al suyo, le dió al pensativo joven la certidumbre de lo que había cuidadoso pedido. Y habiendo comido juntos, yéndose á su cuarto cada cual, si no á gozar del reposo á observar la costumbre de la fiesta, llamó á Páez á solas, y con terneza que moviera á piedad á un roble, decía:

—¿Es posible, hado adverso, que después de tantas calamidades de penas que he pasado y temerario me has opuesto en la selicitud de un tan breve y no logrado gusto,

traigas para remate y desdichado fin de ellas, este cauteloso y pesado desasosiego que me ha de obligar á despeñarme en la determinación de la pérdida de mi honor, aun para conmigo, si quiero librar la vida del naufragio de este vicioso engaño, y que haya sido tan corta mi fortuna, que en la primera inventada aventura haya tenido los azares de haber hecho ajena mano ramilletes de las flores, hasta entonces no ajadas, de aquel ambarino jardín, siendo el más dichoso robador de Leucipe, que el amador de Clitofonte, y que Flora tenga el estado que se me refiere, sin haber yo sido parte en él, padeciendo mi poca dicha, por lo que otra dichosa mano gozó, con la misma orden y cautela que á mí se me ordenó usar, sin que adquiera mi razón alguna que consuele mi ansida imaginación? ¡Ah, Páez, Páez, y cuántos desabrimientos trae una liberal confianza! ¡Oh, confusión y desvelos humanos, mal conocidos de los mortales, y cuán aparentes os facilitáis, como dudosa os disponéis! ¡Y qué atrás se halla quien se fía de las resultas de vuestros inciertos en favorables ocasiones, y yo, el más fácil al rendimiento, cuán lastimado me hallo de no

haber huído del apropincuado peligro, que siempre os sigue!

Esta lamentación oía el falso criado, si bien no atendía á la penalidad de su dueño, sino temeroso de que llegada que fuese Flora, había de ser él quien mayor riesgo corría, pues si se casaba su amo, como era forzoso, tenía de ser crudamente apretado en su examen, por ser el portador de los instrumentos; y ansi hacía, si secretas, agudas diligencias para escaparse de la prisión, bien arrepentido de su mal advertimiento. Pero como se les había dado á los criados y alguaciles orden de que no le dejasen dar un paso fuera del cuarto, le guardaban con grandísima vigilancia.

Y entre estos pensamientos y confusiones de criado y amo, se acercó la madre de las nocturnas aves y dió nueva el Alcalde, cómo desde uno de los balcones había reconocido llegar un coche á su puerta, y que entendía era el desempeño de su promesa, porque oyó mandar parar al padre de Flora, quien se apeó luego, y con un paje que traía hizo avisar al Alcalde cómo venía, subiendo él con toda presteza arriba, para que se dispusiese el caso á que iba, como

mejor conviniese, y se despejase el cuarto de públicos testigos, hasta que necesarios fuesen, dejando á su hija dentro del coche, en compañía de un venerable y antiguo escudero de su casa, y de una criada de mucha satisfacción, quien desde niña la había criado. Pero apenas vió la temerosa dama que su padre se había apeado, habiendo sabido dél, como venía á ruego de don Juan (que en tales casos suele dañar el informe de la verdad), cuando conociendo el peligro, que siendo preguntada corría su contradicción, pues no podía con verdad ratificarse en su primera declaración, ni salir del maquinoso engaño en que se hallaba, corrida de haberle hecho, bajándose de aquella tachonada falúa, diciendo á los criados quería pasear cierto encogimiento que sentía en una pierna, se entró en el zaguán de la misma casa, y con no pensada brevedad, habiendo visto luz en un aposento bajo de ella, se metió dentro, hallando en él una, aunque al parecer pobre mujer, á la cual le pidió que allí, siendo posible, la ocultase piadosa, no diciéndole más de que industriosa se había escapado de las manos de dos alguaciles que la traían injustamente

indiciada de cierto delito á la presencia del Alcalde. Pero la compasiva rogada la tomó de la mano y abriendo un postigo de una puerta grande que servía de guardar de noche la carroza que su marido ministraba de día, y salía á diferente calle que á la de la entrada principal, la dió en la libertad de sus pasos mayor favor que en encubrirla podría.

Y de manera apresuró esta diligencia, que aunque el anciano que la asistía, y el paje que ya había bajado á prevenir que el Alcalde venía á acompañarla, la buscaban y á voces la llamaban, no respondió, ni pareció; á las cuales llegó el padre y su fiel amigo, que dándole noticia del caso, hacían notables extremos, culpando al viejo y criada que con ella habían quedado, de aquella no imaginada fuga; y aunque daban sus descargos con referir la ficción que se les había supuesto por su ama, á quien, como ellos decían, debían obedecer; además, que no había salido de la puerta afuera, todavía los maltrataba el oidor con enojosas razones. Y después de mirada toda la casa y cuantos aposentos, cochera y demás partes donde se podía ocultar, ó si los moradores

ó criados de ellos la habían visto salir, y hallando que no hubiese quien diese noticia de ella, porque la fiel encubridora negó el haberla librado del peligroso lance que le representó y guardado en secreto el haberla ayudado á salir, por el disgusto que conoció les podía venir de lo contrario, imaginando hubiese sido traza de don Juan, y que por aquel camino industrioso, porque no se aclarase su mala ejecución, tuviese quien la desapareciese, sino otra prevención, pues el sentimiento no dejaba adquirir muchas, se volvieron á subir arriba y mandando traer de la cárcel de corte, molestas y pesadas prisiones, se las pusieron, y á Páez de la misma suerte, retirándolos á un aposento más estrecho, tratando de afligirlos de manera que les obligase á dar luz, así de la huída de la temerosa dama, como de lo demás, juzgando no estaban ajenos de saberlo.

Pero el inocente caballero satisfacía con decir, que ni sabía del suceso primero, ni de aquel segundo, más de lo que Flora podría decir, puesta en su presencia, en quien habría librado su descargo, que era el fin por que la deseaba ver, y por lo que él no

se había disculpado desde luego con eficacia; pero si su mala suerte le traía por tan extraordinarias vías á que sólo por indiciado padeciese, que mal podría desviarse de los infortunios no prevenidos, si con pequeña causa hallados. Y quedándose con dos vigilantes guardas en su poco espacioso recogimiento, se salieron los confusos y mal determinados Jueces; y confiriendo el caso, se resolvieron en que á la siguiente mañana se fulminaría la causa de oficio, pues juzgaban más pertinacia en don Juan, que no inocencia del disgusto que ellos padecían, volviéndose el oidor y sus criados á su casa, á quienes dijo no diesen parte á la madre de la temerosa huída, de lo que había sucedido, antes advirtiesen decirla quedaba con licencia suya en casa de una deuda y primas de su edad, quienes le habían pedido se la dejase por aquella noche en su compañía, diciéndoles le hiciesen saber que cuando la sacó había sido á que la santiguase una devota monja descalza, que todos conocían, para que se aliviasen con las divinas precaciones sus molestos y continuos achaques, con que excusarían otra novelada tragedia; y en esta forma se suspendió

por aquella noche el desasosiego de la madre, si no la pena paternal que las reprimía por abstener de ajeno sentimiento, tenido por suyo, justas y debidas muestras.

Y el afligido don Juan en su clausura, admirado de tantos laberintos aparentes y á la verdad confuso así del primer caso, como de los después sucedidos, sin fijo acierto á la absolución que á lo que se le imputaba debía dar y cansado de discurrir sobre aquel dolor que le investigaba, pues como blanco de su pesado atributo no salía con el pensamiento de él, tomando recado de escribir, que suele ser alivio de congojas, se puso á hacer estos versos que se siguen:

Llorad ojos, si tenéis
entre el dolor de mis ansias,
agua para el vivo fuego
que os conduce á penas tantas.
Lamentos de haber tenido
mal logradas esperanzas,
y como entonces placeres
brotad tristeza del alma.
Que bien el tiempo mudable
con el amor se compara,
siendo amor y tiempo quien
cifraron esta esperanza.
Al gozo más jubiloso

mil pesares le acompañan,
que no permiten los hados
contento sin asechanza.
De Flora, mi suerte quiso
cuando su gracia alcanzaba,
que mereciese finezas
que veneré cortesanas.
Y ahora frustradas nacen
á manos de mi desgracia,
porque nunca á una desdicha
la llegó el bien que esperaba.
Con que rico de temores
y no pobre de amenazas,
la razón me persuade
que no fíe en cosa humana.

Y ya fatigado del cansancio de sus penas y soñoliento de haber pasado las dos antecedentes noches sin conocer el sueño, se recostó sobre un aseado lecho que dispuesto en aquella parte estaba, cargado de las atormentadoras prisiones, á donde le despertaron con el alba algunos recios golpes que en la puerta de su tenida por rigurosa cárcel daban, que procurando de las guardas que le asistían saber quién era, le respondieron que el Alcalde de Corte, á quien había madrugado la portadora de una carta, que decía que la quería comunicar con él, y cobrándose con brevedad por estar

vestido, sentándose sobre la nocturna sepultura y abriendo la puerta, vió que entraba con ella en las manos, aunque no abierta, por haber de esperar para hacerlo á su padre de Flora, que así lo pedía en el sobrescrito, al cual dijo había enviado á llamar; y á poco espacio que trataron de varias materias, por no molestarle con la suya á don Juan, llegó el oidor y subió solo, harto cuidadoso, ignorando la causa para que fuese á aquella hora tan presurosamente llamado. Pero viéndose juntos y dándole á entender el fin de su venida, diciéndole cómo una criada del convento de Santa Clara había traído al amanecer el día aquel pliego, sin dar más razón de que la noche antes le había mandado la abadesa hacer aquella diligencia; quitándole lo cancelado de la oblea, vieron que contenía estas razones:

«Yo, la más infeliz mujer delas de este peligroso siglo, conociendo haber hecho en uno muchos desaciertos, y procurando antes quedar cargada del oprobio de la culpa, que temeraria y cautelosa atribuirla á quien está ajeno de ella, digo, que aunque es verdad que don Juan Osorio, tan noble como

cortesano, me solicitó para esposa, á que yo licenciosa por aspirar á la libertad de la subordinación paternal correspondí; y habiendo el amor y la industria cedídonos aquel extraño y no usado medio de la apariencia fabulosa del entendido salvaje, para con ella aprender la posesión en que voluntariamente nos pretendíamos unir, temerosos de que si lo intentábamos por otro estilo, no se colmase de fruto nuestro deseo por algunos accidentes de que· yo estaba recelosa y él sin duda salido á ejecutarlo. La verdad es, que no fué el robador de mi virginidad, ni puedo asegurar verificadamente quién fuese, pues por extraño á mis ojos, no fué posible su aprensión mediante el disfraz. Y las causas porque á don Juan no debo hacer hechor de mi desdicha, son el haber determinado mi madre, por lo que se pudo ofrecer que saliésemos á diferente parte que á la que antes yo le había advertido y para donde yo le tenía citado, siendo la voz, talle y atroces desafueros que para mi rendimiento tuvo el supuesto amante, no correspondientes á las halagüeñas y amorosas acciones de la melosidad del que para dueño de las mías me procuraba, y á

quien yo desde luego como gozosa de mi deseado efecto me entregara sin hacer este vergonzoso retiro. Y así, para el descargo de mi conciencia, confieso no es culpado, ni tampoco en mi fuga á este convento; porque sólo el medroso temor de haberme de presentar delante de quien había imputado falsamente, me dió para ello alas como puerta franca el ingenio, y arte con que desde este día (pues tan adversos me han sido los dos pasados), me quedo á profesar la religión y observarla en esta casa, pues no es justo que falte en mí, como para hacerle maña conocimiento del yerro, por cuyo hábito santo, que espero recibir, juro ser verdad lo que aquí he referido, para el desengaño de mis afligidos padres, á quien humildemente suplico, que sin atender á mi libertada y mal mirada resolución, me concedan su bendición, con la licencia de hacerlo, acudiendo á lo que para la continuación de este claustral estado necesito, pues aunque se me pudiera ofrecer otro más cómodo, no lo apeteciera mi determinación y alumbrado conocimiento, encomendando á Nuestro Señor los aciertos de mi perseveración. De Santa Clara, á 6 de Mayo, etc.—*Flora.*»

Así dió remate el Alcalde al bien advertido papel, quedando él y los demás más absortos que bien desengañados; y no queriendo darle crédito, en cuanto á la disculpa que por don Juan daba, juzgando lo hacía por obviarle el riesgo en que le veía y podría padecer no efectuándose con el casamiento, ni que aquel negocio quedase tan pendiente de dudas, trazaron de sacar, como lo hicieron, á diferente aposento á Páez, dejando solo á su amo, y á aquella hora, haciendo traer allí un escribano y verdugo con los instrumentos de dar tormento. Luego que le apercibieron el que ó había de rendir la vida en él ó confesar la verdad de lo que supiese, para la satisfacción de aquellos engaños, y viéndose el arrepentido y temeroso paje, puesto en la conminación, sin ser necesario mayor rigor, declaró todo lo que pasaba, y cómo, por su orden, don Gaspar Leonardo había tenido el efecto con Flora que su amo había pretendido, dándoles larga cuenta del modo como se dispuso el caso. Y así, sin más dilación, despidiendo á los ya referidos ministros, le sacaron de casa los dos cuidadosos amigos, en un coche, corridas las cortinas, y con dos confidentes

alguaciles, aunque era de mañana, le llevaron á que les enseñase la posada del violador de la honra de Flora; que habiéndole hallado en ella y confiriéndole ambos el negocio, como era cosa que tanto deseaba, confesó lo mismo que Páez había dicho con mucha llaneza, procurando disculpar su temeridad diciendo que los desvelos é incendio del amor le habían llevado á la precipitación de su destino; pero siempre con ánimo de ser su esposo, y sólo había de que darle culpa el no haber solicitádolo por otros medios, los cuales había excusado, temeroso de no ser admitido por su poco caudal, pues por su sangre bien conocerían no lo desmerecía, dándoles palabras de estar firme en cumplirlas, teniendo gusto de ello. Y conociendo su calidad y ser aquél el mejor camino, sólo les embarazaba la satisfacción de don Juan, para excusar algunos pesados desaires que agraviado, como caballero, pudiera tener con don Gaspar; y aceptando lo que les había ofrecido, se volvieron á casa del Alcalde, sin que Páez entendiese nada de lo tratado, por haberle mandado detener en la antesala á los dos alguaciles, advirtiéndole no dijese nada de

aquella salida á su dueño, pues él correría mayor riesgo, cuanto mayores disensiones hubiere, y que si le preguntaba su amo dónde le habían detenido, respondiese que en un cuarto bajo del Alcalde, examinándole cerca de los casos sucedidos, y dijese al contrario de lo que les habían declarado; que esta prever ción hicieron por ver cómo recibía el afligido Osorio la absolución que le habían de dar, para estorbar los pesarosos lances de disgusto que con don Gaspar podría tener. Y así, volviendo al alojamiento del confuso caballero, con supuesto modo y engañosa traza, catequizándole lo que á ello respondía, le dijeron, que mirando la fuerza que hacía Flora en no ser el dueño de aquel delito y las causas que para ello verdaderas representaba, pues confesaba haber salido al Sotillo, para donde había sido aplazado y no á la Casa del Campo, á donde se cometió, y conociendo ser así, pues á la venida le había encontrado el Alcalde y traído á aquella prisión, mediante los indicios, viéndole lleno de lágrimas los ojos, que antes habían sido fuego en el corazón contra el cauteloso artífice de aquel asalto, determinaban, ya compadecidos tan-

to de él y su inocencia, como de la encerrada dama, aunque fuese á costa de su clausura, pues era forzoso la guardase, porque no faltase en los accidentes pasados, dejarle libre desde aquel punto, pidiéndole que pues había visto que hasta tonces cualquiera causa asimilada á aquélla, le había agravado lo que le atribuían, no tuviese por injusto el rigor, que para sí era dueño del delito, con que él se había tenido diciendo, que si se hubiera de especular despacio, podía considerar, que todavía quedaba lugar á castigarle, habiendo sido el primer movedor de la salida al campo, de donde se había originado aquella apesarada desazón; pero que conociendo igual á el mayor su sentimiento, y la causa de los debidos respetos de su sangre, aunque era harto achaque para la suya, se dejaría en aquel estado y á Flora en el que había tomado, pues había hecho elección del menos dañoso á su reputación, si más acertado al servicio de Dios, y que por lo que debía á quien era, sepultase aquel suceso en el archivo del olvido, y que advirtiese á Páez lo mismo, como ellos lo harían, que otra persona no sabía el alma del caso, como había pasado.

Hallóse don Juan tan compungido y absorto, que apenas le quitaron las prisiones, cuando prometió, no solamente no tratar más de él, sino, desde luego, mandando llamar un escribano, disponer una donación que hizo á su estimada prenda de 4.000 ducados de bienes sueltos, que á su voluntaria disposición tenía, para que los gozase en cualquier estado que tuviese. Y acabado este instrumento se despidió muy enternecido de los dos experimentados jueces, los cuales volvieron á advertir á Páez guardase secreto en lo pasado, así para con su amo, pues tanto con él aventuraba, como con otras cualesquiera personas con quien tratase. Y dándole un coche en que se fuesen, le acompañó el oidor hasta su casa, quedando en ella don Juan con muestras de grandísimo amor, y en dos sucesivos días dispuso de todas las cosas tocantes al cobro de una consignación de moderada renta que tenía, como otras, algunas con diferentes personas y dejándoles dado asiento á todas, y remitiendo á casa del Alcalde la promesa donada, se fué al convento de los Capuchinos, donde pidió y le dieron, por ser tan conocido, después de haber estado

tres días en él, el hábito, aconsejando á Páez siguiese aquel verdadero camino, pues había visto en lo que paraban los varios accidentes de la vida, quien prometió como se le alcanzase licencia, volver dentro de cuatro días á recibirlo. Que yéndose á casa del Alcalde, le dió noticia del recogimiento de su amo, quien lo aprobó con grandísima alegría y envió á hacer saber al oidor. Y pidiéndole Páez le hiciese volver el vestido de pieles, para volverle á su dueño, pues su pobreza no alcanzaba á tener con qué satisfacerlo, liberal, aventurando lo menos, mandó se le diesen; y con mayor gusto, cuando supo que él también quería tomar el hábito, amonestándole siempre la guarda del secreto. Y llevando el vestido se fué á casa de don Gaspar y contó todo lo sucedido (como si él no lo supiese), y pidiéndole el otro, se le volvió con los demás adherentes que le había entregado, diciéndole estaba muy pesaroso de haber sido la causa de tantos disgustos, y que de allí á cuatro días se partía para Lombardía (por encubrir la ejecución de su matrimonio), y despidiéndose el ya imaginado capuchino, hizo entrega de los salvajes vaqueros, arcos y flechas al

que se los había fiado. Y habiendo dado cuenta á los deudos de don Juan, su amo, de su efectuada descalcez, por habérselo él mandado así, y acomodado sus cosas, de allí á dos días se volvió al convento referido, donde fué con benevolencia admitido á ruego de su dueño.

Y habiendo visto la disposición de los nuevos religiosos, sin parecerles al oidor y al Alcalde ser necesaria disculpa alguna para ellos, viendo la buena elección de su nueva vida, habiendo dado noticia de lo pasado á su madre de Flora, quien harto se había asustado en oirla, atajando inconvenientes, trazaron que secretamente se desposase don Gaspar con Flora, puesta en su libertad. Y yendo á visitar al contrayente los dos amigos, lo hallaron con la cruz de Santiago al pecho, que aquel día se la había puesto, por merced que había muchos días que se le había hecho en premio de sus buenos servicios en Flandes, junto con un gobierno en uno de los presidios de las Indias; y dándole el parabién de todo, alegres dispusieron el que se abreviase el desposorio, pues sólo faltaban las usuales galas, que en tales ocasiones debidamente se sue-

len presentar de una y otra parte, las cuales abreviaron; y acabadas, una tarde don Gaspar y el oidor se fueron al convento donde Flora estaba, y mandando llamar á la Abadesa dél, le pidieron la hiciese salir á la reja, donde estaban, que con brevedad lo ejecutó, trayendo á la vergonzosa dama, y arrodillada en la presencia de su padre, le pidió perdón de su yerro. Y él, como tal, con piadosas lágrimas se lo concedió, diciéndole algunas razones muy corteses, sí debidas á tal ocasión, sin ninguna aspereza, pues para lo que intentaban, no era á propósito el atemorizarla, y proponiéndole el estado que darle quería, contándole era con la persona que le debía su honestidad, para que no corriese riesgo su honor, y la elección de don Juan y su criado, y la cantidad de que le había hecho donación, y que con ésto cesaría cualquiera rumor que hubiese habido ó se pudiese presumir, haciéndole notoria la calidad del que por esposo le daba, respondió Flora que siempre estaba obediente á sus mandatos y más en caso que tanto convenía. Dispúsose el oidor, agradeciendo á la Abadesa el regalo que á aquella niña hacía. Y volviendo á tomar el

coche, en que le había estado esperando su ya llamado hijo, dispusieron licencia del Vicario de Madrid y dispensación de las amonestaciones, sin más dilación. Y al otro día, con la asistencia de su madre, el Alcalde, su mujer, y otras amigas, recibieron las esponsales bendiciones á la puerta del Convento, y allí quedó don Gaspar, dueño de la prenda tan deseada, con muestras de grande alegría: y volviendo al referido encerramiento, donde estaba, se detuvo en él, visitada de sus padres y esposo, á quien mejoraron de oficio en España, hasta que pasado el año del noviciado de don Juan, viéndole profeso, y que ya estaban excusadas las inquietudes y desabrimientos, que como hombre y que bien quería á Flora, podía tener, sacándola de aquel recogimiento, se velaron con mucha ostentación y aplauso de deudos de unas y otras partes, sin que persona alguna supiese la causa principal, ni en el Convento, por haber ella dicho á la Abadesa otras razones, porque le movió á retirarse allí, con cuyo gozo, vivieron alegres y gustosos. Y aunque don Juan, de allí á pocos días, alcanzó á saber el casamiento, no trató más de ello, ni de

especular cómo había sido, considerando, que pues se había reducido á tan penitente vida, no le convenían los desvelos humanos sino seguir el derecho camino que había tomado, perseverando en él, hasta el fin de sus dilatados años, que tuvo en la clausura, y Páez de la misma suerte.



QUIEN BIEN ANDA, BIEN ACABA

NOVELA SEGUNDA

Caminaba desde la noble y antigua Galicia y ciudad de Orense, que está en ella, para la bien cercada Zamora, un caballero llamado don Nuño de Oca, habiéndole desterrado de aquellos sus naturales países, no la falta de estimación, calidad ni cantidad, gustos ni alegres divertimientos, pues de todo tenía lo bastante, sino una poderosa, extraña y dél no conocida melancolía, que le investigaba la vida con varios pensamientos y recuerdos de la muerte, de tal manera que, absorto en la prevención del morir, se elevaba y dejaba llevar de suerte que ni saraos ni humanos gustos le eran provechosos ni los apetecía, pues sólo venía en su

memoria la de haber de tener fin los días en que poco á poco le iban más apropinquando á él; y queriendo hacer experiencia de si consistía aquel instímulo en la influencia del pedazo de cielo que la cobija.

Y deseando, una mañana que salió de un pueblo llamado el Valdelaza, llegar á que le cogiese la noche en la villa del Conde de Benavente, que tiene por nombre la Puebla de Sanabria, por haber allí algunos de sus honrados deudos, caminó á toda prisa picando á la mula (por ser larga jornada), pero sin embargo le anocheció tres leguas antes de ella en una montaña copada de árboles y áspera de camino, tan engrutada y espesa de silvestres plantas, que era bastante su unido entretejo á formar obscuridad cuando la nocturna madre del silencio no la hubiera ofrecido. Cuyas causas, y la de dejar á la cabalgadura, seguía su elección la derrota por no guiarla, sin luz quizá á donde no conviniese, cediendo el precepto del tascado freno á su irracional voluntad, lo fueron, á que echando por una poco usada vereda se fuese encumbrando y subiendo una empinada cuesta, imaginando era el derecho camino con que un criado, que algo distante atrás

le seguía, por haberse quedado en el referido pueblo á despachar el carruaje que traían, siguiendo la vía recta, que bien sabía, pasó la oída vereda, y llegó á la posada señalada donde pensó hallar á su amo, causándole copiosa y grande tristeza el no verle, ni que de él, aunque lo preguntó, le daban razón, por haber conocido en sus acciones el desabrimiento que consigo traía, si bien no había entendido la causa de él.

Hallóse el melancólico don Nuño cuando entendió cercano del hospedaje, donde sabía adquirirían gusto en verle y él algún descanso, encima de una pirámide de bruñidas pizarras, tan lisas y resbalosas que por haber conocido (aunque con alguna duda), el yerro de la ordinaria huella de los que caminaban por aquel trillado paraje, se apeó tomando de la rienda la mansa mula en que iba, quien le seguía con atentado paso buscando la misma parte por donde había subido, para volverse á conducir al camino real; pero por diversas y varias vueltas que por uno y otro lado dió no fué posible el hallarle, con que cansado y sin aliento alguno, lleno de varios sobresaltos y diferentes pensamientos, se resolvió dejarse recostar

debajo de un castaño espeso de verdes y espinosas ramas, enlazando el cabestro del doméstico animal en una de ellas, y con su ferreruelo y maleta, sin otra prevención que trajese consigo, ordenó abrigado pasar allí aquella que se le representaba fúnebre y prolongada noche, harto fatigado de la soledad y consideraciones de vidas de cristianos, metido y enfrascado en desear saber el fin á que se encaminaban aquellos trabajos.

Y apenas le hizo donación la memoria de un rato de agasajo con un ligero sueño, cuando le despertó el clamor y eco del toque de una pequeña voz de campanilla, que como citando ministros de alguna compasiva cofradía llamaba tímida y espaciosa. Y atribuyendo á novedad el oirla en tal parte, si ya no era, que sin saberlo él estuviese cercano de algún comarcano pueblo, por descubrir lo que aquello fuese y salir de alguna suspensión que le había causado, se cobró un poco, sentándose sobre las hierbas vecinas al tronco del árbol que le servía de choza. Y vió que por entre la montuosa sierra iba subiendo un bulto de hombre con notable silencio, trayendo en la una mano una linternilla con luz y en la otra un bácu-

lo nudoso y seco, que le habilitaba la senectud que representó después que llegó á él, y colgada de unos enlazados vejucos que le servían de ceñidor ó pretina, una campanilla pequeña, que era la que había oído el asustado joven, quien así que vió se le acercaba, dando un temeroso grito, se levantó y procuró desviarse de la vista del anciano penitente, el cual también se maravilló de ver á tal hora, y en tan oculta y no usada montaña, criatura racional. Pero como quien menos temor cobró, atendiendo á quitársele el mancebo que asustado miraba, le llamó halagosamente diciéndole no dejase su albergue ni afeminase su valor por haberle visto á él, pues era hombre de carne y no visión que á dañarle viniese, y antes le tendría compañía si necesitaba della; con que oyendo don Nuño estas razones, volvió de su atemorizado pavor, yéndose al paraje de donde había salido y ya el silvestre monje estaba, que avivando la turbada y encavernada luz de la linternilla le miró muy despacio y preguntó la causa de haber subido á aquella áspera cumbre á tal hora, á lo cual respondió el trágico mozo diciéndole que de todo le daría razón; y sin más dila-

tarlo le dió á entender quién era y de donde, su calidad y estado, y las causas desde su principio, por qué se ausentaba de su amada pátria y como dejando á la caballería en que había venido, por ser noche y tán obscuro, á su elección el seguimiento de la jornada á que iba, le había metido entre áquella fragosidad en que se hallaba, significándole el no moverle á irse de ella otra cosa que apartarse del conocimiento de algunas personas con quien había tenido lascivos entretenimientos, para que viéndose sin aquellas granjeadas voluntades y percibidas ocasiones, se la diese su memoria á estarse recogido en casa de alguno de sus deudos, hasta que Nuestro Señor le inspirase lo que más á su salvación conviniese, pues tantos recuerdos del día en que había de llegar su fin á ella le ocurrían.

A que el cristiano ermitaño le respondió:

—Paréceme muy bien, hijo mío (que así te nombro con la licencia de mis canas), el verte tan ajustado al servicio de Dios, de que yo por mi parte te rindo las gracias que mereces, aunque me espanta que un varón de tan buen talento como muestras tener, no considere que su divina majestad

te da esta estimulada memoria que dices te atormenta, quizá para castigo de tus pecados, hasta este punto cometidos, y freno en los que pudieras adelante, y que el traerte esos insinuados temores á la imaginación en parte donde el demonio tanto te representaba é incitaba á tus carnales vicios que refieres haber tenido, echa de ver es para mayor mérito tuyo en la resistencia, que es justo tengas, para evitar el arrojarte á sus ofensas; que si tu memoria es quien en esta parte te aflige, contigo la llevas siempre, y donde quiera obrará lo mismo, no porque es mi parecer que te pongas á los ojos de la precipitación, pues podrías caer en tus acostumbrados delitos, sino antes donde quiera que te halles, desairadamente dar de mano á todos tus envejecidos vicios con este y aquel desabrido despego que ni para el mundo faltan, ni merecía otros premios con que saldrás victorioso contra tus enemigos, y ayudado del favor divino estarás gozoso y sin tantos temerosos sobresaltos, esperando la hora de tu muerte.

Quedó don Nuño bien consolado de oirle, considerando que lo que decía Ambrosio (que así era su nombre) era justo y saluda-

ble á su espíritu, si bien receloso de no volver á continuar sus ceguedades, pero de su *motu proprio* se resolvió, pensando bien en las palabras dichas por el que delante tenía, de volverse á su patria y allí procurar con buenas obras adquirir copiosos dones de la divina misericordia. Y así, le respondió que luego que amaneciese determinaba trocar la rienda á su determinación y retroceder de su viaje, yendo á borrar de las lenguas de aquel vulgo las liviandades humanas en que le había visto desenfrenado, y de que no poco arrepentido se hallaba, pues no siendo en su patria la enmienda de su vida, sería contingente el no dar crédito de ella, habiendo visto su relajación, á cualquiera más aprobada que les informasen tuviese, y que aun sólo para con Dios necesitaban los hombres de aquella satisfacción, también quería darla á los vivientes que le conocían para el ejemplo que podrían tomar en él, como mediante el favor divino esperaba. Pero que, pues Nuestro Señor le había traído á que le encontrase en aquella engrutada selva y se consolase tanto con haberle visto y oído, y pues por su mandado le había contado su corta y pasada vida,

si posible fuese, le diese parte de la suya, refiriéndole la que en aquella aspereza tenía, y qué causas á ella le habían movido, pues la dilatada noche daba lugar á todo, y el sueño estaba tan ajeno de sus acciones, que él le daba palabra de guardarle secreto si convenía. A que no replicando el nevado anciano, sacando del arrugado seno una candelilla de resina negra, de que traía prevención, y poniéndola en lugar de otra que en la linterna iba acabando su curso, le refirió estas siguientes razones:

—Yo, noble caballero, me llamo Ambrosio; mi natural patria es la villa de Madrid y corte de nuestro católico rey; mis padres no los digo, pues no importa al caso, si eran pobres ó ricos no es al propósito el contarlo, ni si tenían calidad tampoco, pues sólo ese es bueno el que salvarse sabe. Mi edad serán setenta y ocho años; y abreviando en la narración, te hago saber, que salí al mundo con muda lengua, y lo fué hasta que cumplí los dieciséis años, en llegando á los cuales, con la inteligencia de mi discurso, en lo que veía obrar á otro, aprendí grandísimo pesar de estar ajeno de clara pronunciación para poder explicar lo que me

parecía que iba alcanzando en las cosas que veía obradas por otros. Fué Dios servido, que á ruego é intercesión de su Santísima Madre, á quien por ser su devoto muy de veras, me encomendé, ó porque así convino para mi salvación, que un día, estando á solas hojeando un libro, de muchos que mi padre tenía en un curioso estudio, donde de ordinario asistía, entrando al acaso al tiempo que yo dentro estaba divertido en lo dicho, me riñó por señas el haber descompuesto aquel volumen, que en las manos me halló, quizá por haberle borrado parte donde tenía algún apuntamiento, buscado y trabajado por él, como dándome á entender que yo sólo para un pesebre había salido á este perecedero siglo, y que así no manejase lo que no entendía, ni podía aunque quisiese, como si el poder divino tuviese coartada abreviatura. Poca fué la causa para adquirir enojo, pues le recibí con harto sentimiento, si bien no más que contra los pecados que habían sido causa á que sobre mí cayese aquel amordazado trabajo, con fervoroso deseo de salir dél. En cuyo punto, usando Nuestro Señor conmigo de piedad é incomprensibles secretos

suyos, me dió desatada lengua y atento oído, con que repentinamente pronucié el descargo de la causa porque era reprendido, y gusto que de entenderlo tenía, quedando el venerable que me había engendrado privado y mudo, cual yo había estado, y en mí desechada la torpeza verbal, con harta novedad, así de lo visto como de oirme á mí mismo pronunciar lo que jamás sabía. Causóle al anciano notable y penosa fiebre, y yo quedé sin número, pesaroso de verle y, sin encarecimiento, recibí aún mayor dolor de su daño que placer de mi buen suceso, que trabajos de padres en los honrados hijos han de saber sentirse. Di voces á mi madre y hermanos que en casa se hallaron, y contéles lo que había pasado, con tan desenvuelto lenguaje, cual si jamás hubiese tenido trabados los hipérboles. Y finalmente dieron orden de curarle, por si acaso, como pudiera, hubiese sido algún liviano accidente, asustados y atemorizados de lo visto. Pero aunque doctos médicos le aplicaron virtuosas medicinas, no fué posible sacarle de aquel impensado silencio en que cayó y forzosamente guardaba, hasta que de allí á dos años, confesado por

señas, murió, dando muestras de bueno y fiel cristiano. En los cuales estudié la gramática y después, en las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, la sutil Teología con buenos y aprobados maestros. Y ya tenía veintiocho años, cuando me hallé tan dueño de la inteligencia de las materias, parte de Santo Tomás, y tomos de Escoto, que argüía sobre cualquier punto que oía disputar, con grandes ventajas á otros, sirviendo de maravilla entre los sabios, que decían había de ser doctísimo teólogo, y tan portentoso, que muchas de las cosas explicadas en las cátedras, por diferentes y estudiosos varones, me parecían de pequeño realce y las procuraba añadir ó interpretar, por juzgarme de más sutil y agudo ingenio. Con que un día discurriendo con el cincel de la pluma sobre la materia de la Trinidad, me hallé que ni señalaba letra, aunque tenía tinta, ni mi entendimiento pasaba adelante en su discurso, ni la mente conceptuosa se desataba, como otras veces. Y al momento, con un funesto temblor, consideré no deber de ser conveniente querer comprender más el hombre de lo que el Señor vé que es necesario para una

docta enseñanza y que la aprensión imaginaria que desee entonces reducir á suma, no debía de ser lícito por no tenerla. Y en aquel mismo instante concebí en mi memoria, que el estado en que me hallaba, ajeno de obligaciones humanas que me pudieran divertir, mozo y ocasionado por sabio á los yerros de hombre, y por hombre sin dominio á los pecados de varón, no me convenía más que el buscar el logro de mi salvación, para que agradecido á nuestro Señor de sus beneficios, pareciese á sus divinos ojos, ya que no pagados, reconocido: metime en San Alberto, convento de Religiosos Descalzos de la Orden del Carmen, en la Ciudad de Sevilla; y aunque observaba recogimiento, la obediencia me afligía, con que á ratos salía mi imaginación y voluntad á los limites de tenerla, y no dejabá de ofrecerse en esta ó aquella pequeña causa algún escabroso rencorcillo conventual; y conociendo que eran desazones traídas por el demonio y tentaciones suyas (considerándose poco sufrido en otras voluntades) temeroso de no perder allí la prosecución de mi buen celo, aunque hacía ocho meses que tenía el hábito, un día festivo y de jubileo en nues-

tra casa, que todos los novicios confesamos y comulgamos, á la noche, después de la hora de maitines, saliendo de rezarlos, con sola la saya, túnica y capilla, escapulario y rosario en la mano, y esta campanilla que de propósito tomé de la puerta de entrada del coro, donde estaba, y la metí en la manga, y con la linterna que de la oración sacaba, apagada la luz, me salí á toda prisa, sin que el maestro de novicios me echase de menos, por ser muchos y de noche, y bajando á la huerta, habiéndome dejado descolgar á ella desde una ventana baja que tenía la escalera del claustro primero, por donde había tanteado mi fuga, ayudado de los gruesos, verdes y correosos sarmientos de un emparrado que en ella había, salté por encima de la tapia, sin que nadie me sintiese y puse mis pies en la libertad de mi albedrío. ¿Quién duda que dirás, que pues no era profeso, por qué no pedía licencia á mi prelado para salirme y no solicitar las descomodidades que te he contado para ello? A que te respondo, que fué tanta la vergüenza que poniéndomelo á pensar me dió, que quise más inquirir otro medio, aunque trabajoso, que no pronunciar tales pa-

labras con la lengua. Además, que todo el fin á que encaminaba mis pasos era á buscar mayor retiro y soledad, con celo fervoroso de amor de Dios, nada del trabajo que tuve en la salida se me hizo difícil. Y estando en la calle caminé á toda prisa aquella noche y otras muchas por yermos campos, deteniéndome de día en partes ocultas, donde hallaba agua y hierbas para mi alimento, alejándome en andar buscando una desierta y sola donde encerrarme, huyendo del concurso y vista de los mortales que tanto me parecía dañarme. Y hallando esta montaña lejos de mucha vecindad, toda llena de aspereza, osos, lobos y jabalíes, y buscando el mejor paraje de ella, no para recrearme, sino para tener agua y hierbas, comestibles con que sustentarme, vi una fuente, que está á un tiro de piedra de aquí, quien me alimenta y vivifica, después de las desazonadas hojas de las legumbres, que estos campos sin avaricia ofrecen y ha que asisto en ellos cincuenta años, oyendo misa los días de precepto en un pueblo que aquí está cercano, donde al alba le dice un devoto sacerdote, tan anciano como yo, pues ha vivido con esta preocupación todo este

tiempo, con quien me confieso y comulgo, teniéndole advertido del secreto, que le he pedido guarde, de la vida que paso, pues los vecinos que á veces la oyen conmigo tienen entendido soy celador de alguna devota y circunvecina ermita. Y desde el segundo día que llegué, tracé de hacer el hoyo en que meterme y quedar sepultado, cuando la voluntad de Dios fuese que acabase mi vida; porque luego que comencé á seguir la de la soledad, me amenazaba mi enemigo cuerpo con muchos y crueles dolores, que denotaban mi fin, y ansí al punto que me daban, tocando con esta campanilla, me clamoreaba en vida y metía en la madre tierra, encomendándome á Nuestro Señor, suplicándole no fuesen parte mis pasados delitos, que ya tenía confesados á mi condenación, pues conocía del interior de mi espíritu las causas de haberme enajenado de aquella suerte de mi religión. Y porque entiendas que no es fábula lo que te cuento, ven conmigo y llevaréte donde veas el hoyo diputado por mi propia elección.

Siguióle el auditor caballero, y á menos de seis pasos, en las faldas de las hojosas ramas del castaño, debajo cuyo techado es-

taban, halló una urna terrestre, honda del estado de un hombre (que dijo haberla hecho con pedazos de madera seca que de los árboles cortaba ablandando la tierra las continuas lluvias del rigoroso invierno), con una dura y helada piedra en la parte de la cabecera y hacia la de los pies un montoncillo de hoyosas pizarras, metida entre ellas una cruz de madera, algo pequeña y sin desbaratar, y todo el circuíto rodeado de árboles, que aseguró Ambrosio haberlos él plantado, para que encubriesen y ocultasen aquella natural tumba. Y vueltos á su primer puesto, y arrimándose al tronco del espinoso árbol, le dió á don Nuño la candelilla de la linterna en la mano, y le enseñó unos versos que le refirió haberlos él escrito, cortando con la punta del cuchillo de su estuche la dura corteza que le cobija, y habiendo descurrido la vista por ellos, decían:

¡Ay de aquél que no vive para muerto,
siendo la muerte, más que el vivir, cierta!
Mas vivo el cuerpo con el alma muerta,
irracional será tal desconcierto.
Y si el fin de la vida está tan cierto,
humanos y mortales, ojo alerta,

que en la gracia hallará la puerta abierta,
espíritu que en Dios esté despierto.
Mas ya mis culpas temen, cuando espero
su juicio, y que si llega consideran,
imaginando al Juez recto y severo.
Y en su misericordia perseveran:
supla á mi Dios la sangre del Cordero
defectos que quisiera no tuvieran.

Dió fin al oído soneto don Nuño, y Ambrosio volvió á hablar diciendo:

—Esta es, valeroso joven, la vida que he tenido y las causas que á este montuoso desierto me trajeron, y tan encontrados somos los dos en el deseo, cuanto tu dices huyes de la aflicción que te causa la memoria del morir, y yo á cada rato requiero mi sepulcro, considerándolo por morada de mis flacos huesos, con que me reprimo de varios pensamientos que de pasados gustos la imaginación me ofrece. Y porque si me preguntas para que me traje esta campanilla de mi convento, cuando dél me salí, te respondo que había cincuenta y cuatro, y más años que leí en Demóstenes, griego docto, sobre un tratado que escribió de plantas, y animales que huían los ponzoñosos y malignos del eco y sonido del pesado cobre; y como mi intento era parar en parte que for-

zosamente hubiese algunos y en particular sabandijas pestíferas, por la mucha fragosidad é intrincada maleza de la tierra, me previne del remedio, con que he hecho la experiencia más de alguna vez, pues siempre que intento reposar de día ó de noche en una peñascosa cueva que me alberga contra la impiedad de los tiempos, la toco primero y ahuyento lejos de mí las serpientes dañosas, para que no me ofendan, con que, la gloria á Dios, he vivido de ellas sin molestia ninguna, sirviéndome de reparo contra el rigoroso frío que destempla este sitio, la calurosa lumbre, que con yesca y pedernal enciendo, de pedazos de haya y demás árboles de su distrito, secos que mi solicitud recoge. Y este saco, que por no verle bien te había parecido de sayal ó fina jerga, no es que de unos delgados junquillos que un valle aquí cercano cría, y yo le tracé con el arte de la necesidad que dél tuve, cuando se me acabó el que de mi convento truje, y cada día lo coso y remiendo con hilos y pedazos de ellos mismos, que tejo cuando ceso de la oración, tanto porque me dure y cubra mis mortales carnes, cuanto por no estar peleando

con mi misma imaginación, que á ratos crudamente me atormenta; porque te hago saber que es madre de los vicios la negligente ociosidad. Los principios de esta vida que he pasado los puedes considerar penosos, y en el discurso de ella no te refiero cosas particulares que me han sucedido, porque era necesario mucho espacio; sólo te digo que el fin, sobre todas las cosas, le pongas en Dios para cualquiera á que aspires, haciéndolo así, tendrás alumbrado conocimiento que deseas.

Acabó el venerable viejo sus razones, llenándosele de agua sus hundidos ojos, y abrazando á don Nuño le rogó le volviese á acompañar hasta su sepultura, porque era ya llegada la hora de su acabamiento, según repentinamente se le había sobresaltado el flaco corazón; hízolo así, y yendo juntos, metido que fué Ambrosio en el hoyo, le pidió al caballero la cruz, que, quitándola de entre las pizarras con harto temor, se la entregó, y después que le oyó que hablando con Nuestro Señor, aclamó misericordia de sus pecados, le dijo al compadecido joven pusiese en la linterna otra candelilla, de muchas que entre los brazos del

árbol, hechas un manojo tenía (que su cuidado las beneficiaba en obras de seco esparto), y encendida se la dejase junto de sí, y quedase á Dios, á quien iba á dar cuenta de sus años mal logrados, y considerase cuán breves eran las horas de los mortales, pues en tan pocas había estado con él comunicando su vida y ya Nuestro Señor le llamaba al juicio no excusado de sus delitos; que abriese los ojos y tomase ejemplo, no en sus obras sino en el visto repentino caso, rogándole que luego que pudiese, trasladase su cuerpo de aquel monte al más cercano sagrado que hubiese, y que sólo aquello le pedía por paga del penar que de no haberle sido provechoso en nada tenía; y en breve rato, con muy pocas muestras de corporal sentimiento, si diluvios de lágrimas derramando por sus nevadas canas, dió el espíritu á su Criador, quedando el caballero absorto de haber visto aquel suceso, que le dejó suspenso y asustado, tan dolorido como maravillado dél.

Y cubriendo como mejor pudo el cuerpo que miraba difunto, con unas ramas que cortó de los cercanos árboles, luego que amaneció, que no tardó mucho, se fué bus-

cando el camino ordinario yendo poniendo señales por donde salía á él para acertar cuando volviesen á buscar el helado cadáver, no tardando de llegar al pueblo en que había de haber hecho noche y á casa del deudo, donde estaba su criado cuidadoso de la falta de su dueño; pero no refirió la causa de su pretensión, más que decir había errado el camino y quedádose solo en el espeso monte.

Y después que algún poco descansó, no pudiendo tener grande reposo su lastimado corazón, se fué á casa del cura de aquella villa á quien le contó todo lo pasado, sólo á fin de no dilatar el ruego que Ambrosio le había hecho, y porque podrían cargar sobre el difunto cuerpo algunos silvestres animales, rastreándole por el olfato y comérsele, pidiéndole le diese licencia para que le trujese á la iglesia y prometiéndole pagaría los gastos que sobre ello se causasen y encargándole que se hiciesen con todo secreto por convenir así y excusar las diligencias que podría intentar hacer la justicia para saber la causa de aquel muerto varón y quién fuese. A que el cristiano ministro le respondió lo haría él por su propia persona, disponien-

do que á la siguiente noche irían los dos con el sacerdote viejo que solía confesar á Ambrosio, que acaso estaba siendo su huésped, quien había muchos días que había dado noticia modestamente de como allí asistía, llevarían otro sacerdote de ejemplar vida para que les ayudase y traerían el devoto cuerpo y le sepultarían, y sin dilatarlo se partirían.

Y volviendo don Nuño con la referida compañía á la sepultura del venerable tenido por eremita, á quien no hallaron en ella quedando maravillados y suspendidos, dudaudo si algunas fieras se lo habrían comido, si bien no hallaban rastro ni despojo de tal, aunque mirando el circuíto con la luz de algunas hachas de cera y manojos de paja que encendieron y de que iban prevenidos antes, sólo la cruz que en las manos le había dejado al despedirse dél el galiciano caballero y el hoyo abierto y desembarazado y puesto en el mismo lugar, de donde para dársela la quitó, y al pie de ella un pedazo de bruñida corteza de una lisa haya, en que estaban impresos estos versos:

Citado al juicio de la cuenta estrecha,
medroso salgo y temeroso llego,
donde el decir «haré» nada aprovecha,

que es el engaño deste mundo ciego.
Relatada mi causa y satisfecha
la justicia divina, manda luego
que al mundo vuelva y instantáneamente
mi terrestre vejez fuese moviente.
Mis ya caducos pasos habilito
con el báculo seco que solía,
y visitando el monte topo escrito
un epitafio, que esto contenía:
«La pena que merece tu delito,
se permuta en que tengas compañía
á las fieras y plantas de esta selva,
en tanto que la muerte por ti vuelva.
Vivir para vivir eternamente
es añadir á la virtud renombre,
teniendo por estilo conveniente
memorar que de tierra es hecho el hombre,
y que á lo mismo llana y fácilmente
su curso le reduce, no os asombre».
Esto decía, y que advirtiese atento
que el vivir y morir es un momento.

Y habiendo acabado de leerlos, conociendo que ellos les daban el desengaño á que anhelaban en aquella pena que habían recibido, se resolvieron á volverse, como lo hicieron, dejando al juicio de la disposición divina la inteligencia de aquellas novedades, pocas veces vistas, excusando el discurso sobre lo que tan difícil de entender ni alcanzar era. Y yéndose cada cual á su posa-

da llegó don Nuño á la suya, donde causó harta pena y cuidado el verle tan secretamente solícito y triste; y más cuando sin darles á entender cosa alguna á sus deudos trató al otro día de no pasar en persecución de la derrota que llevaba, sino la vuelta á Orense siempre metido en la aprensión que antes tenía, y acordándose de lo que contenían las otavas, que con la cruz del sepulcro se había secretamente [traído]; y así, sin otra prevención ni detención, se puso en camino despedido de sus parientes, que quedaron confusos de haber visto las acciones (no entendidas) de su deudo, quien envió algo delante de sí al criado, y él con su profunda melancolía, que siempre conservaba en su imaginación, se partió, caminando poco á poco, entendiendo que á la entrada de la vereda y habitación del anciano resucitado, había de encontrar algunas señales que le conmoviesen á entrar á visitarle, de lo cual tenía grandísimo deseo, como quien había merecido estar delante de la beatífica presencia de Dios (pues tal inteligencia tenían las otavas); pero aunque miró á uno y otro lado no halló señal ni ruído alguno, con que prosiguió su viaje llegando á la casa de su

nacimiento harto embarazado en el investigado pensamiento, discurriendo sobre lo que le había pasado. En la cual, apartando de sí todos los gustos, juegos y festejos de que solía continuamente usar, se recogió, y allí fué acariciado por sus deudos y amigos gozosos de su vuelta, si bien no supieron á qué había sido su salida ni para dónde. Y venciéndose, á costa de resistencias, en sus carnales pasiones, desechó de sí las mocedades que tenía, con grande espanto de los habitadores vecinos, maravillados de ver que quien tan sin rienda había vivido, aun en tiempo que tenía el freno de sus padres, en tan breve y sin humana corrección se hubiese reducido á tanto recogimiento como abstinente y continuo tenía.

Sucedió que estando una noche á solas como acostumbraba, orando en un aposento delante un devoto crucifijo, que de propósito para ello había puesto, le cargó el veloz sueño de modo, que llevado dél, le representó la imaginación que se veía en un osario carnario de podridos huesos y descarnadas calaveras, que junto á la Catedral de la ciudad había, en que se echaban las que se sacaban de la sagrada tierra

cuando se abrían algunas sepulturas, y que un hombre, vestido un saco de áspero y grosero sayal, los pies descalzos y secos, los ojos hundidos y amortiguados, el cabello y barba muy crecida, le llamaba lamentable y compasivamente, y le fué dando razón de quién eran aquellos deshechos y desperdiciados miembros que miraba, y lo que en este siglo habían tenido y ostentado; entre los cuales le dijo que una de aquellas calaveras que veía, era de don Sancho, un antecesor de su mayorazgo y abuelo suyo, advirtiéndole que considerase en lo que paraban los humanos cuerpos de esta vida, pues aun en la tierra de que eran formados, cuando de ellos no tenía que quitar, no los quería dentro de sí; amonestándole, que pues no ignoraba había de seguir el suyo los mismos pasos, mirase cómo ocupaba los breves días del aplazado fin de ellos que le era señalado.

Con que el señoliento caballero se hallaba acongojado y pesaroso de haber ofendido á Dios, y de tal manera, que llevado de aquel soñado temor, daba en el sueño grandes voces, pidiendo á Nuestro Señor, misericordia de sus culpas. Que oyéndolas los

dos fieles criados, varon y hembra, que le servían, quebrantando el precepto puesto por su amo, de que no entrasen donde estuviese cuando le sintiesen recogido y en oración, caminaron juntos al oratorio y le hallaron tendido en el suelo con la Cruz que trajo del monte en la mano izquierda, y el rosario en la otra y junto á sí unas disciplinas de espinoso alambre, bañadas de sangre, y al parecer agonizando con las ansias y temores de la muerte; y llegándose á él le rodearon, y viendo que prestamente se cobró en sí, conocieron haber sido sueño lo que tenía. Y entrando él en memoria consigo, se acordaba de la aflicción en que aquella (que imaginó creíble) visión, le había puesto, y ya atento, por disimular, procuraba ocultar aquellos instrumentos penitenciales, riñendo á sus siervos, diciendo no se atreviesen otra vez á entrar donde él estuviese, sin su licencia; y aunque ellos le refirieron la causa de haberlo hecho y lo que le oían hablar soñando, y él no dejaba de memoriarlo, todavía les contradecía, hallándose cada día más fatigado, y avisado de cuánto le convenía vivir y obrar bien para no morir mal.

Y de allí adelante guardaba más el retiro, haciendo discurso sobre si le estaría bien tomar el hábito de recoleto en alguna santa Religión; pero imaginando que lo que allí hacía de su voluntad, no ejecutaría privándose de ella, por ser la sujeción causa de desear no tenerla, aunque conocía ser la más perfecta virtud el enajenarse de sus acciones, no hallándose animado á esta determinación, temeroso de no ser causa de algún escándalo volviéndose al siglo, se dejó estar en su acostumbrada morada, donde ni de sus mismos parientes no se dejaba ver, y sólo ejercitándose en la salida para algunos templos á oir misa y hacer no pocas ni pequeñas limosnas. Y determinando un día después de pasados más de dos años de esta virtuosa vida, de salir á visitar unas heredades frutales que tenía cerca del caudaloso Miño, río que pasa por junto de la ciudad, si bien ella, la ribera arriba, distaban más de media legua, yéndose á pie, sin más compañía que la ordinanaria de un rosario, después que dió gracias á Nuestro Señor, agradeciéndole los beneficios que le hacía, pues le daba con temporales bienes tanta fortaleza de espíritu para

contrastar y vencer los enemigos dél, queriendo volver para su albergue, determinó hacerlo, no por donde había ido, que era el derecho camino, sino por encima de una empinada ladera que mira al río, formando una algo encumbrada loma donde muchas veces los pasados años solía entrar cazando; y ya que poco á poco se fué haciendo dueño de la no cultivada tierra y le ganó lo más alto de ella, á trecho como de veinte pasos donde él estaba, luego que á una y otra parte miró, vió arrimado á una orificada peña, sentado en el suelo, al venerable Ambrosio, á quien al punto conoció, y sin ninguna tardanza, pues su gozoso corazón no se lo permitió, ajeno de ningún sobresalto, se fué á él, abrazándole lleno de placenteras lágrimas, diciéndole como él, era don Nuño (porque imaginó no se acordaba dél), y cómo entendía que aquella salida la había hecho inspirado de divino auxilio, habiendo tanto que no las usaba para que tuviese aquel jubiloso gozo. A que el cansado penitente le respondió se lo agradecía como debía, y que entendiese que sólo venía en su busca desde aquella su desierta morada que bien sabía, habiendo

caminado siempre por despoblados yermos, para que nadie le encontrase y deteniéndose aquel día allí por haber oído tocar las campanas, y juzgando estar cerca de la ciudad ó de otro cualquier lugar de donde fuesen, entrar de cuando fuese de noche, y sabiendo secretamente si había acertado con su morada, buscarle en ella, lo cual haría con menos dificultad que había tenido en venir por entre silvestres grutas á aquel puesto, sin guía que le encaminase, más que una que no le era permitido decirla. Y que traía mucho que reprenderle sobre la vida que había pasado desde el día que se habían apartado, dejándole repultado, refiriéndole cómo el incomprensible juicio de Dios le había restituído á este terrestre siglo, de que tendría noticia, pues él desde algo lejos, la noche que había ido con el cura y demás sacerdotes que le acompañaron, había estado mirando todas las acciones que hicieron y no convino descubrir la parte en que asistía. Y desde entonces le había encomendado muy de veras á su Criador, por la obligación que como cristiano tenía y cuidado que en cumplir su ruego vió que había puesto y alargán-

dose más á los advertimientos que deseaba darle, prosiguió diciendo:

—Mucho me espanto, que quien tantos auxilios de Nuestro Señor alcanza los emplee tan mal, pues habrá diez días (que son los que he tardado en llegar á este paraje), que tuve una visible representación, estando divertido en mi oración, sintiendo descolgarse por entre las tejidas ramas del castaño, debajo de cuyo toldo me recojo algunas veces, una tabla de lisa y cepillada madera, con unas letras de latino idioma, que decían:

«*Culpas cometidas contra la Divina eternidad por el albedrío de don Nuño de Oca.*»

Y comenzando á discurrir en los demás escritos renglones, ví que estaban entre borrados y legibles, que yo con la luz de la linterna, que de ordinario de noche sabes tengo encendida y entonces por serlo más alumbraba su claridad, aún no las pude determinar, de que no poco consuelo recibí, haciendo piadoso juicio, ser aquellas muestras de habértelas remitido, y perdonado el que con su sangre fué Redentor de las del mundo, pues mi discurso no previno otro, si bien hallé debajo destas deslucidas,

y tapadas, que te he dicho, otras claras y breves, que daban á entender el gusto y placer que recibes, poniéndote á considerar, que en tu ciudad te estiman por bueno, y reducido á virtuoso vivir, de que te vanaglorías contigo mismo, de manera que con la que imaginas penitencia, dejándote llevar desta vanidad, añades gravedad á tus pecados y no te son de provecho los ayunos, sufragios y limosnas que haces, pues en el objeto de obrarlas tiene tanta parte el demonio, que te pone en la memoria esta perniciosa imaginación; y así luego al punto me determiné, movido del fervoroso deseo de tu salvación, venir á advertírtelo y fortalecerte en tus principios de mortificación, bien admitidos de la piedad divina; porque te ruego no te dejes engañar tan fácilmente del contrario enemigo, que sus entradas son prestas de entender, y el librarse de ellas afijándote en que lo que bien se obra, sólo por el amor de Dios se ha de hacer sin atención á tener otra remuneración que la de su mano (pues es la principal y verdadera) y todas las demás falsedades engañosas de nuestro contrario enemigo.

A que don Nuño no tuvo que responderle

por hallarse verdaderamente acusado de que le daba á Dios infinitas gracias, pues por tales caminos alumbraba sus ceguedades, si bien no había imaginado no haber sido tan eficaz la aprehensión sobre aquello tenida (y de que se había algunas veces dejado llevar como frágil), que le causase tan grave cargo delante de su Divina Majestad. Y conociendo que todos los sucesos vistos eran voces insinuadas por el Redentor del mundo á que le amase (como nacido para ello), conociendo eran verdaderas señales de su salvación, que sólo atribuía á su divina misericordia, lloró tiernamente con Ambrosio, quien le dijo que desde allí se quería volver á su versado país, pues ya había tenido el deseado gozo de su trabajo tomado; pero el convertido mancebo le pidió se detuviese en aquella campiña oculto solos dos días, mientras volvía á la ciudad á disponer y ordenar sus negocios como mejor conviniese, porque tenía pensado el ir á hacerle compañía en aquellos riscos que habitaba y mortificar su carne en ellos, de que no poco se holgó el venerable viejo, prometiendo hacerlo.

Y despedido dél, volvió don Nuño á su

casa, donde llamando á un sacerdote, con quien se confesaba, le comunicó secretamente su intento y las causas que á ello le movían, á que le replicó mirase no fuese alguna tentación dañosa aquella pero que si se sentía devoto y animado á pasar la silvestre vida que le proponía quería hacer, fuese norabuena, que él le prometía encomendar á Dios el acierto de la perseveración en ella. Y hecho esto, haciendo llamar á don Arias Sotelo, anciano tío suyo, le dijo convenirle otorgar renunciación, ó poder en causa propia en el sucesor dél, que era hijo suyo, para que recibiese y cobrase la renta el tiempo que durase una larga jornada que dispuesta tenía, de que no le daba cuenta por no convenir, hasta que Nuestro Señor le volviese á su presencia, caso que en ella no le faltase la vida; y que quitándosela, de que les sobraría noticia, entrase en la posesión como dueño dél, que de la renta que á él le tocase caída, ó que cayese, no quería más que por su intención casase seis pobres huérfanas con honrado dote, rogándole no diese parte á otra persona de aquel negocio. Y trayendo luego ante quien jurídicamente disponerlo, en breve rato se

efectuó como deseaba, é hizo ante el escribano mismo distribución de sus muebles para cuando llegase á noticia de su muerte, parte dellos á un pobre hospital que allí hay, y los demás á necesitados enfermos y viudas, dejando bien dispuesto y pagado alcance que le hacían sus criados y otro cualquiera que se acordó tener á diferentes personas. Y á otro día, luego que amaneció, se confesó harto contrito y comulgó, gustoso de ir preparado su espíritu para cuando fuese citado al no excusado juicio divino, y aguardando la hora de anochecer, porque nadie le viese, se despidió de sus dos criados (que había encargado á su tío), se salió de su casa. Pues como don Arias sabía la vida que hacía y asperidad con que se maltrataba, deseoso de saber la derrota que en aquella ocasión tomaba (sin embargo del secreto que le había pedido guardase), comunicó la efectuada disposición de ambos con otros sus deudos, á quien encomendó á él que se atendiese por donde don Nuño caminaba, en qué y con qué prevención ó compañía, de suerte que desde la misma hora que se apartaron los dos, estuvieron los avisados

parientes advertidos, y divididos por diferentes partes de las salidas de la ciudad, escondidos y en espía, con buenas mulas, dineros y ánimo de seguirle á pie ó á caballo, á donde quiera que fuese, hasta ver donde paraba, teniendo recibida entre ellos una seña, que luego que lo hubiesen hallado en uno de los parajes de sus puestos y divisiones, serviría de aviso de que ya por allí había guiado, con que los demás podrían recogerse para no cansarse. Cuando habiendo llegado al suyo don Alonso, hermano de su padre, le vió pasar divertido por junto á sí y encaminar hacia la referida loma, donde le esperaba el que le buscaba por maestro de su virtuosa determinación; y mirándole ir á pie y que al ir subiendo á ella se detuvo á desnudarse de sus usuales vestidos, medias, zapatos y camisa, quedándose en sus naturales carnes, sobre las cuales se puso un ancho y cerdoso saco de grueso sayal que consigo llevaba, y que dejando algo desviado del camino, entre unas matas, sus despreciadas galas, y encima un papel que llevaba escrito, en que decía hacía gracia dellas al que las hallase, echándose al cuello una pequeña

cruz, que era la dicha del sepulcro de Ambrosio, se fué poco á poco á donde él estaba. Y el cuidadoso tío, siguiéndole algo desviado dél, porque no le sintiese, habiendo dejado su cabalgadura y la seña puesta en manos de un criado que consigo había llevado, en la parte que asegurada la tenía, y atendiendo á las acciones que hacía, vió que llegando donde estaba otro bulto de hombre (que era el del venerable eremita), le llamó dos veces con nombre de padre, y como no le respondía aunque le meneaba, por juzgar dormía, se acongojaba y afligía de tal manera, que mirando haberle hallado muerto, desconsolado y penoso, levantando los ojos al cielo, decía:

—Grandes, señor, son vuestros juicios, pues después de haberme hecho tantas mercedes, las continuáis con el dolor que me ha causado el ver este yerto cadáver, si bien no de pesar de que hayáis llevado su espíritu para vos, pues en todo es justo se cumpla vuestra divina voluntad, sino de haber perdido la guía que en él había de tener para fortalecerme y enseñarme á serviros. Y con estas razones, cayendo sobre el difunto anciano, gemía ansioso y fatigado; de suerte

que, considerando don Alonso sería lo que veía por posible algún extraño suceso, á toda prisa, con la poca luz de la noche y estorbo de los cogollos de las hierbas, que en nada reparaba, se llegó á los dos y reconoció la muerta senectud, de que no poco se atemorizó mirándole en aquel desiertal traje que traía, y á su sobrino, que con la cruz del pecho en la mano, no atendía á su llamada, antes, llevado de una mortal agonía, invocando la misericordia divina, habiendo tomado por amorosa y blanda almohada el cuerpo de su helado compañero, á muy pequeño rato, regándole con las lágrimas de sus ojos, quedó sin el espíritu vital. Hallóse el caballero maravillado de lo visto, y dejándolos cubiertos con su ferreruelo, tomando su mula y criado y vestidos de don Nuño, á toda prisa volvió á la ciudad y dió cuenta de aquel caso; y aquella misma noche, juntos sus compadecidos parientes, prevenidos dos funerables ataudes con muchas luces y acompañamiento de sacerdotes y amigos seglares, volvieron y restituyeron al catedral sagrado y capilla que en él tenían los de aquella noble casa, á ambos difuntos varones en presencia del obispo, co-

rregidor ilustre y plebeya gente, que, absortos de lo oído, violentaron sus ánimos para la asistencia de los muertos, confusos en la determinación de su atribución y sin saber quien fuese el penitente anciano más de mirarle en aquel hábito; tan arrugado, flaco y desfigurado, juzgando, que quien tan ásperamente se había tratado en vida, y pues don Nuño le había seguido, reducido á la que tenía tan ejemplar, habría sido buena la suya. Sintieron en extremo todos los parientes y conocidos del bienlogrado mancebo su muerte, si bien consideraban estaba gozando del eterno descanso, pues tan vivamente había sido alumbrado. Y continuado al día de su entierro, le hicieron grandes sufragios de misas y devotas rogativas por la salvación de su alma, á causa de haberlo encargado á don Arias su tío, cuando dél se despidió, no fiándose desde la hora que Ambrosio le amonestó, ni aun de sus buenas obras, pareciéndole el hacerlas corta gratificación á quien tanto como á Dios debía, y sin embargo de haber sido pocas las horas de su vida después de ordenada su disposición, asentaron con el sucesor del mayorazgo se cumpliese la voluntad

del que antes le gozaba, casando las seis huérfanas y cumpliendo los demás cargos que había dejado advertidos, sin que quedase ninguno que no se ejecutase.

Corrió la nueva destas dos muertes por todo el reino de Galicia, llegando á oídos de los deudos de la Puebla de Sanabria en breve tiempo, y acordándose de la tristeza con que le habían visto cuando intentó pasar á Zamora y de las diligencias que allí secretamente había hecho, sin saber á qué fin; y yendo uno dellos á darle cuenta de su muerte al cura de la villa, porque ya habían alcanzado á entender que sólo á él entonces le había comunicado el desvelo en que se ocupó, le contó el cristiano sacerdote lo que con él le había pasado, y la ida al monte en busca del difunto ermitaño y cuanto había, que allí habitaba, haciéndole en todo la misma relación que á él le había dado don Nuño. Y contento de oirle, para consuelo de los demás de su estirpe, escribió á Orense una larga carta, en que insertó todo lo que el cura le había dicho, con que quedaron todos alegres y gozosos, considerando había sido obra del divino poder, pues por tan no imaginados medios le había llevado á la

sin fin eternidad. Y luego que el cura supo que Ambrosio estaba enterrado en Orense, en compañía de los mismos clérigos que con él fueron al monte en su busca, volvió á él, imaginando hallaría alguna novedad ó algo que recoger, si hubiese dejado; pero aunque todo lo corrieron y especularon, no hallaron cosa que les pareciese á propósito, más que la linternilla, que estaba con una hilada vela de negra resina, que ardía sin saber quien la hubiese encendido, puesta junto al sepulcro que antes habían visto, el cual hallaron recien cerrado, é ignoraban quién lo hubiese hecho; y la campanilla que de ordinario traía consigo, colgada de una de las ramas del castaño, que caían sobre el tapado hoyo, y de rato en rato se tocaba ella sola, llorando la ausencia de su difunto dueño, conocieron ser obra sobrenatural, y así no hicieron más que bendecir aquel pequeño circuíto y poner en él una cruz que formaron de dos maderos, llevándole la linterna y campanilla, que aún parecía no querer dejarse desatar del árbol. De allí á pocos meses dispuso el piadoso cura hacer en aquel puesto una aseada ermita de la advocación de San Ambrosio, como brevemen-

te la fundó, conduciendo á ella, hecha en forma de una lámpara, la linterna que había llevado, y la campanilla para servicio del altar y enviando don Arias, para más adorno, la cruz que don Nuño se había llevado, que pusieron en mucha veneración, adonde, con licencia del ordinario, prelado de aquella diócesis, se han hecho muchos sufragios en memoria de los beneficios que Nuestro Señor obra con los fieles por su copiosa y divina misericordia.





EL ESTUDIANTE CONFUSO

NOVELA TERCERA

A la tan noble como antigua ciudad de Salamanca, epílogo de las ciencias y archivo de dignidades, cuya primada Universidad brota en pimpollos naturales y extranjeros, fruto de hábil erudición y docta sabiduría, y á donde, si no todos felices ingenios, acuden tan agudos como increíbles, llegó un caballero llamado don Leonardo Esforcia, de nación florentín, en quien, sin adulación, concurrían todas las partes de calidad, sutileza de ingenio, diestro músico y muy docto en la inteligencia filosofal, desde la cual tomó su derrota para estudiar los cánones, á quien con singular afición miraba, en que en breves días no conocía supeditación. Era

asimismo de muy galán talle y rostro, tenía veinticuatro años de edad, que es la perfecta de la juventud, liberal en sus acciones, y en ellas generoso y, sobre todo, muy afable de condición, cuyas partes fueron conocidas entre el concurso de las de más principales, á quien él, como tal, visitaba.

A éste, pues, se le aficionó una dama de lo mejor y más noble de la ciudad, cuyo nombre era Laura, que si no de muy peregrina hermosura, tenía gracias como fea, y despegos como hermosa, sazonado lenguaje y pomposo aseo, diecisiete años de edad, doncella, sin madre, y doctrinada dentro de las rejas de un convento de monjas ocho años. Y al mismo tiempo que hirió la flecha del rapaz á Laura, le tocó el amoroso imán á doña Claudia, su prima, deseando sumamente tener ocasión de poder comunicar á don Leonardo, á quien las dos juntas había visto, después de otras muchas veces, en el cláustro de un colegio mayor, donde por celebrarse la fiesta de la advocación dél, era permitida su entrada, y allí habían, quizá por acrisolar su metal, dado vejamen de extranjero, que es muy usado en aquella Universidad, aun de las damas,

por ser el que sabe que mejor se oye y más se estima, de donde salieron si el vario de elección, por ser doña Claudia, no de menos partes en nobleza, hermosura y aseo, que Laura, ellas amando á un mismo sujeto. Pasaron muchos días, siempre continuando Laura el favorecerle, así en las visitas donde juntos concurrían, como en la iglesia y demás partes que se veían, lo cual agradecía Leonardo con correspondientes acciones, ofreciéndose por muy suyo, como ya se imaginaba, y ella poniéndole en el lugar que sus loables costumbres y nobleza merecían; de suerte, que ya para los dos amantes sólo faltaba en verse en parte desembarazada, para lograr, si no el todo, alguna parte de las finezas amorosas, tanto, que avisándole Laura que al ir una noche acaso á avivar la luz de una vela, cayéndole una pavesa, de que con la tijera cortó, en la mano, y habiéndose desmayado del susto que le causó, le obligó á escribir y enviarle estos versos.

Codiciosa fertileza,
Laura, el esplendor luciente,
que por falta de Planetas,
justificación adquiere.

Y entre el amargo y el golpe,
quién á quién los dos se temen,
si porque abrasa á la luz,
si porque hiela á la nieve.
Cuando por dejar de ser
lo aprueba alentada siempre,
cortísimamente mide
lo que atrevida obscurece.
Tal manojo de azucenas
la ejecución le concede,
centellas de luz la envidia,
que ninguna oración pierde.
Álamos abrasadores
descompuestos le acometen,
mal pagándole el aseo,
que á su diligencia deben.
Sintió Laura no el ardor,
sino que se le atreviese
la ingratitud, que se muestra
con los desagrados siempre.
Cubriose de hielo el Sol,
y despreciando claveles,
fué jazmín blanco su rostro
en compuesto ramillete.
Sintió el desmayo su agravio,
pues cansado de repente,
no previno libertad,
la que á tantos se la obtiene.
Hasta que volviendo en sí,
rosas de nácar le ofrece,
cobrando su rostro esmaltes
que le usurpó el accidente.

Matar quiso á su enemigo,
más dijo aunque aquello eres
que el mismo que me ofendió
siga el curso su corriente.
Que aunque el viento es de un vapor,
no en todas horas ofende,
y pudiera ser dañoso,
si dejara de ser siempre.
Tu fin te dara á ti fin,
que no vive eternamente
quien de material se viste
artificiosos afeites.
Con ésto se sosegó
la que pudo dar alegre
aprecio al más claro día,
deslustre al mejor Oriente.
Quien te copió en su memoria
por dueño de sus placeres
por que sepas lo que fuiste,
este retrato te ofrece.
Yo, Laura, sólo te pido,
que pues tanta piedad tienes
con quien te paga en agravios,
confieses lo que me debes.

Y pasado todo esto, un día después de corridos muchos de discursos varios en Laura, para buscar el modo más conveniente á sus vistas, pues aunque su padre estaba en la ciudad de Segovia, ocupado despacio en negocios propios, no se veía bas-

tantemente cómoda á traer á su casa á Leonardo, por el inconveniente de una aya, que por estar sola tenía en su compañía, quien con licencia de tal y de su vejez, contradecía y abominaba cualquiera muy pequeña desenvoltura de Laura. Hallándose concurrente con doña Claudia en el patio de la casa de doña Serafina, otra amiga de entrambas, y no de menor calidad, á quien sin saber la una de otra, iban á visita, y habiéndose saludado y preguntádole á una criada de Serafina si estaba su señora en casa, y respondióles que no; pero que les había dejado mandado le dijesen á Laura, si viniese, que con la licencia de amiga le pedía laesperaba hasta que volviese, queseria breve, les pareció á entrambos aguardarla, tanto cada una de ellas, por comunicar con la otra sus amorosos deseos, como por saber si le era Laura importante el servicio de su amiga, pues es obligación del que lo es, acudir á lo que el otro se le ofrece, y á mí, subiendo al estrado de doña Serafina, se sentaron, mandando salir de la sala á algunas de las criadas, y quedando solas; después de las ceremonias usuales, confirieron sus pensados soliloquios, que

comenzando primero el de Lanra fué el siguiente:

—Estimo tanto, prima y amiga mía, el que en esta ocasión estés en parte donde te pueda comunicar, cuanto hubiera tenido de pesar si (lo que Dios no permitió), hubiera faltado á mi consuelo, cortando el hilo de tu vida, tan estimada de mí, aquella grave enfermedad que tuviste, pues no tuviera mi pecho descanso sin ti, ni mi pequeña, si ansí llamar se debe libertad, ánimo de alentarse á acompañar los ojos para que tan fijos como licenciosos y enamorados los pusiese en aquel caballero que juntas vimos en el Colegio del Arzobispo el día de la fiesta dél, y que bien conoces, pues ha concurrido muchas veces en nuestras visitas, á quien sabiendo le acompaña mucha nobleza, y contemplando sus estimables partes, dignas de ser amadas, te puedo asegurar que le he rendido toda mi voluntad, si es que la puedo llamar mía, teniendo á tu tío y padre por dueño y señor de ella; pero como mi deseo no se adelanta á darle más posesión que la del galanteo, hasta que hechas las debidas prevenciones con sus deudos y míos, goce en enlazado matrimonio

las demás facilidades que los hombres suelen decir amando, no imaginando que hago agravio á la sangre que he heredado de mis pasados, pues antes les es debida de justicia la elección de su estado á los hijos, y mayormente cuando es tal como la presente. Con cuyo cuidado he estado estos días melancólica y enternecida, pensando continuamente el modo que tendría para verme despacio con Leonardo (que ya sabes su nombre), y ya que no el todo, pues no lo ha de permitir mi honestidad, disfrutarle parte de sus muchas gracias, con los que llamamos palaciegos entretenimientos. Y acordándome de que nunca he tenido, ansí en mis prósperas como adversas fortunas, otra deuda y amiga que más solicite la ejecución de mis deseos que tú, me determiné á darte parte del que ahora me combate en el alma, trayéndome inquieta y desvelada. Yo te lo he dicho todo, y ya eres dueña de mi secreto, nunca para ti oculto, y así cuando no de compadecidos, por mujer, amiga y prima, de obligada, como dueño de acción ajena, has de discurrir el medio más conveniente en tu parecer, para que en tu casa pueda comunicarle, que

pues eres sola en ella desde que tu madre faltó, y tu padre y tío mío está en la ciudad de Valladolid en sus pleitos, de donde no le esperas tan apriesa, no hay disculpa que, como tú quieras, me puedes prevenir ni dar, pues ya sabes que para que pueda ir á la mía, hay el inconveniente de aquella madre beata, que mi tía me envió desde que salí del convento, quien me acompaña, censurando mis palabras y obras, que ninguna, por medida que sea, le parece buena y, por cargada de años, gruñe cuando quiere y se la da crédito á lo que gruñe. Y con decir á las criadas que Leonardo va por mí á tu casa (que no serán tantas veces, que las ocasionen á notarlo), estarás disculpada: además, que no serás la primera mujer que haga sombra á la unión de dos voluntades, y más siendo para el fin que ya te he dicho.

No quiso interrumpir doña Claudia las razones de su prima, porque como desde el principio de su proposición conoció que el afecto con que lo decía era más de enamorada, que de advertida, juzgó que era justo dejarla hablar su prólogo. Y después que la hubo oído, se previno para su respuesta;

porque, como digimos, también había mirado á Leonardo con un deseo muy apetecible, y desde que le oyó á Laura las referidas razones, se comenzó á encender más, que cuando los que aman ven que aquello que quieren lo pretenden otros, entonces ó de envidia ó de celos, aprietan en sus intentos, rompiendo por las mayores dificultades. Y llamando una criada de doña Serafina, advirtiéndola las avisase cuando entrase en casa, sin haber tenido ni el menor asomo de lo que pretendía referir, le respondió á su prima, satisfaciendo á su pedimento, desta suerte:

—No sé con qué encarecimiento, hermosa Laura, te signifique el pesar que tengo de haberte oído, pero baste para su realce el decirte que siento tus malos logros, más que si fuesen míos, que todo lo debo á la mucha amistad, fuera del parentesco, con que me has hecho dueño de tus pensamientos; y créeme que siento que al paso que más debo acudir á las cosas de tu gusto, se me ofrezcan tan embarazadas, como lo están mis acciones, pues no me han de dar lugar los inconvenientes á emplearlas en tu servicio, que sabe el cielo que quisiera, así

en esta ocasión como en las demás que se te ofrecieran, que no sólo me hallarás obediente sino solicitadora de tus afectos, por las causas con que por ti he sido favorecida, siendo yo la que granjeara mucho en agradarte; pero es tal la que tengo para no ceder mi patrocinio, que te aseguro que á no ser forzoso el decirla para tu misma satisfacción, dejara de hacerlo como hasta agora, porque sólo he fiado mi poca rectitud de mis pensamientos, no dando, ni aun á la más secreta criada mía, parte de los que en algunos que ha llevado contenía, que son, si bien lo consideras, enemigos no excusados nuestros, que á la primera ocasión de disgusto con ellas, nos amenazan con cualquiera brújula de delito nuestro, que haya pasado por su archivo. Y así apercibiéndote, aunque no era necesario, el secreto de lo que te he de referir, no porque se ha de perder nada en la publicidad, sino es por saber que es más lícito que la cosa se entienda cuando está hecha, y más siendo tocante á lo que adelante sabrás, y que de lo contrario suelen resultar muchos inconvenientes. Te hago saber, que yo desde el mismo día que has referido vimos las

dos á Leonardo en aquel colegio, salí tan aficionada á las partes que tú has representado suyas, que luego al punto hallándome desembarazada con mi padre ausente, y en calidad tan conocida le escribí claramente mi amoroso intento, y como deseaba que ya que mi buena suerte me había llevado á gozar de su alegre vista, me concediese lograr el llamarme suya, como me prometía, diciéndole no tuviese desabrimiento, ni ofensa al haberle dado aquel vejamen, que de nuevo en la Universidad y extranjero le dimos, atribuyéndote á ti, si le mezclamos en lo cortés y burlesco, la culpa de cualquiera que fuese; todo con licencia de nuestro parentesco y nuestra mucha amistad, pues ignoraba hasta ahora lo prendada que, como me has dicho, te hallabas dél. Y remitiéndoselo por orden de un mozo, repartidor de cartas atrasadas en el correo, que llegó á darme unas de mi hermano, mezclándosela entre muchas que traía en las manos cuando me las dió para buscar las que venían para mí, se la llevó. Y apenas habían pasado cuatro horas de aquel mismo día, cuando llamando él á la reja de mi cuarto me dió otra suya, y dijo que el ca-

ballero á quien había dado lo que le mandó, me pedía remitiese aquélla con las mías al dueño de la que él había recibido, tomóla una de mis criadas y diómela diciendo lo mismo que yo había oído, y conociendo sería, como lo era, respuesta á la enviada, retirándome á mi aposento la abrí, tan alegre como era justo, y en resolución decía lo mucho que agradecía la voluntad que le mostraba, de que no estaba ajeno, habiendo visto mis ojos, pues á veces hablan más que la más parlera lengua, porque me aseguraba otra tal de su parte, que sólo deseaba haber visto de la mía la menor muestra, para darle á él copiosa de su rendimiento. Con que habiendo hecho otro pliego de un papel mío, en él le pedí viniese á verme á mi casa, dándole día y hora, cuando se le envié con una criada mía, que hasta entonces, por ser forzoso el lance, no había sabido ninguna que tal hombre conocía, y lo disimulé con darle á entender era de una señora aficionada de Leonardo, quien dije que comunicaba. Y anoche, que fué la hora que le señalé la de las once, después de recogida la gente de mi casa, y viéndolos sepultados en sueño, me hallé cómoda para

poderle recibir dentro della, y estuvo en largos discursos conmigo espacio de dos horas, donde después que conferimos cosas varias, dejamos dado asiento á nuestro casamiento, que era lo que yo más deseaba, concertando para cuando mi padre viniese el comunicárselo, con el seguro de que de mi parte no habría ninguna falta, sino antes apresuraría la brevedad. Y porque con más lucimiento se hiciese, escribiría á sus deudos, así á su patria como á la Corte, donde tenía algunos de calidad y hacienda, y los convidaría á que se hallasen en nuestro desposorio, encareciéndome como hombre sin posesión, lo que estimaría que el día en que se la hubiese de dar no se dilatase; yo le aseguré el que siempre le sería firme, y que daría larga relación, con todo secreto á mi padre, de mi buena elección, para que él la diese á nuestros deudos, y unánimes y gustosos se celebrasen con el mayor aplauso que se pudiese.

Y con esto, yo temerosa de que no despertase alguna de mis criadas, le despedí, y con la llave maestra que siempre traigo conmigo del postigo de la puerta accesoria, para donde don Diego, mi hermano, le había

hecho y me dejó cuando se fué á Flandes, le abrí, como lo hice para que entrase, quedando tan gozosa de mi no pensado bien, que aunque después me retiré á mi dormitorio, no fué posible en grande rato olvidar la terneza con que me había obligado, y discreto lenguaje con que me había encarecido sus deseos, que también desvela á ratos un placer, como si fuese el más molesto pesar.

Esto es lo que ha pasado y las causas que tengo para no condescender en lo que me mandas, pues no excusara el servirte en ello, si lo que has oído no me lo estorbara, que bien creo considerarás, que habiendo acaso desfrutado Leonardo el intacto y rubrado de mis labios y ensayándose en los estrechos lazos de mi yedra, dándole nombre de suya, no fuera justo retroceder en mi intento; pues además de que él, como picado de mi desvío, pudiera difamar mi recato con públicas demostraciones, pues el más discreto no atiende á serlo si le desprecian, que es á lo que debo atender, considerando que se me podrían seguir mayores pérdidas; que en el amor que le tengo no reparara, que te juro por nuestra amistad, que fuera lo que menos sintiera, como lo

antecedente no hiciera tanta fuerza en mi honor, pues con esto te dejara más obligada; y así te ruego que elijas en otra parte aquello que más á tu propósito haga y en quien yo pueda, sirviéndote con gusto, dar muestras del que tengo en desearte servir; que pluguiera al cielo yo hubiera sido sabedora de tu pensado empleo, que nunca me hubiera empeñado en lo que tanto, por tu gusto, llego á sentir; mas la culpa es tuya, pues pudiste aquel mismo día avisarme de tu intento, como ahora lo has hecho, que con eso, aunque yo salí también de la suerte que te he dicho, no prosiguiera en la ejecución de lo referido, anteponiendo la obligación de servirte, á la de mi voluntad.

Todo esto decía doña Claudia, con tanta desenvoltura de hipérboles y disimuladas acciones, que parecía no haber la menor ficción en ninguna de las razones oídas, quedando Laura como absorta de haberle oído á su prima hacerle notorio aquel impensado suceso; y perdiendo mucha parte del rosado color de sus mejillas, se hallaba sin aliento para formar palabras con que responderle; que hallar un amante aquello que estima y piensa, tiene muy seguro en

ajenos brazos, sólo á quien le sucede puede significarlo. Consideró si sería verdad lo que había oído, pues en los mismos días había ella gozado todos los favores y finezas, porque se hallaba tan prendada con Leonardo; y aunque tenía grande satisfacción de que su prima le habría hecho relación de cosa cierta, imaginando ser la facilidad variable de algunos hombres mayor que la de la más vil y estragada mujer; y en esta parte, dando atribución á Leonardo de tal, callando por no reventar alguna venenosa ponzoña, sentía, como mujer tan noble, como aficionada y engañada, como para sí sentía con aquel falso trato. Pero queriendo, á pesar de su silencio y cordura, replicar en respuesta de lo oído, les dieron nueva de que doña Serafina venía, y trocando discursos á su conversación, la salieron las dos á recibir con gran disimulo.

A este tiempo estaba el agradecido caballero á la orilla del despeñado Tormes, río de tanto nombre como merecedor de alabanza, que pasa junto á la ciudad, dándose mil parabienes muy á solas, de su buena suerte, juzgándola por la mejor de que pudiera haber hecho elección, y al parecer,

hablando con aquellos bulliciosos cristales, que riéndose en su presencia, le pareció que le ayudaban á multiplicar su contento, cuando habiéndose recostado sobre alguna parte de las flores, ufaras por vecinas, á la armonía de ellos, vió venir una dama tapado el rostro con el manto, la cual le llamaba con la mano, que á voces no quiso hacerlo, por algún particular fin suyo. Y sin atender el gallardo joven más de á mirar que era mujer quien le hacía las señas y cortesía el acudir á ver lo que quería mandarle, se acercó á ella, quien sacando un papel cerrado, se le dió, diciéndole:

—Haga v. m. lo que en él contiene, que le importa.

Y sin hablar otra palabra alguna, volviendo las espaldas se fué.

Tan confuso quedó Leonardo, que no tuvo advertimiento para detenerla, aunque después, viéndola algo lejos, reparó en ello, y deseoso de saber lo que contenía el billete, volviéndose á su primer asiento y abriéndole, vió que decía estas razones:

«A mi noticia ha llegado, señor Leonardo, que v. m., tan atrevido como presuntuoso, juzgándose con mayores favores que los que

tiene míos, hace alarde de los corteses, si en mí licenciosos ratos, que así en la fiesta del colegio del Arzobispado tuvimos, como los que en algunas conversaciones de amigas mías, donde me ha visto algunas veces, hemos pasado, no siendo á mi fama y honor decente, como descrédito de quien ha pensado llegar á lograr sus deseos por tan mal medio, pues las mujeres como yo, se ofenden mucho de quien tan mal saben guardar su secreto. Y así le aviso, que desde hoy adelante enmudezca en este particular, que si mi prima doña Claudia quiere á v. m. tanto como dice y ella confiesa, yo no he de dar lugar á que censure de mí el silencioso vulgo cosa que no le sea debida á mi reputación; y con esto excuso que su vanidad se alabe menos, y tendrá entendido que me estimo en más de lo que puede haber imanado.—*Doña Laura.*»

Todo esto lo dispuso Claudia, no habiendo querido fiarse de ninguna criada, y así, luego que llegó Serafina á su casa, entendiendo tenía que comunicar con Laura, despidiéndose de las dos, y tomando su silla, llamando á sus gentilhombres y pajes, que por disimular más gustó de ir con todos

ellos, les mandó guiasen á su morada, donde con harta prisa hizo su mano impresión en un pliego de papel, de las razones oídas. Y volviendo á salir, les dió orden guiasen á la Iglesia Mayor, que está cerca de la muralla de la ciudad, á donde casi bate el río, y no más dilatado espacio estaba la casa de Leonardo, y apeándose del nicho de granadino rizo en que iba, entrando dentro de la catedral, mandó á sus criados la dejasen sola por haber de detenerse un rato á la devoción del Santo Cristo de las Batallas, milagrosa y antigua reliquia allí colocada.

Fuéronse, después de haber hecho oración todos, á la puerta principal, por donde su ama había entrado, quedando doña Claudia desembarazada para salirse, como lo hizo, con una extraordinaria puesta, cubierto el rostro con el manto, que no es pequeño disimulo para cualquiera desenvoltura que las mujeres quieran usar y digno de remedio, por los inconvenientes que se dejan considerar, yéndose al alojamiento de Leonardo, que bien sabía, y no hallándole en él, intentando volverse sin conseguir su atrevido intento, vió que llegaba un criado, y hablando con él, le dijo venía

por un lienzo de narices que su amo se había dejado olvidado en el estudio, y le quedaba esperando á la orilla del río, hacia el camino que iba á Nuestra Señora de la Vega. Y no aguardando doña Claudia á oir más, en el más breve tiempo que pudo, la condujeron sus pasos al lugar donde el criado había dicho y se oyó, que le halló, dándole el papel que tan disgustado puso al descuidado Leonardo. Y volviéndose á la iglesia, y habiendo compuesto su cabello y aseádose honestamente, pues con la priesa de lo dicho se había ajado algo, saliendo con mucho espacio por la capilla mayor, hizo señas á un paje, el cual avisó á los demás criados que la señora salía, y volviendo á tomar la silla se fué á su casa. Y estándole quitando el manto sus criadas, en el cuarto bajo, donde por ser verano se aposentaba, vió pasar á su prima para la suya, saludándola de nuevo; con que cuando pudiera haber algún indicio de aquel engaño, la misma ocasión la había traído á que se librase dél.

Despidióse Laura con más brevedad que otras veces solía, que como su pena la llevaba tan disgustada, no se detuvo á mas de

lo que pudo tardar en decirle, que á la siguiente aurora volvería á verle con mucho más espacio, por tener necesidad entonces de acudir á su albergue á dar algunas disposiciones.

Y desdoblando la hoja, en los cuidados del enamorado Leonardo, se hallaba admirado de haber leído tales razones, y si bien de disgusto, las volvió á referir otras más veces que la primera, sólc porque daban fin de con el nombre de Laura, la cual él tanto estimaba, no sabiendo á qué desaire, por él causado, atribuir semejante novedad; y hablando con las rosas del margen cristalino, se lamentaba tristemente de su corta suerte, haciendo juicio en considerar quién hubiese sido el autor de aquel increíble enredo. Miraba atento la letra del papel, mas como era de mujer, y el primero que había recibido, no dudaba dejase ser suyo, y aunque era ella propia la que le había traído, que quien tanto por él se recataba, también lo habría hecho en haberse fiado de otra persona para ello; además, de que lo airoso del talle y menudo andar de la portadora, correspondía mucho con el de la hermosa Laura.

Afligíase tanto de perderla como de quedar como él se imaginaba, entre las demás damas, en opinión de ser hombre fácil y liviano, de tan bajo proceder, pues tal se debe llamar quien en secreto no guarda cuando importa, y su recato y el ajeno no estima. Al fin, loco de pensar en su desgraciada pretensión, que se estima más cuando se pierde, volviendo á leerle otra vez, y viendo que decía que su prima doña Claudia confesaba tenerle amor, conociendo, aunque á su pesar, que era mucho mejor corresponder á quien se le mostraba fina que rogar á quien no le quería, y abrasado de que sin causa hubiese venido á sus manos tal reprensión, ya no por querer, sino por dar celos, que suelen ser los que resucitan el amor más difunto. Habiendo llegado su criado con el lienzo, se volvió á su casa y cuarto, donde, tomando recado de escribir, dispuso un billete como su pasión le dictó, y entregándoselo, que luego como amaneciese le llevase en casa de doña Claudia, á quien diría era carta que había venido, entre otras suyas, en un pliego para su merced, de los Estados de Flandes, donde sabía Leonardo tenía á don Die-

go, su hermano, sirviendo á su majestad.

Amaneció más tarde de lo que el amante deseaba, y despertando al mal madrugador criado, le volvió á decir lo mismo que había de hacer, el cual con brevedad llegó á la puerta de la dama, y hallando levantada sólo á la criada que le servía de camarera, le dió la carta y recado que llevaba diciéndole la pusiese en manos de su señora cuando despertase; prometió hacerlo así y fuése el portador. Volvió del sueño á su acertado acuerdo con el ruido del recado la cuidadosa señora, y llamando á sus siervas, entró dándola los buenos días la que llevaba el papel, y entregándosele, imaginando que era de su hermano, le echó sobre la cama diciendo, que bien podía el que le había traído haber madrugado menos, para cosa que importaba tan poco; pero diciéndole la criada, que le había dicho quien le trajo, que le envíaba un caballero estudiante, que decía haber venido en un pliego suyo; y acordándose de que podía ser, como lo era, traza para enviarla, de don Leonardo, algo más alegre le volvió á tomar, y mirándole con más atención, pareciéndole diferente letra de la que su hermano le solía escribir,

le abrió, que es tan grande la fuerza del ciego amor, que hace á ratos más estimable las preseas de lo que se ama, que las de la sangre misma. Y al tiempo que ya iba reconociendo la firma de Leonardo, queriendo dar principio á sus de ella venerados renglones, oyó que venía entrando en su cuarto ruido de gente que á tal hora no dejó de extrañarlo, y conociendo que era su prima Laura, que con la licencia de tal, no pedía nunca para hacerse la poseedora de toda la casa quien celosa y abrasada de lo que doña Claudia la tarde antes le había contado, desvelada del sentimiento, venía á persuadirla, que pues Leonardo hacía tan mal correspondiente, ó por mejor decir, á dos manos, de caso pensado le dejasen de corresponder ambas, dándole el olvido de ellas por castigo de su variación, que pensó verdadera; pero viéndola en la cama y con una carta en las manos, no quiso después de saludarla, comunicarle su intento, por inquerir si fuese dél la que veía, para entrar más advertida á su proposición, ó hasta que su prima le saliese, volviendo á referir algo de su historia con el nombre de Leonardo, al encuentro.

Estaba Claudia muy ajena de hacer tal, antes viendo la ocasión de ratificar su fábula, cobrándose, sentada sobre el lecho, con el aseo de una almilla de seda verde y oro, hecha de aguja, conociendo que no sería lo que el papel contenía no otra cosa que condescencia amorosa de la voluntad de su amante, por haber reconocido comenzaba halagosamente y con oirla Laura quedaría más satisfecha, sino más engañada y desistiría de su empeño (como si al fuego de los celos sirviesen de helada nieve los desprecios), la hizo llegar más cerca de sí sentándola sobre la cama, como lastimada de verla tan triste y penosa; con un fingido dolor le rogaba se olvidase de recibir melancolía de aquel impensado caso, encareciéndole la tenía de haber sido la parte más principal de su disgusto; pero que ya conocería su inocencia advirtiéndola que se divirtiese de aquel cuidado, poniendo los ojos en otro caballero estudiante que la supiese merecer, pues había tantos en aquella Universidad, que con aquello daría alivio á las tristezas que tenía, pues no era justo las dejase se apoderasen de sus pensamientos, y que para que supiese mucho más bien,

cuán adelante estaba la disposición entre Leonardo y ella, leyese aquel papel que le había enviado aquella misma hora, mandando primero á todas las criadas que se saliesen afuera, cuidando de ver si venía alguien á buscarla, á quien respondiesen que reposaba, pues con tanto recato vivía. Y habiéndole tomado Laura, mal pronunciando sus celos, las razones que contenía fueron éstas:

«Desde la última vez que me favorecieron vuestros ojos conocí el aprecio que de mí hacéis y lo mucho que estimáis, confirmándolo los favores, por mí estimados, de vuestros rosados labios, á quien debo ser, como noble cortesano, correspondiente, y así intente memoraros lo mucho que en serviros deseo, para que yo, obediente, me mandéis como dueño que también sabe obligar. Dios os aumente la vida para consuelo mío y os de más buena suerte en las empresas que yo suelo tener.—*Don Leonardo Esjorcia*.»

Quedó la hermosa Laura más suspensa que bien desengañada; robado el color de sus mejillas, graneando con aljófar de sus hermosos ojos el lecho de su prima, habien-

do visto que aquel carácter de sus pasiones le daba á entender lo mismo que doña Claudia le había contado y que en él confesaba Leonardo el favor de los labios, que ella dudosa le había referido; y como conocía la letra, por haberla visto en otras ocasiones en algunos versos que había enviado á diferentes partes, donde por entretenimiento se habían juntado varias damas, confirmó su llamada desdicha por cierta y su incredulidad por cautelosa. Y así creída la correspondencia de los dos tan adelante y que ninguna industria sería bastante á disuadir á su prima, dejó al silencio lo que intentaba proponerle para la venganza del por ella entendido vario amante. Y doña Claudia, alegre y llena de gozo, aunque lo disimulaba, reprimiendo los júbilos en el corazón y mintiendo la lengua fingidas finezas de dolor ajeno, consolaba á Laura y la pedía no intentase perder la salud por aquel tan irremediable accidente, pues le lastimaba el verla tan irreducible en su reiteración, proponiéndole varios nobles y galanes caballeros en quien podría, mudando de parecer, divertir su melancolía. Y llamando á sus criadas, mandó trajesen alguna cosa que

almorzase Laura, pues con su tristeza, hasta entonces no se había acordado de prevenirlo; á que ella respondió lo agradecía como era justo, pero que la excusase, porque no estaba para poder pasar ni aún su misma respiración (que tanto suele apretar la pena de la pérdida de lo que bien se ama), con que pidiéndole licencia para volverse, pues había visto lo que antes oído y dudado, le dijo se iba á recoger antes que diese nota la rezadora beata que tenía en su casa por mangoneadora de sus pasos, á quien había dejado durmiendo; y enterneciéndose de nuevo se salió de la de Claudia.

Y por no volverse sin oir misa, ordenó á los mozos de silla fuesen á San Martín, parroquia cercana á la casa de su prima, donde, aunque no iba más acompañada que de un paje pequeño, por haber salido tan de mañana y no determinada á pasar de casa de Claudia, podría oirla sin nota, por ser algo temprano. Y entrando dentro se arrodilló, no sé si con tanta devoción como era necesaria, cuando vió que por una de las puertas de la Iglesia entraba Leonardo hablando con su criado, y al parecer alegrándose de oir lo que decía. Bien podemos creer

que mientras duró el sacrificio que de pronto luego halló, estuvo más atenta al humano dueño, á quien sacrificaba su voluntad, que no al divino, pues quien tanto amaba no prometía menos divertimiento.

Y acabando de decirla, viendo que aunque había destapádose dos ó tres veces la cara, procurando que la mirase, no hacía caso de advertir en ella ni aun con la cortesía que se acostumbra, y que se iba saliendo fuera, llamando á su paje, le envió á que le detuviese y dijese que una señora le suplicaba volviese á oirle dos palabras que le importaban. Hízolo así el diligente muchacho; pero aunque le conoció, y había visto á Laura y sabía no podía ser otra, por haber sido sola en la Iglesia, no quiso volver, porque imaginaba que sería querer reiterar en decirle lo que en la carta firmada de su nombre había leído y tanta pasión le había causado; y así le respondió al paje se fuese y le dijese á su ama que él iba á Escuelas y no podía detenerse un punto, que más necesario le era mirar por aquel camino, por su reputación, que no el ir á oir disparates de mujer que, confiada en su hermosura, despreciaba cuando quería y quería al paso

que despreciaba. Con esto se volvió el fiel asalariado á su señora, la cual, viéndole que se venía sin Leonardo, atajándole las razones que á decirle iba, le mandó volviese y adonde le alcanzase, le dijese era ella la que le llamaba (como si lo ignorase), y que si no quería, que le siguiese á costa de su honestidad, volviese en cortesía, que por ser mujer, ya que no por de la calidad que sabía, bien podía tomarse aquella licencia, además de no ser acción digna de la nobleza, de que tanto se preciaba, usar con las mujeres, y más de su porte, semejantes desaires.

Ya Leonardo iba en compañía de otros caballeros de su profesión á la mitad de la calle que llaman de la Rua, que sale derecha para Escuelas desde San Martín, cuando llegando segunda vez el bullicioso infante, y tirándole del manteo, le habló en secreto, diciéndole lo que su ama ordenaba, á que le respondió la dijese esperase un instante, que procurando dejar la compañía con quien iba volvería con la menos nota que pudiese, á ver lo que le mandaba, pero que le advirtiese como le tenía más enojado que agradecido.

No tardó el criado en darle la respuesta á su ama, que habiéndole oído, quedó, pues, en no pequeño cuidado, escuchando quejas de parte de quien ella tantas tenía que dar, dudando qué causa hubiese para el grande desabrimiento que mostraba, que era más que de hombre mudable, pues si fuera nacida de su variedad, siendo él el culpado, no había de formarla. Pero antes que pudiese ponerse á discurrir más, se lo atajó la entrada de su amante, el cual, habiendo visto el bulto de mujer tapada, que acompañaba el pajecillo, conociéndola por él, se llegó á ella. Y por menos juzgados y poderse oir el uno al otro sus razones, que ya Leonardo llevaba bien prevenidas las suyas, se retiraron á una capilla secreta, que está debajo del coro; y sin más detención, como quien más deseaba dar parte de su enojo, habiendo enviado al rapaz donde estaban los demás mozos, advertido de que no dijese nada á nadie, se descubrió Laura, dejando caer el manto sobre los hombros, y en postura de mujer celosa en paso de comedia, le preguntó si sabía quién era, á lo cual le respondió Leonardo que sí, pero que le admiraba el prevenirle de aquella suerte, pues

sabía que no lo ignoraba, á que le replicó Laura que se lo decía así para que él le dijese si conociendo su mucha calidad, y habiendo pasado tantos y tan amorosos lances en las partes que se habían visto, estaba ya arrepentido de proseguir en su solicitado empleo, pues le había mostrado tanto desaire, que no le había debido, no solamente el mirarla aquel día con cuidado, como otros, aunque sabía la había conocido, pero ni hecho la cortesía que acabada la misa se acostumbraba, aun entre los enemigos.

No quiso Laura decirle nada de lo que sabía de su prima Claudia, por ver si se arrojaba Leonardo á confesarse suyo como solía, que como no es nuevo en algunos hombres el querer cuantas mujeres ven, le tuvo por uno de los que lo hacen. No dejó de darle al caballero alguna sospecha el oir tales razones, pues como las mujeres suelen forjar engaños con ánimo de hacer pruebas de los que dicen que las aman, imaginó fuese alguna por parte de doña Claudia; y porque en todo tiempo se hallase airoso en sus empeños, determinó referirle la verdad de lo que había pasado, no porque no en-

tendía él que Laura lo sabía todo, creyendo por suyo el papel de reprensión que le dieron en el río; pero sin embargo, porque no se diese por desentendida, afirmándole, como siempre, deseo servirla; pero que estando un día junto á la ribera del claro Tormes, contemplando el despeño de sus aguas, había llegado una dama que no conocía, aunque de buen aire, y le había dado un papel, que después de leídos los desabrimientos que contenía, imaginó hubiese sido ella quien se le habría llevado; pues además de corresponder al aseo y gala de la portadora al suyo, lo confirmó en verle la firma de su nombre; y porque considerase, si con justa causa mostraba desvío, sacándole de una curiosa cartera en que le tenía, se le puso en las manos, pidiéndole la leyese, y habiendo pasado Laura por él los ojos, se maravilló de tantos enredos, pues no había salido de uno cuando daba en otro mayor, sin saber quién fuese la Medea, zurcidora de tantos encantos; y tal estaba que no conocía la letra de su prima, quien le había escrito, quien tan ciega la tenía su pasión.

Pero, dejando aparte este requisito, aun-

que le aseguró no haberle ella causado, le dijo que si había confesado estimarla tanto, como había tenido tan poca fe, que le había escrito á su prima doña Claudia razones amorosas y tanto que mostraban muy bien ser procedidas de antigua correspondencia, que ella lo había visto y aun leído. A que la satisfizo, diciéndole, que mirando el desprecio que ella hacía dél y significarle el papel que asegura ser supuesto, que su prima le sería más agradecida, le había correspondido, preciándose de tal, no queriendo dejar sin recompensa acción tan favorable, y más en tiempo que tan abatido tenía el ánimo, á otra ninguna pretensión. Y viendo Laura la facilidad que para salir de todo hallaba, como mujer, y celosa (que aquí lo digo todo), queriendo de una vez desechar el ahogo con que se hallaba, excusando encubiertos preámbulos, le fué examinando y preguntando si había entrado alguna vez en casa de su prima, asegurándole que si le decía verdad, como creía que lo haría, le ayudaría á sus intentos, antes que serle contrario á ellos; y si había pasado otra alguna cosa que moviese á su prima estar obligada dél. A que le satisfizo,

diciéndole, que de ninguna manera le había adelantado más que á ver sus rejas y balcones, pasando por la calle; y que en cuanto al papel que decía haber visto suyo, se le había escrito en conformidad de lo que había referido, teniéndola en su opinión por tan virtuosa, fuera de ser noble, que no hubiera dado lugar á él ni á otro alguno para semejante atrevimiento, cuando deslumbrados lo hubieran intentado. Y apretándole más Laura, le preguntó si era verdad que una noche había acompañado á doña Claudia, tratando los dos del efecto de estado que sabía ella que pretendían tomar, y si en virtud de haber de ser así, había disfrutado el carmín de sus labios y gozado apacibles y seguros abrazos. A que no poco admirado le respondió, que no solamente pasaba aquello que le decía, y de que él tan ignorante estaba, pero ni con la imaginación lo había llegado á pensar; pero que le causaba novedad y no menor confusión el oir el modo que había tenido en sus preguntas; y que si era posible, le declarase de qué se había originado tanta curiosidad, pues de no decirle la causa, le dejaría con muchas sospechas contra su prima, cosa

á que por ser su sangre, no debía dar lugar. Mas no por eso le reveló cosa alguna, antes le pidió Laura echase en olvido aquel examen, diciéndole había sido más imaginación suya que culpa de la menor desenvoltura de Claudia, quedando cada vez más admirada, y empeñada, y en mayor laberinto, considerando que hubiese mujer que por conseguir el dar disgusto, se adelantase á su mismo descrédito, fingiendo delitos, en su misma honestidad. Y atendiendo á que quien tan á su costa había mentido en lo que tan claro averiguaba, teniendo bastante certidumbre del crédito de Leonardo, también habría falseado su letra y firma para el simulado billete. Volviéndole á imitar más despacio, conoció el fabuloso enredo, tan bien dispuesto, como con gallardía comprendido; y brotando de una vez todo el acíbar amargoso de su dolor, le contó Laura, sin reservar cosa, todo lo que le había pasado con su prima, y como de quererse valer de su protección habían nacido aquellas sutiles invenciones, rogándole de nuevo á Leonardo se dejase obligar, haciéndole sabedor ser su dote de dos mil ducados de bien consignada renta, conocida

nobleza y con ventaja conocida voluntad.

Embarazado se halló el gallardo florentín en la respuesta que le daría, viendo tantas quimeras y en breve tiempo, fundando una tempestad de diluvios de confusiones; y no satisfecho, aunque le parecía á la hermosa Laura que con lo que le había ella referido lo quedaba; mas él se halló tan tímido como receloso, rogándola se fuese á recoger, que respondería por escrito su determinación, dándole grandes muestras del aprecio que hacía de sus partes y ofreciéndola perder todas sus comodidades antes que solicitarle un pesar; con que tomando Laura su silla, se partió más contenta y desengañada á su casa, sin llegar á la de su prima, por no volver á martirizar sus pasadas heridas, y Leonardo se fué á su acostumbrado ejercicio.

No se descuidaba en proseguir sus amorosos y fingidos medios doña Claudia, la cual, al punto que salió Laura de su compañía, escribiéndole un papel al cursante joven, en respuesta del que había recibido, le dió á entender el gusto que tendría en que frecuentase sus visitas, instruyéndole en la traza cómo había de ir á gozar de al-

gunos gustosos y desembarazados ratos suyos. Y pareciéndole que llevada de la pasión haría su prima, por ser mujer como ella, algún cauteloso artificio, le advirtió no diese crédito á cosa de cuantas le podrían decir en contrario del agrado que le significaba, aunque quien se lo dijese fuese persona que á él le pareciese debida de crédito, y porque había entendido que cierta dama, más por venganza de unos celos que no por el amor que le tenía, había dicho entre algunas sus amigas, que había de procurar disuarle y desviarle de sus finezas, temerosa de que no la creyese ni le enterneciesen fingidas lágrimas y mentidas suposiciones, que á la piedra más dura suelen volver en cera, de donde resultarían mayores daños, le avisaba todo.

Volvió el descuidado caballero á su casa, cansado, así de tantas ignoradas tragedias, como de las escuelas, y hallando en manos del ama que le servía, el prevenido papel de doña Claudia, á quien se le había dejado para que se le diese cuando viniese, después de haberle leído, juzgó que era imposible que hubiesen sido más fabulosas las apariencias artificiosas de Circe que las

dudas y laberintos en que auquellas dos nobles doncellas le tenían puesto, indeterminable á cuál daría más crédito, pues en cualquiera de ellas hallaba tanta parte de afición. Considerábalas, lo primero, mujeres, y le parecía encarecerlo bastantemente, sin los requisitos de enamoradas y celosas; y, sobre todo, encontradas en sus deposiciones, y ni sabía cómo creer á Laura, ni admitir por verdadero el informe último de Claudia, aunque más inclinación se sentía á ella que no á su prima, quien aunque le había satisfecho, en cuanto la queja de los desprecios del supuesto papel, no era posible para él ser como á ella le había oído imaginando que más de celosa que de pagada de sus partes, por saber que Claudia le favorecía, había dado traza á su disculpa, y por más confundirle, hecho aquellas preguntas. Mas conociendo la letra del último papel, y cotejándole con el primero, hallando que era diferente la una de la otra, porque Claudia la había disimulado algo, quedó aún más admirado y sin resolución para cargar aquel calumnioso caos á sola una, si bien las culpaba á entrambas. Y hallándose tan indeciso y confuso, le pa-

reció que era más conveniente el dejarlo, desistiendo del cansancio de tan insufribles cautelas, aguardando á que de la parte de las dos encontradas Celestinas saliese alguna claridad para su final determinación, y así, se encerró en su casa, con ánimo de no salir della en quince días, á hora que nadie le viese, como lo hacía, avisando á su criado y ama, que si le venía á buscar alguna persona, le respondiesen estaba ausente de la ciudad, sin decir donde, mas de que en compañía de otros amigos suyos, metidos en un coche, habían hecho su viaje, pues con esto aseguró, lo que si no lo previniera, no pudiera. Y de tal manera continuaba su encerramiento, que ni aun al más pequeño postigo de las ventanas de su cuarto se asomaba, y por divertirse, cuando le molestaba el continuo trabajo de los libros á que asistía, tomando por aliviado médico el invocar las Musas, escribió estos versos:

Confusión, déjame usar
de un libertado querer.
que me traes á padecer
los oprobios del pesar;
y si vario en el amar,

me imputa quien no me entiende,
á mis firmezas ofende,
pues que con dudas ajenas
añado penas á penas
que el corazón no defiende.

Enigmas no penetradas
son las que continuo toco,
teniéndome como á loco
mis acciones variadas.
Y cuando tengo ganadas.
á precio de mi cuidado,
las gracias que he deseado,
hallo que están más perdidas
con que en viento convertidas
me vuelvo al primer estado.

Encantos deben de ser
los efectos de un amor,
pues eligiendo el mejor,
obliga más á temer,
y quien llega á conocer
de su industria las ficciones,
con mal lograr ocasiones
le hará cuerdo el desengaño,
pues no apetece en el daño
ni aun las bárbaras pasiones.

Y así en mi razón fundado,
válgame aquí la cordura,
que seguir una locura,
no es lícito ni acertado:
obre el tiempo, en quien fiado
dejó el fin de mi tormento,
pues como maestro atento

me curará deste mal,
ó á matarme liberal,
ó asegurarme el contento.

Ya esta resolución, aunque no entendida por tal, sino por ausencia, había llegado á los oídos de las dos primas, con cuya causa en cualquiera visita que se hallaban, imaginando Laura que doña Claudia había sido parte á ella, y Claudia que Laura, se punteaban como picadas cuando se veían, sin declarar una á otra sus pesares; aunque Laura desde el día que habló á Leonardo en la iglesia, vivía recatada de su prima, quien no dejó de tener alguna noticia de que se habían hablado. Y como ya eran pasados ocho días sin hallar á Leonardo en su casa los criados que á ella envíaba con achaques diferentes, que á las mujeres con amor no les faltan, imaginó que su prima le podría haber encerrado en la suya; que para quien ama, y más con celos, es muy creíble cualquier accidente que haga en favor de ellos.

Y lo mismo que Claudia entendía de Laura, sospechaba ella de su prima, pues como había quedado Leonardo, cuando se vieron en San Martín, de escribirle su de-

terminación, y no lo había hecho, le parecía no ser otra la causa, que la de haberle doña Claudia prendado y ocultado, pues desde que supo sus referidos engaños, no tenía la más menuda satisfacción de ella; que á tanto llega el que una vez engaña ó miente, que después se duda en la más creíble cosa que diga. Y no viniendo en admitir la llamada ausencia de Leonardo por tal, para salir de una vez de sus confusas sospechas, se resolvió Laura á salir una noche, como lo hizo, en hábito de hombre con espada y broquel, á inquirir en virtud de sus celos, á la puerta de Claudia, si ellos le inducían ilusiones, más para poner remedio en el engaño que tenía, que no llevada de impulso amoroso, aunque á mi parecer de todo iba herida.

Y estando paseando en el traje que he dicho, frente de las rejas de su prima, á más de la una de la noche, vió que de un balcón se descolgaba por una enlazada cuerda, al modo de escala, un bulto de hombre, con espada en la cinta, y el ferreruelo rodeado al cuerpo, y para que no la sintiese quien así bajaba, temerosa de impedirlo, pues no lo era lo que deseaba, se retiró al hueco del

arco de una puerta algo obscura, y queriendo, cuando vió descendido al que ella imaginaba Leonardo, que se estaba componiendo la capa, salir, sino á tomar venganza dél, á que conociese que el agraviado no dormía, consideró que podía, si se descubría, y no era él, aventurar su recato, dando mayor escándalo, y así se resolvió seguirle los pasos que ya daba, para ver donde iba, pues de guiar hacia la casa del encerrado estudiante, tendría por cierto que él fuese, pues como le constaba, no vivía en ella ningún compañero que tuviese licencia de recogerse á aquella hora, cuando vió, que le sucedía lo mismo que imaginaba, y que el bulto encaminaba su derrota al albergue de su ingrato amante; con cuyo indicio alargó el paso, que por no ser sentida lo había algo dilatado, si bien no perdídole de vista, y llamándole antes de llegar á la puerta, le movió al no conocido caminante, á que entendiese era un primo suyo, que vigilante la celaba (que el miedo representa á veces aquello que se teme), y que la habría conocido á Claudia y visto descolgar de su balcón y seguídola. Sin aguardar, ni responder palabra, huyendo del riesgo que le

parecía la amenazaba, corriendo con la mayor prisa que pudo, tomó por sagrada la puerta del retirado Leonardo, á tiempo que él, cansado casualmente de su recogimiento, la abría para salir á rondar, recreándose en las rejas de la que se le entraba en su casa, cuando de golpe se aposentó en ella Claudia con acelerada prisa y queriendo detenerse á ver quién era, pues en tal hábito, y con tal prisa y ser de noche, no la conoció. Oyó ruido, y saliendo á la calle, viendo venir otro, al parecer varón, con la espada en una mano, el broquel en la otra, al hombro terciada la capa: mas quiso, por defensor de la cortesía de su morada, cuando no por del que se había amparado en ella, oponerse al que llegaba, que no curioso examinar al de dentro, pues para hacerlo le tenía seguro, y así, plantándose en la puerta con sus armas, de que prevenido salía resuelto á no dar lugar á la ejecución furiosa del que ya nombraba su enemigo y delante tenía, le preguntó qué era la causa de no querer respetar en cortesía la casa de un caballero como él, pues tan desatinado pretendía agraviar á quien se había valido della. Y viendo Laura que era su falso

amante (que ya tal título le daba), el que se le oponía, y que se le hacía de nuevas en su agravio, para disimularle, concibiendo no podía ser otro el que había huído, quizá por excusar de ser conocido della ó otra cualquier persona que fuera el que le había llamado, viéndose tan culpado y que el haber vuelto en la puerta á impedirle la entrada sería á más no poder, conociendo haberle seguido sin reparar en que si fuera Leonardo hubiera hecho elección, caso que huyera, de otro encubrimiento para mejor disimular; sin más reparar, que desear ejecutar su rabia y con la lengua vengarse de sus recelos, le dijo:

Cauteloso amante y fingido ausente, más ingrato á mis amorosos afectos que la más estéril si cultivada tierra cuando produce espinas, avara al beneficio; si tenías dispuestos tus enredos para gozar las finezas de Claudia, que aventajas á las mías, ¿cómo es posible que tuviste lengua para con ella darme una hiedra venenosa, fingiendo conmigo con halagüeñas razones, prometimientos mentirosos? ¿Eres tú el que te preciabas de firme, prometiéndome serlo? ¿Querrás que ahora, á nuestra costa, sustentemos el

crédito que de cortés correspondiente tenías entre las damas de nuestra profesión? Pues no, no ha de durarte, que cuando yo, por el riesgo de mi reputación, no te desdore en público, lo haré entre mis amigas, á quien has vendido firmezas, que conozco no son de buen metal, pues las has deslucido con la falsedad de tus ficciones. No porque tengo pesar de que te emplees en el dueño de aquellos balcones de donde ahora bajaste; más siento que no me desengañases cuando me diste parte de otro engaño igual á este, y que como Sirena con tu voz me encantases. Pero, viven los cielos, ingrato, que ya que no tome venganza con la espada, por ser mujer y no caso de poner en ajena mano, la tengo de librar como ponzoñosa víbora, á la inficción de mi lengua, pues como vosotros decís, es nuestra común arma.

Acabó Laura las razones de su enfurecido desatino, según le parecía á Leonardo, quedando metido en un abismo de discursos, en prevenir qué sería la causa de lo que había oído, y no era para menos, pues impensado al más cuerdo hace parecer al doble cualquier daño; y procurando no dar á sentir el rumor en la vecindad, hacer se

entrase dentro del patio á porfía de ruegos, que á mujer con enojo ni aun ellos no la vencen, le dijo:

—No puedo creer, señora, que eres tú quien me habla y maltrata de esa suerte, cuando he deseado ser tan tuyo que á nada se adelantaba mi resolución, sino á ceder en tus manos todas mis acciones; y cuando de industria me he ausentado, sólo por dar desabrimiento á tu prima para que no me canse, vienes en ese hábito, siguiendo hasta mi casa á quien tu enojo ha querido; y hallándome, quizá por salir á ver tus rejas, á la puerta de ella, por disimular tu venida y darme á entender venías en mi busca, celosa de algún desaire, tengas ánimo, en lugar de satisfacerme, de agraviarme, haciendo tu locura ó ficción que salgas del lenguaje debido á mi deseo y á tu cortesía. Pero he llegado á juzgar que no me has conocido, mírame bien, Leonardo Esforcia soy, y no aquel que sigues y acaso has imaginado; ¿qué falsedades son éstas que me imputas? ¿Qué finezas y halagos los que dices he gozado? ¿Qué balcón el que he descendido? Háblame claro, que como éste era el primer paso que iba á dar desde que llegué de mi

viaje, que habrá poco más de una hora, estoy ajeno de estos engaños de que te quejas, si es que no finges, pues con mayor causa lo pudiera hacer yo; que cuando salía sólo á visitar tu calle, te hallo que vienes en alcance de un hombre de quien debes estar tan enamorada como mal pagada. Laura, aplaza la cautelosa ó verdadera pasión que te trae de esa suerte, pues que yo he templado el enojo que debo tener; y para que nos satisfagamos ambos, que también á mí me toca saber quién es el que está en mi casa y sepas que yo no he sido, aunque lo hayas imaginado, el que se valió de ella; entra en todos esos aposentos, que bien sabes no vivo acompañado, y viéndolos, con nuestro mismo desengaño tomarás tu satisfacción de lo que, si no es simulado, dices, y yo veré si corresponden tus obras á tus palabras, no culpándote sin causa bastante ni dejando de darte el desengaño del mucho aprecio que de ti hago; que si no te respondía á lo tratado, como efectuamos en San Martín, fué porque había intentado entregarme á tu voluntad, haciéndote dueño de la mía.

Entre tanto que todo lo referido pasaban

los dos, estuvo doña Claudia en uno de los aposentos que iban á mirar, desde donde oyó todo lo referido; y viendo que con cuidado los iban á recorrer, mientras entraron en uno algo espacioso, sin ser sentida de ellos se subió arriba, y al cuarto del ama, donde vió luz, que para bajarla á su ama había prevenido, y hablando con ella, diciéndole quien era, aunque no la causa de lo que la traía de aquel modo, por no dilatar su intento; le rogó que porque convenía así á su reputación, por venir en compañía de su amo cierta persona que la buscaba y no era justo la hallase en aquel hábito tan ajeno del suyo, le diese uno de sus vestidos, cualquiera que fuese, para mudarse y ponerse en él, que como mujèr le convenía, representándole le sería muy dañoso el que la hallasen en aquel de varón; sacando la obediente y compadecida ama de un baulillo que allí junto á la cama tenía, una basquiña de tafetán negro, se la dió á doña Claudia, la cual, quitándose la ropilla que traía puesta, se la puso sobre el jubón, y encima de los calzones la saya; con la mucha prisa que les ocasionaba el ver que, no hallando abajo á quien buscaba, subían

Laura y Leonardo á procurar su desengaño á los demás cuartos. Y componiendo el desaliñado cabello, y viendo encaminaban sus pasos hacia donde estaba la transformada Claudia, se levantó de encima de la cama de la compadecida anciana, donde se había sentado, y saliendo al encuentro, echándole los brazos al cuello á su amante, le dijo:

—Ya volvéis, bien mío; añadiendo con esto más crédito á su fábula, quedando el caballero espantado, cuando sin saber cómo se habían juntado tantas apariencias cómicas en su casa, pues la veía convertida en un fabuloso Ovidio.

Decíale Laura:

—Ahora, señor Leonardo, estará vuestra merced contento, pues me ha traído adonde me han desengañado mis ojos tan á mi costa; muy buena, por cierto, ha estado la tramoya que v. m. y las demás figuras vistas han representado. ¿No hubiera sido mejor con mucho despejo y gallardía haber sacado á mi prima en alguna apariencia de alguna nube como ángel de su devoción de v. m., y no haberme cansado andando toda la casa en aquí estará, allí estará quien entró? Si por disimular mejor le

dejó v. m. en el aposento de esta señora, su criada ó alcahueta cuando se iba quizá á ver si era hora de volverla y avisar á sus criadas que ya iban, que aunque yo no ví más que bajar á v. m. del balcón, claro está que pues bajó por la misma parte, habría subido á despertarlas. Y vos, prima mía, si teníades tan entretenido y enamorado al señor Leonardo, ¿por qué no me avisábades de ello para que yo no os cansara, siendo parte en estos estorbos? Y pues estamos en tiempo de que todo salga á luz como teníades ánimo de admitir los halagos que yo ví que os hacía don Juan de Heredia, no echábades de ver, que siendo tan firme vuestro presente amante, no era justo ni debido hacerle tal agravio, siendo el señor Leonardo persona que ha profesado de consistente sólo con vos. No, prima, no lo ha mirado v. m. bien; pero pues su merced está contento y v. m. lo está con él, pagados están y yo desengañada de que hay primas de damas que fingen deshonra no teniéndola, por quitar á otras aquello en que han puesto los ojos, y amantes que dicen, preciándose de muy finos, que no saben el camino de olvidar y tienen en sus ca-

sas quien los desmiente á letra vista, dando á quien le busca, claro desengaño; yo le llevo bastante de su trato de vuestras mercedes con que quedo escarmentada para mientras me durare la vida.

Mudo quedó como si lo fuese el buen caballero, sin hallar en su dictamen una razón que fuese satisfactoria para queja tan justa, viendo hallaba en su casa cuando entendió con que satisfacer á Laura, quien le acrecentase las fulminadas. Cercábanle en uno muchos embarazos, pues no apeando el cómo había venido doña Claudia, tampoco tenía noticia si fuese ella la que en hábito de hombre entró, pues le venía en aquel y no parecía en toda ella persona ninguna ajena, teniéndole confuso y sin absolución el pensar que doña Claudia, viéndose como difamada por su prima, no le obligase á casarse con ella, por ocultar, si acaso en otra parte lo publicaba su secreto; habiendo creído que el don Juan de Heredia que Laura decía, había gozado mayores favores que los que él había recibido fuese verdad, considerando que pues para los suyos, ni faltó ocasión ni facilidad, también se le había concedido el tiempo para aquéllos.

Y metido en la ofuscación de estos pensamientos, sin saber como dar un paso en ellos, le pidió encarecidamente á doña Claudia, que pues era quien mejor lo podía hacer, desengañase á Laura, no porque pretendía obligarla, sino porque no pasase aquel incendio más adelante, persuadiéndola á ello con grandísimos extremos. Mas ella, que no procuraba hacerlo, se disculpaba con decir que no le daría su prima crédito á sus razones viéndola interesada, y que así no quería ponerse á que ocasionada de su incredulidad fuese mayor su enojo. Y pareciéndole á Laura, que según los extremos que Leonardo hacía solicitando esto, era posible estar ajeno de culpa, que aunque veía tantos indicios de que la tuviese de su propia voluntad, le rogó les refiriese el modo de su entrada, ofreciendo decirle el de su venida en aquel hábito, y así aceptando los encarecimientos, les dijo de la manera que había entrado y se ha oído; y como el miedo de imaginar que era su primo don Pedro quien la seguía, después de descender del balcón, la había traído á valerse de la casa de Leonardo, á quien salió determinada á buscar, deseosa de sa-

ber en qué se ocupaba, y como al llegar á su casa se le había hallado abriendo la puerta, con cuya ocasión se posesionó de ella, y como había pedido aquel vestido á la ama; y finalmente, todo lo que se ha visto, declarando haber fingido por de celos á Laura, el abrazo y razones que dándoselo á Leonardo le había dicho, movida de los desprecios que por su causa había escuchado, para con aquello darle á entender cómo le había mentido á ella, y se le aumentase el enojo contra él. Y acabando doña Claudia de referir esto, dijo Laura que el haber venido en aquel disfrazado hábito, había sido con el mismo anhelo que su prima, imaginando que ella le tenía en su casa y con su celosa presunción, habiendo visto descolgar del balcón el bulto de hombre, creyendo era Leonardo, se había venido tras él, á quien, habiendo hallado á la puerta, había confirmado su sospecha; y que el haber dicho infamado á Claudia, que correspondía á las finezas de don Juan de Heredia era supuesto, y sólo lo había hecho movida de su ofensa por querer darles á entrambos igual pesar con aquel enredo.

Entonces el cortesano mozo, más desaho-

gado que se vió mientras duraron tantos montes de preñeces, por excusar preámbulos y pesadas dilaciones, quedando tan satisfecho como las dos damas parecía lo estaban, dijo á doña Claudia que el haber referido, de que no se acordaba, alguna razón que le causase enojo, hablando con su prima, habría nacido de quererla aplacar, viéndola resuelta á mayores desaciertos, pidiendo á ambos le perdonasen. Todavía Laura volvía á mover el sentimiento del primer desengaño, si Leonardo no la atajara, rogándola que pues de aquel último, siendo tan difícil y cauteloso, se habían aclarado con tanta brevedad y satisfacción de todos, y con la absolución dada quedaban vencidas tantas adiciones oídas, se sirviese de no intentar añadir otros á los sucesos pasados y más tan poco importantes, que sólo servirían de perentorias molestias, confesándose él por causa principal, de donde se habían derivado tan pesados desatinos, y por dueño de aquellas culpas, disponiéndose á padecer cualquiera trabajo en cambio de la quietud de entrambas, con lo cual quedaron más sosegadas; pero, sin embargo, asentó Laura que Leonardo no

había de proseguir adelante con una ni otra en su galanteo, amenazando á su prima de que si sabía lo contrario, había de ser causadora de una muy grande ruina. Aceptó cuerdamente doña Claudia la proposición, atendiendo á cuán mal suceso tendría en su prosecución, habiéndole salido al encuentro tantos azares de pesar. Y Leonardo, viéndose con la claridad de tantas obscuridades, aunque no aventuraba poco, concedió lo mismo, prometiéndoles, no solamente pasar adelante en lo que decía Laura, mas si necesario fuese, ni por la calle de ninguna, que tanto le habían causado los no asimilados laberintos.

Y, sin embargo de lo visto y oído, quedaron las dos primas desengañadas; y por estarlo tanto, volviendo á la fuerza de su amistad primera, se restituyeron la gracia la una á la otra, que no habían dejado de perderla mientras duró la competencia, quedando Leonardo con la opinión que merecía. Y despidiéndose las dos de la ama, dándole doña Claudia un doblón, tanto por la libertad que tuvo en hacerle oblación del vestido, como porque guardase el secreto que convenía en lo visto, acompañadas del

discreto extranjero, en el mismo hábito que habían venido, se volvieron cada una á su casa, y ayudándole los dos á doña Claudia á subir por la misma cuerda que había dejado pendiente del balcón, por donde había bajado; y entonces le preguntó Laura que por qué no se aprovechaba de la llave maestra que su hermano le dejó, y no tomaba aquel trabajo para salir de su casa. A que le respondió se fuese con Dios, y considerase que instrumentos pintados para adorno de una fábula, no servían más que de lo que allí representaban. Y con la modestia de dos almas jamás comunicadas, se partieron á la puerta de Laura, donde estaba aguardando una fiel criada, y dejándola adentro se volvió á su casa Leonardo, que cuando llegó á ella ya amanecía, y sin más sosiego, poniéndose su hábito largo, se fué con su criado á Escuelas, en quien conocía el aumento de su trabajo. De allí á pocos días le dieron nueva como á un tío suyo le había hecho Su Santidad merced del arzobispado de Milán, y que él sabiendo cuan adelante estaban sus estudios, había hecho elección para el gobierno de aquella Diócesis, que por ser Cardenal y asistir en Roma

de orden del Papa, no podía venir á su arzobispado. Holgóse mucho con ella, tanto por conocer eran principios para subir con brevedad á mayor puesto, cuanto porque con aquella ocasión saldría de Salamanca, donde estaba ya disgustado de haber malogrado tantos desvelos, disponiendo su viaje con muchas galas, pajes y acompañamiento, despidiéndose de toda la nobleza de la ciudad, y de las dos primas muy en público, juntamente con saludar á sus padres, que ya habían vuelto de sus ocupaciones, quedando las hermosas señoras pesarosas de su partida, según mostraron. Yo, que como uno de sus amigos, tuve noticia destos lances, me determiné ponerlos en estos borrones para ejemplo de otros que semejantes pudieran suceder.



LA MUERTE DEL AVARIENTO
y Guzmán de Juan de Dios.

NOVELA CUARTA

De varios sucesos que llegaron á mi noticia en el tiempo que asistí en la ciudad de Sevilla, que sería poco más de dos años, por ser casi todos asimilados á escritas y noveladas tragedias, no me determiné á poner en este libro más que los acaecidos con Valeriano, extranjero de nación, avariento de generosidad, si rico de dinero y caudal que lo valía. El cual era tan corto, mísero y poco gastador, que para encarecer su mezquinidad me bastará decir, que en la harto tasada olla que para su no excusado sustento mandaba cada día hacer á una gruñidora vieja que por ama tenía, quien

se ajustaba á sus miserables acciones, metía un muy pequeño pedazo de tocino, enebrado en un hilo, por el espacio de media hora, y cuando le parecía que ya había tomado el caldo algún gusto dél, lo hacía sacar y guardar, para que al otro día sirviese de lo mismo, y desta suerte, hasta que se puso cocido, al tirar de la cuerda se deshacía y quedaba dentro, que era la señal de no poder servir en otra olla. Y supuesto lo dicho, se conocerá cuán abatido traía su regalo, siendo idólatra de su copiosa hacienda, para cuyo destrozo le dió la fortuna un espurio hijo, habido en una mujer casada, que ausente su marido en los reinos del Perú, siendo él mancebo, lo había tenido en ella; y por quitarle de ajena servidumbre, para hacerlo á sus mañas, traídolo á su casa, adonde lo crió en voz de sobrino.

Llamábase Fernando de Guzmán, al cual hizo doctrinar en su niñez por la virtuosa enseñanza de los Padres de la Compañía. Creció Fernando, dejando los estudios, como dicen, á media tijera, y aunque el caduco logrero le había impuesto, por gastar menos, en traer medias de lana, vestidos de mala gerguilla, diciéndole, que más valía

subir poco á poco á la estimación y fijarse en ella, que no de golpe, y faltando el caudal caer luego; como echaba de ver á lo que tiraba, que era á lo ahorrativo, que ya se lo entendía todo, con lindo arte, haciendo con unos y otros sus conocidos mil mohatras, vendiéndoles muchas piezas de telas holandas y otras cosas que hecho un sutil caco, hurtaba del almacén, dándolas á menos precio, para adornarse de lucidas galas que se ponía, y ostentar con lascivas mujeres y amigos de su edad espléndidos banquetes que cada día ordenaban, con que al ordinario y corto de casa no procuraba enmienda. Y luego que con la edad fué entrando más en el conocimiento de la miseria y avaricia del viejo, sólo á fin de investigarle y darle ahogado mate, fingiendo con él grandísima humildad y diciéndole que la que conocía por madre le acariciaba y daba para lucirse de aquel modo. Por sólo afrentarlo convidaba á comer cada día á unos y otros paniaguados, á quien daba cuenta de su ficción, que llevados á casa lo sentía su tío en el alma, por haber de ocasionarse á añadir siquiera un ochavo de rábanos para postres, de que nunca era mayor piñata.

Y entre varios que en diferentes veces llevó á lo dicho, fué un gracioso joven, muy recíproco suyo, á quien llamaban don Tomás Bravo, y por otro nombre *Metegorras*, al cual instruyó en que le dijese á la avarienta senectud en el discurso de la conversación algunas razones que le obligasen á borrar de sí aquel corto estilo que en tratarse y alimentarse tenía. Y apenas hubo llegado el bueno del convidado á su presencia y saludádole, cuando trayendo por los cabellos el caso, melosamente y acariciando al extranjero con lisonjeras palabras, le aduló de modo que le obligó á enviar con la anciana cocinera por un cuarto de aceitunas, que fué como sacar fuego del mar, y á decirle que le pesaba mucho de no estar tan prevenido como era necesario para tal persona. A que le respondió el bien advertido y fisgador congregado, que no eran necesarios con él ningunos cumplimientos, pues por la amistad de su sobrino era tan de casa, que con un buen asado y unos sazonados pasteles, un gigotillo, un poco de estofado de ternera, una cazuela de buenas aves, unas albondiguillas y la cumplida olla, con dos ó tres tortas de dulces y sazo-

nados postres y buen vino que tendría, no era necesario otra cosa. Que oyendo Valeriano tal letanía de guisados, asustado, como si desembolsara su valor, le replicó que no variaba su gusto en tantas diferencias de comida, por no criar diferente humor en el cuerpo que le instimulase la salud, y que así no tenía más que la acostumbrada olla, la cual sacaron y comieron, dejándole hacer pocas bazas al desdentado viejo, bebiéndosele el vino con más priesa que era necesario. Hallándose Valeriano sin refrigerio para su atragantado gaznate, que rematando en las aceitunas sevillanas, por darse prisa á hacer otra entrada en ellas, se quedó con una mal machacada de sus encías, atravesada en la garganta, que le obligaba á hacer acciones de parasismos, con que dieron fin al convite.

De esta suerte se burlaba el bellacón de Fernando de su guardoso padre, mas no por eso mudaba de paso en nada, á quien cogiéndole todas las llaves de baules y arcas, puertas y escritorios, que juntas traía una tarde mientras dormía la siesta, que por descuido se las había dejado sobre un bufete, y Elena, que así se llamaba el ama,

no las alcanzó á ver; en un papel blanco con pluma y tinta á solas en su aposento, señaló el modo de las importantes, volviéndolas después al lugar donde las había hallado, y dando la escrita similitud á un cerrajero conocido suyo, le hizo otras que ajustaban famosamente á las seguras cerraduras; y de noche, con poco temor de su conciencia y menos rumor, haciéndose dueño de las encerradas bolsas de doblones, les daba crueles golpes é impiadosos socabones. Y tanto, que echando menos un día el tío en una grande arca de bolsas de reales de á ocho una de ellas, y no la que menos tenía, perdiendo el juicio por la falta de ella, deseoso de saber quién era el violentador de aquella urna que idolatraba y cargándola á su inquieto hijo, que bien quería, por no indiciarle y alborotarle sin saber con certidumbre la verdad.

Una noche, antes que el joven se recogiese á dormir, le dijo á su ama que tomase aquella llave que le daba, que era de la dicha arca, y luego que él se metiese en ella, que por ser capaz muy bien cabía, con los alivios que Fernando le había dado, y si su sobrino venido que fuese preguntase por él

respondiese que se había acostado indispuesto y que reposaba. Hízose como lo ordenó, y tendiéndose el bárbaro codicioso sobre los talegos que había, á riesgo de ahogarse con el calor de su misma respiración, en que no reparó su mal talento, llegó el inquieto mozo á casa con pérdida de quinientos escudos, que había jugado sobre su palabra, que como en otras ocasiones la había cumplido también á costa de los presos patacones, hijos de la avaricia, no faltó quien jugase á su crédito; y preguntando por su señor, le fué dada por la vieja la ya advertida respuesta, con que se halló muy contento, por considerar tendría mucho mejor lugar y ocasión de poder ejecutar el lance que deseaba. El cual, después que fué media noche, no quiso hacer en el arca de plata, por ser demasiado el peso de la cantidad de que necesitaba, sino en un cofre que estaba junto á ella con muy gruesa partida de doblones. Pues como el encerrado viejo oyó junto á él él ruido, conociendo el robo que se le hacía, estába indeterminable si daría voces ó sagazmente se estaría quedo, por no dar á entender á Fernando su mañoso desvelo; pero pudo tanto con él

su sentimiento y el demasiado dolor de su cosguilloso corazón, que con arte y fingida voz, pensando con ella asustarle y darle temor con que dejase la presa, dijo desde su encierro y prisión:

—No abras ese cofre, que importa á tu vida; ven á esta arca, que también hay aquí doblones.

Y aunque mudó el eco, sin embargo le conoció el sobreseguro agresor, y concibiendo de presto en el pensamiento quién estaba dentro del vecino y maderal nicho de acuñado metal, con astuta cautela le respondió:

—A mí me da la vida el licor que aquí está encerrado, y el oro que ahí tiene, guárdele v. m., señor Fantasma, para mañana en la noche, que á cada puerco le llega su Sanmartín; y para ahora, de aquí llevaré lo que hubiere de menester.

Y tomando el dinero que sacó, que antes fué más cantidad que menos de lo que debía, á toda prisa se fué á su aposento; y por lo que suceder podía, lo escondió, oyendo, que así como él se partió de la sala y sitio del hurto, dió voces el caduco á la prevenida criada, la cual fué de presto con luz, y

abriéndole, salió de la pecuniaria tumba medio ahogado, dando tremendos suspiros, aunque no publicaba de qué. Desde entonces, por haber conocido al ladrón de casa, mudó su dinero secretamente á diferentes partes, sin acelerar el ánimo del juvenil despejo que miraba, ni darle á entender que sospechaba nada dél, si bien lastimado su avariento corazón, quitándole la ocasión que había gozado de delante de los ojos y de las afiladas uñas, le procuraba halagosamente reducir á que se inclinase al trato y contrato en que él había adquirido aquella suma de ducados que tenía, considerando que hacía en una dos cosas, que eran sacarle de los vicios de la ociosidad, que no son pequeños; haciéndole dueño de caudal ganado por su mano, le estorbaría el atreverse á arrojarse, por verse falto dél, á hacerle otros arañales robos como los pasados.

Y habiendo Fernando llevado los doblones á quien los debía, oída la proposición de su tío, la aceptó, simulada y fingidamente, diciéndole que él no había de poner tienda pública sino en algún conveniente y ganancioso empleo, como hombre de lonja procurar el acrecentamiento que pudiese á

lo que se le entregase. Con que, juntos el codicioso y el tramposo, le dió liberalmente, cual nunca había andado, dos mil ducados de plata, con los cuales le dijo comenzase á obrar, y que siendo de más cantidad la compra que hiciese, necesitando de dinero para ella, se lo daría, y supliría, diciéndole no le entregaba más, por no verle ejercitado en aquel á que se conducía modo de vivir. Tomólos, y llevólos á un aposento del cuarto bajo de la casa, que se le dispuso, como á hombre de negocios, bastantemente aseado, desde donde, en lugar de llevarlos al multíplico, les fué gastando en sus ordinarios desvelos, juegos y entretenimientos, con que en espacio de dos meses quedó el nuevo mercader tan limpio de dineros, como un calvo está de espeso pelo; y descubiendo la flaqueza el celador Valeriano, se disgustó con él, con tanto sentimiento de su malbaratada plata, que riñendo desabridamente los dos, se salió Fernando de su compañía, que trocó por la de *Metegorras*, su amigo.

Ya dije que el día que su tío olvidó las llaves, tomando la señal de ellas en papel, hizo otras pasa usar sus alfarrachados lan-

ces, entre las cuales falseó las de las puertas, así de la calle como de algunos aposentos. Usaba de ordinario el lacerado viejo hacer que durmiese junto á sí, á un lado de su cama, la arrugada guisadora; porque como no tenía más compañía que á ella, le acudiese á servir en lo que menester hubiese, y porque muy continuo le dabán unos recios dolores de hijada, á cuya cura le acudía con el socorro necesario. Y como su distraído hijo no ignoraba todo esto, viéndose fuera de la gracia de su padre, y que había más de tres meses que no le comunicaba, ni poseía un real de que valerse para la continuación de las mocedades de que usaba, por haber perdido su crédito por haberle visto descompadrado dél, trazó, hablando á un grande amigo suyo, alguacil de los veinte de aquella ciudad, hacerle por su medio una burla de las que usaba, con que arrancarle algún pedazo de ahuchado dinero para los dos. Y así, una noche, estando atento detrás de la casa, en la parte donde caía el aposento en que dormía el cuitado Valeriano, le oyó que se quejaba de su achaque ordinario, y hallando ocasión de dar asiento á su guzmanada, llamando á toda

prisa al diligente ejecutor, abriéndoles las puertas con sus llaves falsas, y quedándose él en el zaguán, subieron dos corchetes con el que los ministraba, y viendo desde la primera sala la vela encendida, aunque ellos la llevaban en una secreta linternilla, caminando hacia donde estaba, entraron hasta la cama del anciano dolorido, á quien hallaron, que el esqueleto y talega de huesos, criada suya, estaba casi encima dél, aplicándole unos paños calientes y perfumados sobre la parte donde más el mal de que se aquejaba le afligía; y dando asustadamente con ellos, le dijo el instruído alguacil, que qué modo era aquel de vivir dos viejazos que estaban cada día esperando la mortaja, á que más cercanos los veía por sus años, si en todos no excusada que se vistiesen, y ambos con él fuesen á la cárcel, que tal orden tenía muchos días había, y de presente la traía de uno de los alcaldes del crimen de aquella audiencia, quien tenía noticia de aquel antiguo amancebamiento en que él los había cogido besándose sin estorbo de los dientes que ninguno los tenía, injuriándolos con otras razones oprobiosas.

Quedó espantado y sin sentido el concluído barbado, oyendo tales razones, y viendo aquella cabilosa gente junto á sí, habiendo dejado cerradas todas las puertas y ventanas de su casa, y con mayor admiración cuando se vió lleno de dolores, é imputado de lo que por no gastar medio real, cuando sus fuerzas no estuvieran tan flacas, había mucho tiempo que no usaba y dando gritos, tanto de sus dolores como de coraje, sin saber quién fuese el artífice de aquel desasosiego, le dijo al ministro se fuese con Dios y le dejase con sus trabajos, pues cuando no fuera falso el delito de que le hacía cargo, siendo su edad y la de su criada no convenientes á intentar tales cosas, sus grandes y continuas lacras lo impedían, quien había dado causa á haber hallado á Elena tan cerca dél, á quien culpaba de que se habría dejado por descuido abierta la puerta principal y las demás, diciéndole debía de estar borracha, pues veía delante de sí á los que por ella habían entrado. Pero el mañoso alguacil, como iba bien industriado de Fernando, quien sabía les escuchaba, le apretó en que se vistiese y no replicase más que por excusarlo, mascando acíbar entre

sus despobladas encías le ofrecía el tal doliente un par de reales y le parecía se alargaba mucho; pero riéndose de la oferta los presentes haciendo burla dél, porfiaron en que se levantase. Hízolo así Valeriano, entrapajado como estaba, y mandando á Elena tomar su manto, los bajaron ambos después de haber cerrado todas las puertas y dejándole á él las llaves para que no les acusase algún robo á llevarlos adonde tenían concertado los de la ficción. Y aunque uno de los corchetes, por hacer más bien el papel, se llegó por un lado y al oído, como á excusa de los demás, le dijo al estítico extranjero que por no verse en semejante lance un hombre tan honrado, de su edad y calidad, y en la presencia de un juez, donde le llevaban á padecer cuando no pena, mucha vergüenza, usase de su generosidad y no fuese corto en darle á su amo lo que justo fuese, que él haría le dejase en su casa, no le fué posible, porque estimaba más un real que toda cuanta reputación y honra había en el mundo.

Y ya que llegaban á ir fuera de casa, habiendo salido de ella Fernando, mediante su astucia, como que acaso por allí pasaba

haciéndose muy de nuevas en lo que veían, agregándose á la turbamulta preguntó la causa de aquélla, que le parecía prisión de su padre y criada, que siéndole dada con disimulo por el ministro, cual si no lo supiese se espantaba, haciéndose mil cruces, diciendo sería mentira que él, á no ser tan interesado lo defendería; pero que pues les oía los habían hallado juntos, y ellos no se disculpaban, le hacía grande fuerza á creerlos, más que aquella vieja hechicera, mala hembra, no podía hacer menos que ser parte en la afrenta de que los llevara delante del alcalde á que se debía atender en una persona de tantas partes, y estando él de por medio, mostrándose como afligido y penoso de lo visto; y así, sin más dilación, quitándose de debajo de la ropilla unas cuatro vueltas de cadena de oro que pesaba trescientos ducados, se las dió al alguacil, que para hacer aquel fingimiento se las había prestado, rogándole desistiese de aquella prisión y no dijese que tal había intentado, pues sería en toda Sevilla tan mal recibida y de descrédito para su señor, el cual con aquella falsedad podría quedar reputado de hombre liviano y más con un

montón de tierra sucio, como su ama, y que aunque fuera aquella cadena de diamantes, la daba por bien empleada, pues caía en manos de un hombre tan cortés y quedaría más agradecido de lo que imaginase.

Recibióla el alguacil, sin gastar más preámbulos, y se despidió. Y volviéndose adentro Fernando con los viejos, cerradas las puertas, se subieron arriba, adonde, como si hubiese sido verdadero el negocio le reprendía á Valeriano, advirtiéndole que ya sus años no estaban para tales divertimientos; además de excusar cualesquiera de la ofensa de Dios y recogerse á procurar con su aprisionada moneda hacer bien á pobres y huérfanos, pues llegada la muerte, le había de pedir cuenta Nuestro Señor de las buenas obras que podía haber hecho por su amor; y que para quitar aquella carnal ocasión de junto á sí, echase de su compañía aquella viejona, pues bien echaba de ver que de no haberse metido él de por medio en aquel negocio, pues su buena fortuna le había traído á tal tiempo, se había de ver oprobiosamente tratado en el juicio de una plena sala, adonde era forzoso, si le hubieran llevado, haberle de visitar con su

concubina, y que, qué parecería en un hombre de sus canas y honra hallarse en tal afrenta, porque él hubiera dado, cuando la cadena que cedió no bastase, hasta la camisa que traía vestida; y esto hablaba con tanto seso y arte, que parecía un orador muy prudente, sin que se pudiese sospechar lo malicioso y cauteloso de su disposición. A que le respondió, disculpándose en cuanto al delito, y que en lo demás que decía, ya tenía pensada una cristiana expedición, si bien con harto furor, amohinado contra quien le había levantado aquel testimonio; pero Fernando le rogó se quietase, y lo padeciese por Dios y viese cuán bueno era tener tales personas como él en su compañía, pues por su respeto se habían aventajado tantos disgustos y sería lo mismo, aunque fueran de mayor cantidad, con que disponiéndole la cama en su acostumbrado cuarto, se fueron todos á recoger, pasando más de una hora sin que Fernando admitiese el sueño, muerto de risa de considerar el buen pegado chasco, ya que no se le había podido dar, hurtándole algo de casa, pues tenía las lleves falsas para abrirla. Pero como ya dijimos, había mudado lo importante á la

custodia de otras diferentes, no había tenido ocasión de ello.

Y habiendo amanecido, oyendo el joven á su cuidadoso padre andar como solía, poniendo y quitando alhajas y trastos de una parte á otra con un nuevo modo de enmienda en sus vagabundas acciones, en calzón y jubón le salió á ayudar á limpiar y componer lo que vió él que era necesario, con que le agradó mucho, y le dió á pensar que sería bastante la necesidad que Fernando habría pasado fuera de su casa, quizá á reducirse á entender y ejercitarse en cualquiera ejercicio, sin alcanzar en el calumnioso modo con que lo hacía. Y acabando de vestir unos y otros, hablando el burlador mancebo al ya desenojado caduco, le dijo:

—Bien vió v. m. la acción que usé anoche con aquel ministro de justicia, dándole la cadena á título de redimirle y sacarle de aquel aprieto en que le hallé, lo cual hice con el celo de la conservación de ese venerable honor que tanto estimo, pues ya como más desengañado, conozco las obligaciones á que debo acudir, y con deseo como lo tengo propuesto de tratar verdad de aquí adelante, le suplico no haya sido

parte mi liberaleza á padecer en una rigorosa cárcel alguna molesta prisión por el valor de ella, pues le hago saber es de un grande amigo mío, que me la dió en confianza para empeñarla por mi orden y pagar una deuda que debía, y yo, viendo á vuestra merced enojado y excusarle el daño y descrédito que le podía venir, usando de cortés generosidad, se la entregué; y así le ruego no dé lugar á que yo caiga en tal trabajo, pues de no acudir á darle el valor de ella al ejecutor, para que él la pueda volver, y yo á su dueño satisfacerle, haciendo lo que me encargó como tengo obligación, será ocasión de quedar yo infamemente reputado y que juzguen que la he vendido y empleado su monto en los acostumbrados vicios que de mí saben, cosa á que vuestra merced por ser su sangre y causa propia en lo que la consumí, no debe dar lugar; que si me hallara con caudal para poder hacer esto, sin darle cuenta de ello, crea que mi advertido conocimiento en que yo he caído lo hiciera, trocando con mucha voluntad el quedarme destituído de remedio por excusarle este disgusto.

Quedó Valeriano, oyendo este soliloquio,

pasmado, porque todo lo que era pedirle aun seis maravedís, le causaba notable desvelo, y tanto, que reventando de sentimiento, daba gritos como un loco, diciéndole á Fernando que quién le había metido á él en hacerse tan magnífico á costa de bolsa ajena, y que no servía de más que de darle pesados disgustos, pues él hubiera compuesto la ejecución á que aspiraba el alguacil, con cuatro reales más de los dos que le había ofrecido, si él no le hubiera traído su mala suerte en aquella ocasión, haciendo muy de la majestuosa persona semejantes traiciones contra la idolatrada plata que con el enojo que tenía, no había reparado en la dáviva. Y oyendo el fingido mancebo este alboroto, callaba humilde y simuladamente, aunque decía que á lo hecho no había más remedio que mostrar valor, si bien él estaba muy pesaroso de haberle dado pena, con lo mismo que imaginó que más le agradaba; pero que su mala fortuna no daba lugar á que sus obras pareciesen buenas, y que así él se ausentaba de la ciudad para no ponerse á padecer los daños que por aquello le podrían venir, desterrándose de su patria, á trueque de que

él guardase su avariciable dinero. Con que el lastimado moátrero, gimiendo por la que ya juzgaba difunta cantidad, se la entregó con mil maldiciones, diciendo que si él fuera á dar cuenta á un juez superior, no se hicieran con él aquellas bellaquerías; pero que lo excusaba por no aventurar ni su reputación ni la del ministro; quien podría ser le fuese causa de mayores daños si tal hacía. Tomóla Guzmán, y en breve tiempo la partió con el ejecutor, contándole graciosamente las cosas que había dicho su tío, desposeyéndole de ella, quedando Valeriano dando mil nueva trazas, para hacer alguna crecida logrería para suplir aquel que decía había sido hurto á letra vista.

No se descuidaba Fernando de darle pesadumbres á su anciano padre, antes se las procuraba por diferentes y no usados medios, á título de acortarle los pocos días de vida, que su senectud prometía, por entrar de hoz y de coz, á gozar de toda la recogida pella, con nombre de su hijo natural, de que ya había hecho artificiosamente una falsa información, para echarse sobre todo, luego que como dicen, cerrase el ojo, suponiendo en ella ser su madre una criada de

la que le había parido, habiéndole habido en ella quitándole su honestidad.

Y así, luego que se volvió á agregar á su compañía, trató un día de sacarle á holgar á una heredad de campo cerca de la ciudad, que era de un conocido suyo, quien le dijo le había dado licencia para hacerlo, proponiéndole al avaro extranjero desear divertirle de sus muchos y cansados negocios, que juzgaba le damnificaban la salud, dándole á entender como hacía el gasto de aquel festejo, otro su conocido por el cumplimiento de sus florecidos años, quien le había convidado y pedídole le llevase á él al convite. Siendo así que el bellaconazo lo costeaba todo, sólo á fin de efectuar sus pensadas burlas, si no sucedía como imaginaba en la salida, teniendo avisados á los de la confederación, que si á las seis de la mañana no estaba allá con ellos, no les esperasen. Y aunque el viejo le replicó, por no dejar á Elena en casa, le sedujo Fernando á que madrugarían y volverían temprano á ella, pues ya le tenía buscada una buena cabalgadura en que fuese, muy mansa y de lindo y asentado paso. Conque viendo Valeriano el ruego, y que sólo aventuraba en

aquella ida el gastar algo más sus encías, comiendo de mogollón, pues los dientes y muelas ya habían pasado su carrera, dijo se prevendría para el domingo siguiente, que era cuando su hijo decía habían de hacer el alegre viaje.

En el ínterin que se llegó la hora de la aplazada fiesta, se fué Guzmán al mesón que llaman del «Blanquillo,» que está en el barrio del «Candilejo», donde sabía se aposentaba de ordinario un mozo de mulas conocido, llamado *Animacolorada*, al cual, contándole la buena obra que á su padre le quería hacer, le rogó le diese la caballería que de más malas mañas y resabios tuviese, y aderezada con una silla y guarniciones que él le daría, para el domingo que se seguía se la llevase muy de mañana á casa del engañado viejo, diciendo que don Juan, su señor, la enviaba, pues con esto pensaba acabar de una vez con él, para salir de duelos en lo temporal, sin reparar en el delito que cometía contra Dios, ni rigoroso castigo que suele dar á quien no pone enmienda en sus pecados, entrando mediante la buena diligencia del cosquilloso y moino animal, del que ya juzgaba difunto de

algún buen porrazo que le diese. Aprendió el mozo, más bellaco que bobo, la instrucción que se le dió, cogiendo un doblón por pago, y con tanta atención estuvo, que llegada la hora señalada, fué á casa del avariento extranjero con una aderezada y peinada mulita, tan compuesta y aseada, que parecía una oveja mansa, y dándole á Fernando el supuesto recado, al punto trató de que se pusiesen á caballo, tomando él uno harto brioso que á la puerta tenía, haciendo subir al desanimado viejo á la maliciosa galiciana, ayudándole á ella *Animacolorada*, á quien como á su dueño conocía el receloso animal, y de quien se dejaba sujetar, y no de otra persona, si no era con mucha dificultad, menos que yendo en mucha tropa de cavalgaduras. Y apenas hubo aderezado en la silla á Valeriano, cuando de intento se desvió de junto á él, y á toda prisa se encubrió, transponiendo la esquina de la primera calle, y conociendo la mula el liviano costal de huesos, que tenía á cuestas y mala sujección de freno que se le ponía, cuando empezó á faltar de pies y manos, dando tan temerarios corcobos, bufidos y vueltas, que traía al pobre viejo bailando

sobre los lomos, dando dos mil gritos á su hijo, que de astuto intento se había dejado ir á buen paso con su caballo, á título de que guiaba. Y como era la salida luego que amaneció, no había en toda la calle persona que le favoreciese, de manera, que asido de la silla y clines, tendido como un atún sobre el arzón, se dejó ir á donde la coceadora irracional le llevó, que á toda carrera partió al mesón de donde la habían sacado y tenía sus compañeras, y al entrar de la puerta, atajándola el mozo de paja y cebada, levantando las ancas, por quitar el estorbo que se le oponía, dió un brinco tan alto, que despidiendo la carga le hizo medir el suelo con cabeza y pies al arrepentido caminante. Y viendo la gente de casa aquel anciano, espectáculo tan mal tratado, decían que había andado muy mal el mozo de mulas en dar aquel endemoniado animal á persona de tanta edad. Y ya que cargaban al bueno de Valeriano, para llevarlo á una cama, llegó Fernando á toda prisa, haciendo muy del sentido, diciendo que semejante engaño pedía un cruel castigo, dándole á entender á su padre y á los demás que allí estaban, haberle engañado á él quien le

prestó la cabalgadura, pues le había dicho que era suya y no de alquiler y tan mala, disculpando al mozo dueño de ella, que como se veía habría sido mandado de don Juan, quien á él se la prometió, por no darle la en que de ordinario andaba. Y no dilatando el remedio que pedía el daño y tormento recibido de su tío, desistiendo con aquella droga de la ida al campo, y más por cumplimiento que ni amor ni pena, le hizo llevar en una silla de manos que buscó á su casa, á donde fué en vía recta, llevando un médico y un cirujano que le viesen é hiciese sangrar, como se ejecutó así, viéndole lleno de cardenales, y no de Roma.

Mas Fernando lo hacía con fin de enfriarle las venas y dar con él segunda vez á donde la mula; de suerte, que en tres ó cuatro días que le duró el molimiento de los acabriolados corcobos estuvo muy al cabo de la vida, y más con la ayuda de costa de los físicos, que por voto de Guzmán dieron en sangrarle muchas veces, por haberle oído á él había más de treinta años que no se le había roto vena de su cuerpo. Pero sin embargo del buen deseo de su hijo, mejoró poco á poco, teniendo en el ín-

ter que cobró bastantes fuerzas á Fernando en la inteligencia y manejo de sus fraudalosos cambios, mostrándose en ello para con el dolorido convaleciente muy fiel, puntual, de donde como, á quien andaba entre la miel, sacó pegados no pequeña cantidad de reales de á ocho, que después desperdició en pocos días, con cuya burla ocasionó á los chulos de la ciudad á que cantasen públicamente estos versos:

Salió la misma avaricia
una mañana en disanto
en una mula mohína,
á dar langosta á los campos.
Y conociendo la peste,
quién le llevaba cargado,
que hay bestias que huelen luego
el hedor de algún contagio,
bailando como Arlequín,
sobre maromas de esparto,
al señor amo traía
sobre la silla danzando.
Tomó las de Villadiego,
que muchos las han calzado,
y en lugar de obedecerle
quiso quebrarle los brazos.
A la puerta del mesón,
que es su aposento ordinario,
le dijo aquello de *interra*,
mas no paz, pues fué rodando.

Entre los pies le traía
al mísero Valeriano,
sin que allí le aprovechasen
plata, ni bolsa de cuartos.
Acuérdate que eres tierra,
le dijo huyendo y bufando,
y en la frente se la puso
el golpe de un gran guijarro.
Acudió la mesonera,
compasiva de aquel caso,
y en pie le puso, que algunas
á ratos hacen milagros.
A su casa le conducen
en una silla de mano,
y de seguidillas muere,
que el hijo le está cantando.
Que hacienda que no aprovecha
de servir á Dios ni al diablo,
si no se vuelve carbones,
será una cosa de espanto.

Ya estaba medianamente opinado Fernando con su padre por haberle visto tan compadecido de su achaque, pues fingía querer llamar á desafío á quien decía haberle dado tan maliciosa mula, engañando al viejo, el cual se afligió notablemente y le rogó que dejase aquel intento, que él daba por muy bien pasados los golpes, coces y manotadas de la bestia, á trueque de que

no se aventurase á perder la vida en el aplazo, proponiéndole serían para él duplicadas desdichas, si bien lo hacía temiéndose de que si era verdad el caso, como creía, matando Fernando al don Juan que había dicho que era dueño de ella, le había de costar su dinero, que sentiría harto; y si él quedaba en la estacada, le causaría no pequeña pena, aunque no sé si tan grande como la contraria, que oyéndole Guzmán pedirle lo mismo que él había de procurar fingir por algún camino, le dijo cesaba sólo por darle gusto, aunque pensado había armarle està burlesca zancadilla, si no se le estorbara, con que sacarle un par de bien embutidos talegos. Mas ya que no pudo por aquel medio, no contentándose con lo que le rapaba en lo que le vendía y siendo sucesor, entrar á ser dueño de todo, la ejecutó en la forma que se dirá.

Sabía el bellacón de Fernando cómo Valeriano tenía un hermano en el ducado de Borgoña, de donde era natural, el cual había que no se comunicaba con él más de veinte años, á causa de haber estado en varias y dilatadas provincias, donde no tenía seguridad de tiempo para entablar continua

correspondencia con él, si bien guardaba algunas antiguas cartas suyas entre muchos papeles, que los dos habían manejado, de donde con linda maña contrahizo la firma en una que escribió falsa, y la llevó y echó por una rejuela en la sala que el correo mayor de la ciudad tenía, donde recibía y daba las que llevaban y traían sus diligentes postillones, sobrescrita para Valeriano; y hallada que fué por el oficial del despacho, la puso entre las demás del número de Gibraltar, que era el día en que había llegado aquella posta, imaginando que al sacar las demás de la valija se había caído en el suelo, y viéndola entre las otras en el usado cartel, que llegó á mirar el engañado viejo, que buscaba las que le venían de sus correspondientes, la tomó, y abierto que la hubo, se le fué á los ojos la asimilada firma de su hermano, y sobre tantos años que no había sabido dél, se alegró sumamente, y dando de mano á muchas que tocante á sus cambios había recibido, leyó la fingida, si dél creída por verdadera misiva, que comenzaba como se sigue:

«Hermano y señor mío: Porque no pide la prisa y riesgo en que me hallo dilación,

no me alargo en ésta más que á dar cuenta á v. m., cómo desde la provincial de Sicilia y Puerto de Mecina, sin intención ni registro para tomar éste, me ha traído el tiempo y la fortuna á él, donde habiendo escapado del naufragio, cuando no procuraba salvar más que la vida, fué Dios servido que no perdiese mi caudal, que serán hasta cincuenta mil ducados en mercaderías, tan corrientes como poco voluminosas, para cuyo cobro necesito que nos veamos con brevedad, y porque quedo con un fatigado achaque, de que no quería dar cuenta por la pena que sé recibirá, mas considerando tendré mejora de bienes y salud sólo con el gozo de nuestra comunicación, por prometérmela temprana, si dilatada á mis deseos, no hiperbolizo ni canso. Salud, etc. Gibraltar, dieciocho de Mayo.—*Guillermo Batisbida.*»

Y luego que dió fin á la falsa firmada, le saltaba el codicioso corazón de placer, no por ver á su hermano, de quien no ponía duda que era, sino por entrar de hecho al manejo de aquel número de ducados que refería, y hacer con ellos veinte montas mayores de marca cada hora; y ya se consideraba,

con lo que él tenía, pobre y desacaudalado, anhelando con ansia agarrar lo que pensó verdadero. Y así, que muy al disimulo, se le puso delante Fernando, le dió parte de todo con grandísima alegría, diciendo no adquirirla por otra cosa, más que á él le quedase con qué sustentar el honroso pundonor en que su natural le había puesto, juzgándose dueño de lo que, cuando fuera verdadero, era ajeno; á que Guzmán le respondió que lo estimaba como debía, y más por conocer á su tío, de quien tantas veces le había oído referir sucesos varios, tratando de que no se dilatase el viaje, que era lo que á él le importaba.

Y aunque se halló Valeriano embarazado con haber de dejar su casa y almacén sin la guarda conveniente, cosa que le entibiaba su placer, dieron orden de variar las mercaderías dél; y por no dejar en confianza á nadie, venderlo todo, si hubiere quien lo pagase de contado, ó aunque fuese la mitad al fiado; como en dos ó en tres días, por solicitud y disposición del mañoso hijo, se hizo y entregó á Fabricio Tabares, un rico portugués, quien se obligó, después de pagado lo que de presente pudo, por el resto

que quedaba, á que lo daría á Fernando dentro de un año, de que le otorgó escritura. Hízolo así el civil avaro, por haber visto en él las simuladas y dél ignoradas muestras de recogimiento, queriendo por aquel camino, haciendo de ladrón fiel, asegurarle y darle á entender eran principios de lo que deseaba, acreditarle con que se saboreaba el gastador mancebo. Y de esta suerte efectuado, quedó la despoblada casa con sólo el anciano fuste y malas ordinarias alhajas que tenía, reduciendo toda la plata y joyas, que estaban sepultadas por mano de Valeriano, á estimados doblones, por moneda de menos bulto y embarazo, y porque con ellos llevaba pretensión, yendo á puerto de tantas ocasiones, si acaso la hallaba á su propósito, arrojarse á hacer un grueso empleo con que acrecentar seis ú ocho mil ducados, á más de cuarenta mil, que eran los que en nueve talegos que encerró en una fuerte, sino moderada arca de incorruptible cedro, donde pensó que iban bastantemente seguros; y de este modo dispuesto, cargando el cuidado de aquella que quedaba desierta morada, á la antigua sierva, una tarde se embarcaron en el río Gua-

dalquivir, en una fletada y bien dispuesta falúa, y en menos de veinticuatro horas, se pusieron en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, á donde, procurando pasaje para Gibraltar, hallaron un barco luengo capaz, y famosamente aderezado, que iba de allí á cuatro días á aquel puerto, á cargar de diferentes mercaderes cantidad de hacienda.

En éstos, pues, ordenó Fernando que á la posada donde se habían aposentado, como que iban á visitarle á él, fingiendo conocimiento antiguo, fuesen dos maestros, uno de carpintero y otro de cerrajero, y con atención viesen la velada arca, aunque estuviese allí su padre, que un punto no se desviaba de junto á ella, y á toda prisa hiciesen otra de su mismo tamaño, chapeada como estaba, y de suerte que de la vista á la que habían de hacer no hubiese diferencia, prometiendo pagarles la apresurada diligencia, trabajo y secreto que les encargó guardasen, diciéndole al cerrajero que en cuanto á las guardas y tamaño de la llave fuesen las que pedía una que él le dió, que fué de las que antiguamente había falseado, para que haciendo la de su padre á la nuevamente forjada arca, dudase la cau-

sa del suceso que le parecía. Y con esta instrucción, dentro de dos días la tenían los bien pagados artífices hecha, tan asimilada en tamaño, madera, labor y color, que no había diferencia de una á otra; y sin más dilación, llenándola parte de trapos viejos y pedazos de pesada madera, carbones y tierra, de suerte que no excediese al peso de la otra, poniéndole sobre todo ello un atemorizador epitafio, la cerraron y dejaron cual los cofres del Cid, en casa del herrero, hasta la hora que conviniese su movimiento.

Descubrióse Fernando al arráez del barco, diciéndole que por haberle hallado persona de capacidad y secreto, le fiaba el suyo, contándole el deseo de quitarle el oro, trocándole la caja al guardoso viejo, tenía pidiéndole favor y ayuda para ello; prometiendo pagar espléndidamente, y que facilitándolo él, no tenía que tener escrúpulo de ello, pues por ser su padre y sin otro heredero interesado, bien podía arrojarse á hacerle aquel tiro; que todo, al cabo de sus días, había de ser suyo, y sólo se adelantaba á quitárselo por verle tan mezquino, y que le acudía con lo necesario para sus gas-

tos y otras tramoyas, como formadas de su fraudulo so y sutil ingenio. Y viendo el maestro de la hija de Neptuno su proposición, asentaron que el día y hora que se hubiesen de partir, enviase la suya á bordo del barco, la cual escondería de manera que no se viese; y luego, á la primera noche de la navegación, dormido que fuese Valeriano y marineros, entre los dos con linda maña se la quitarían de junto á los pies del cadelecho, donde decía que la había de llevar, y le pondrían en su lugar la sin provecho, dándole por memoria á Fernando que en Gibraltar, llegados que fuesen, la había de entregar en una casa que le señaló, donde acudir por ella pudiese cuando quisiese, sin que le faltase un clavo de todo, con que quedó contento el mancebo. Quien sin otra dilación, envió la arca que él mandó hacer, recibiéndola el barquero y poniéndola donde ordenado tenían.

A la siguiente mañana trató de partirse, disponiéndose Guzmán y su padre, con bueno y sobrado matalotaje, como cosa que él había comprado para regalarse, y al ir refrescando la tarde los recibió el asalitrado cristal en sus hombros; fueron navegan-

do con favorable galermo toda aquella noche, en la cual usaron el arráez y Fernando, de su conferido arbitrio y al ir sacando el arca de los doblones y á ponerle la de las inmundicias, pareció que entre sueños decía Valeriano: «Llévenlo, que como se ganó se va.» Ellos, entendiendo que los había oído, respondieron: «No lo llevamos, sino lo mudamos hacia la proa por igualar el peso al barco; ¿quiere v. m. que lo hagamos?» Y como no respondió más, aunque prosiguieron en quitarla y poner la otra, se llegó Guzmán á él y le tocó, y como vió que dormía y había hablado soñando y no á ellos, aunque á propósito en el delito que ambos cometían, se aseguraron del temor que habían cobrado de ello. Dieron fin con brevedad á su navegación, llegando á Gibraltar y tomando posada, si bien al archivo del oro se la dió el arráez y piloto en la parte que habían conferido. Y deseando Valeriano saber dónde se aposentaba Guillermo, su hermano, el cual tenía y creía, como hemos dicho que le llamaba, preguntándole al huésped de casa si sabía de unos mercaderes que derrotados pocos días había, habían llegado allí desde Mesina, le

dijo como aquella naveta se había vuelto á hacer á la mar el día antes á causa de haber tenido los interesados en ella una muy gran discordia con el Corregidor, y estado á riesgo de haberles dado por perdido todo lo que traían, imaginando el informador mesonero que otra, á quien le había sucedido lo que contaba, era la que porque le preguntaba, de que Valeriano recibió grande pesar, por entender haber perdido algún gran pillaje; y aunque muy dolorido de ello, creyó esta nueva por ser mala, si bien Fernando se holgó mucho por venirle aquello á su propósito para encubrir su traza dada, cuando dél algo se sospechase. Y saliendo otro día de casa se informaron mucho mejor de algunos hombres ricos mercaderes á quienes se dió á conocer, diciéndoles á qué había ido, y le respondieron lo mismo que su huésped, aunque no le diera relación del conocimiento de su hermano, porque dijeron que no habían estado los cargadores del navío en la ciudad más que dos días.

Sintiólo mucho el desvanecido extranjero; y su bastardo hijo también mostraba sus ceremonias de disgusto, diciendo que lo causaba el ver así á su padre, con que el an-

sioso Valeriano aún tenía necesidad de consolarle. Y queriendo volver á Sevilla, trazaron de no hacerlo sin emplear el caudal que llevaron en algunos géneros que de extraños reinos había en aquel puesto para restaurar los gastos del viaje, y menos valor de la hacienda que habían vendido, y á todo callaba Fernando, el cual se reía de las proposiciones de su padre, quien, en breve espacio, efectuó hasta cuarenta mil ducados de plata, comprando cosas ricas y varias, de que juzgó sacaría una gruesa ganancia; y dejando en casa de sus dueños la hacienda apartada, hasta remitir á cada cual lo que se debiese en los bien bruñidos doblones que pensó tenía en la posada; yendo á ella y abriendo la trocada arca, halló sobre las sucias y referidas inmundicias un pedazo de bayeta negro con una calavera de papel blanco, curiosamente cortada y cosida con dos huesos hecho de lo mismo en forma de cruz, y todo como Fernando lo había puesto, y unos versos que decían:

Luego que de aquella caja
se convirtió su metal
en este civil caudal,
se vistió aquesta mortaja.

Tu codicia aquí se ataja,
Valeriano, pues se queda
mal comida y sin moneda,
la avaricia la ha causado,
y así en su mismo pecado
pobre y castigado queda.

Falto de razones se halló el confuso viejo, y tanto, que cayéndose de su estado, dió un gran golpe desmayado en la tierra, á que Guzmán acudió con fingidas lágrimas, dando voces á la gente de la posada, que subió arriba; y sabiendo lo pasado, y viendo atemorizado y lastimado al cauteloso mozo, se maravillaban del caso y mimándole, como si lo hubiera menester, hizo que volvía en sí y Valeriano con temerarios suspiros decía:

—¡Ay, hacienda mía, y cuánto os había yo guardado!

Y ayudábale Fernando con otros clamores al mismo tono, haciéndose dél muy compadecido, diciendo:

—Yo soy quien pierdo todo esto.

Y conociendo los presentes que más convenía se acordase su padre del alma, que no que imaginativo en su pérdida se enajenase del juicio con el pesar de ella, llevado

de la aprensión de aquella falta, en que el demonio ayudaría su parte para apoderarse dél, le comenzaron á exhortar en que no se acordase de los bienes temporales de esta vida, pues eran perecederos y sin provecho y más cuando no se usara bien de ellos, sino que sosegado su espíritu, puesto en la verdadera riqueza, que es Dios, le pidiese buena muerte y conocimiento con dolor de sus pecados, y haciendo á su hijo que le desnudase, se halló arrepentido de haber hecho aquel robo, viendo el espectáculo de su padre, que no entendió sucediese tal, si bien por no afrentarse no quiso volver el dinero, aunque pudo. Y llevando á la cama al viejo le miró quieto un rato, no tardando de saberse en toda la ciudad aquel caso de que echaban unos y otros varios juicios sabida la vida del enfermo extranjero.

Llegó también á noticia de los mercaderes que le habían vendido la cantidad que se oyó con que se hallaron desistidos del efecto del trato; y también lo supieron algunos religiosos, que en un instante llegaron á la posada de Valeriano, á quien hallaron fatigadísimo y sólo con su hijo, y causador de su daño que le acompañaba; y

viéndole que todo era suspirar por su dinero, los virtuosos varones le amonestaron se divertiese de aquel pensamiento é hicieron que con uno de ellos se confesase con mucho dolor de sus culpas, y que diese grandes gracias á nuestro Señor por todo lo que le había sucedido, como lo hizo con muestras de un verdadero arrepentimiento. Y luego al punto, habiendo sido visitado de un docto médico, quien dijo que la fiebre de aquel repentis á achaque le habría accidentado y maltratado el corazón, y que le sentía muy falto de pulsos y ordenó que le diesen los Santos Sacramentos, como sin dilación se ejecutó é hizo su testamento, dejando por heredero de los pocos bienes que pensó le habían quedado, á Fernando, y luego aquella noche murió.

Con que el travieso mancebo, haciendo excesos de público sentimiento, con muestras de mucho amor, le hizo un grandioso entierro y decir muchas misas por el alma de su difunto padre, para quedar acreditado viéndole tan compasivo y pesaroso.

De allí á cuatro días trató de volverse á Sevilla, habiendo pagado todos los gastos hechos con el valor de unas vueltas de ca-

dena que de ordinario traía el viejo debajo de la ropilla. Y hablando con el patrón del barco, le dió nueva de aquel caso y le aseguró, más él que no tenía que formar excrúpulo en lo del arca, pues ya como á hijo heredero le competía, si bien había muerto el dueño de ella con la ayuda de costa del susto que se le dió. Y sabiendo que aquella tarde se habían de partir, asentado que sin embargo se metiese el arca con todo secreto, para conducir la riqueza de ella á su poder sin temor de persona alguna que se lo estorbase, no reparando en el de Dios, que justamente juzga las obras de los mortales. Y así, aquella noche dieron la gruesa lona al viento; y apenas habían entrado una legua á la mar, cuando les vino impensadamente una furiosa tempestad que los tuvo anegados, clamando á Dios y á sus gloriosos santos, por el favor y misericordia que con los pecadores usa, ofreciendo unos y otros enmiendas de sus vidas, misas y visitas de milagrosos santuarios, con que fué Dios servido; se aplacó la tormenta y castigo que les amenazaba. Y habiendo amanecido, se hallaron más de veinte leguas la mar afuera para donde habían puesto la

proa la noche antes, aunque con poca vela, por no dar á la costa, donde se harían pedazos; y viéndose desvalidos, porque cuanto había en el barco habían echado á la mar, y el arca de la riqueza, pues el arráez decía que ella era la causa (como otro Jonás) de su trabajo, muy enojado con Fernando, porque le habían metido en ello, á donde dieron con dos galeotas de moros corsarios que embistieron con ellos; con poca fuerza los cautivaron á todos y llevaron á la ciudad de Argel, á tan buen tiempo que estaba un religioso de la Orden de la Merced tratando del rescate de muchos; y procurando Fernando verle, por saber había ido á consolar los cristianos presos, que luego corrió la voz del pillaje, le dijo cómo tenía en España cantidad de hacienda con que poder pagar lo que por él diese, y le ofrecía añadir algo más para ayuda de aquella limosna, rogándole con grandísimas muestras de aflicción procurase sacarle entre los demás rescatados, haciendo que los demás compañeros también se lo pidiesen, y particularmente el patrón del barco, el cual le dijo al Padre Redentor cómo era hombre poderoso Fernando, y que le

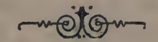
había prometido á él enviarle, luego que volviese á Sevilla, lo que costase el sacarle de allí, por haber conocido tener tanta culpa en aquella desgracia á todos sucedida. Conque el compadecido conventual trató luego con el amo de Guzmán, que ya estaban él y todos los demás repartidos del precio de su libertad, y dándole trescientos ducados de plata, quedó en su compañía libre, y los demás, por falta de dinero, aprisionados y puestos en público pregón; y volviendo á asegurar Fernando á su arráez que no se descuidaría de enviar por él, de allí á dos días se embarcó en compañía del religioso con todos los redimidos, si bien él fuera del número de la limosna como tratado habían. Llegaron á Orán, y de allí á Sevilla, donde habiendo ido el mancebo á la casa de su difunto padre, se apoderó de ella como de cosa suya, si bien se lo procuró desistir Elena, que ya había sabido la muerte y suceso de su amo, diciendo que aquella posesión la había comprado su señor con dinero que ella le había dado á guardar recien venido de su patria muy pobre; y como Guzmán no enseñaba los papeles y testamento que había sacado en Gi-

braltar, por haberle perdido con lo demás en el naufragio, hacía piernas la embelecadora vieja; pero con el primer correo escribió Fernando al mesonero donde había muerto su padre, á quien había dejado bien pagado, y dándole cuenta de sus trabajos, le envió otro traslado del testamento del difunto avariento, con que se frustó el intento de la engañosa Celestina, que pretendía por aquel camino tomar venganza de la mala tercería que el mozo le había hecho en el lance del amancebamiento. Y vendiendo Fernando la escritura de obligación, que el portugués le había otorgado de las mercaderías cuando fueron á Gibraltar, le dieron aquella cantidad, si bien con alguna pérdida por haber de esperar el que la tomó á que se cumpliese el plazo. Remitió Fernando al Padre Redentor la cantidad de su rescate y mil reales más de limosna, cumpliendo su palabra; y con lo que le quedó, sin acordarse de la dada al patrón del barco, volvió á continuar sus malos vicios y gastos, como si no hubiera visto el rostro airado de la fortuna y el pago que el mundo ofrece, sin temor de la ofensa de Dios, cuando en menos de dos meses jugó y gas-

tó todo su caudal y sólo quedaba la lóbrega casa, desierta de toda compostura, y puesta en almoneda. Y el desdichado patrón metido en una mazmorra, después de haber perdido su barco y hacienda, sin tener razón de su libertad, que hubiera intentado por otros medios, si Fernando no se lo hubiera prometido, aunque le había escrito dos ó tres cartas que había recibido encaminadas por Orán, no había hecho caso de ellas, de manera, que considerando el trabajado cautivo que no le respondía, ni hacía caso dél, escribió á un grande amigo suyo lo que pasaba, para que le disculpase con los dueños de la hacienda que había cargado, y cómo aquel mal hombre, después de haber sido causa del daño de tantas personas, pues él no lo atribuía á otra cosa, no había cumplido con la palabra que le había dado de enviarle para su rescate, pidiéndole se viese con él y le hablase sobre aquel caso. Ejecutóse así, y sacado Guzmán al campo por el conocido del patrón, le fué pedida la causa de aquel descuido que se le escribía; pero Fernando, que se hallaba como aburrido de verse cada día con malos sucesos, le respondió tan

agriamente y con tanta cólera, que obligando al contrayente que delante tenía á sacar espada, y él la suya, recibió dos estocadas que le dió el contrario, y llevado á su casa por la gente que acudió, no se pudo averiguar quién se las había dado, por haberse ahuyentado con priesa el agresor, ni él querer por su propio honor decirlo, por no sacar á luz las tramoyas pasadas, aunque estuvo muy apretado de las heridas. Mejoró un poco, y haciendo venir allí á su amigo don Tomás, que ya era sacerdote, abrevió en la venta de las casas, como se hizo en cantidad de cuatro mil ducados y de ellos remitió el rescate del arráez, que fueron doscientos ochenta en plata, por orden del mismo Padre Redentor que á él le había traído, como quien sabía en la parte que estaba, y dos mil gastó en misas y sufragios por su alma y la de su padre y doscientos le dió á la antigua criada, y con lo demás que le quedó, después de hechas algunas pequeñas restituciones que debía, se fué á la casa y hospital de San Juan de Dios, de Granada, donde tomó el hábito de hermano lego, y haciendo harto penitente vida, sirviendo á Nuestro Señor en el ejer-

cicio de la caridad y cuidado de curar á los pobres que allí llevaban y pedir con mucho afecto y amor limosna para ellos, se halló gustoso, reconociendo los peligros en que por sus pecados se había visto, dando infinitas gracias á Dios de que le hubiese abierto los ojos y dado tanta luz del conocimiento de sus yerros.





PAGAR CON LA MISMA PRENDA

NOVELA QUINTA

Tiene la siempre católica y leal España en la agradable y hermosa vecindad del despeñado Genil, la noble ciudad de Granada, á quien sirve de capitel y adorno la Sierra Nevada, de donde se desatan diluvios de bruñido cristal á enriquecer y animar las agostadas flores, que observan ostentariosos los alverinos cármenes ó jardines de su su deleitosa ribera, donde viven los jaspeados claveles, variedad de alelíes, mosquetas y jazmines, fiados en la liberalidad de sus corrientes, que los vivifica y acrecienta, formando toldos, unidos con las tejidas parras, generalmente en todos, para que á costa de sus verdores, de quien el estío aún no

se atreve á despojarlas, tenga quien es causa de su alimento, apacible descanso y florido recreo debajo de aquel dosel que forma de odoríferas é interpoladas rosas, matizadas del primaveral aseo, que viste de esperanza al más vegetativo y yerto tronco.

En uno de estos aplaudidos pensiles, llamado Miragenil, puso la buena elección de Ginés Carrillo Cerón, Escribano de Cámara de la Cancillería de aquella ciudad, parte si no de su cuidado, de su natural inclinación, haciendo obrar en él, después de muchos y diferentes cuadros, estancia de las flores, abundancia de bien dispuestos claustros, cenadores y fuentes hermoseadas de gentiles historias, empizarradas y esculpidas de artífices que ni las ignoraban ni dejaron de sobrarle materiales para su cumplido aseo; quedando por lo llegado á perfecto, pomposo y autorizado, y por lo del gusto y voluntad de su dueño, con gallardía vistoso, pues lo cede sin preámbulos, á quien por desechar molestas tristezas, ajeno denota, quiere esparcirse en él.

Para éste, pues, había citado cortesano secretario, por festejarle en él, á un grande amigo suyo, natural de Jaén, quien estaba

en aquella ciudad, más había de un año en el litigio y pretensión de un lucido mayorazgo, de que le había desposeído la justicia ordinaria de la suya, sin tenerla la contraria parte. Y por haber conocido dilación en su pleito, sino como otro dudoso, había traído para alivio de su cansada solicitud á su mujer y alguna de la gente del servicio de la casa y una hermosa hija llamada doña Ana, que el cielo única le había dado, tanto en serlo, como en las particulares gracias de su belleza y discreta inteligencia, pues sin encarecimiento, no admitía en ella simil, y tan modesta, que excusaba el preciarse de que no le tenía esmalte, que añadía créditos á sus muchas y estimables partes.

Y estando en el referido caos de aromas los agradecidos convidados, después de haberse sosegado de algún pequeño cansancio que de ir él con los golpes del coche había recibido, fueron entrando en compañía del legislador de aquella provincia de retamas murtas, y violetas, á visitar la admirable y florida multitud.

Señoreando la vista, tanto en ella como en la dilatada que tenía desde su bien elec-

to paraje, y dudando cuál de los cuadros supeditaba al otro, viéndolos á todos que conformes le agradaban, con artificiosos lazos y arrebolados laberintos de colores, tan bien obrados, que hacía un bordado cañamazo de naturales y vivos matices. Y corriendo los espaciosos descansos y cenadores, se maravillaron de la curiosidad y amoldada disposición de su noble huésped, viendo los tachonados de ajedrezadas y diamantinas guijas negras, blancas y coloradas; formando con su expedición diferentes y animados retratos del fabuloso Ovidio, que en todo les sobraba arte y sólo carecían de la vital respiración, que tanta era la viveza con que estaban airosamente impresos en los lienzos, que en forma de vallas dividían diferentes y separados pasadizos, siendo tantos y tan varios, que si los había causado admiración la novedad, mayor la recibieron de la abundancia de ellos en tan extraño estilo de pintura. Y por gozar en una parte de la fresca tarde, llamando el secretario á un diestro músico, que para el caso había prevenido, hizo que en él cantase los versos del siguiente soneto:

Superior al jazmín, que aromas bebe,
del ramillete, que en compuesto aseo,
pueril de primavera galanteo
no perdona pensil, si flor se atreve.
Brillaba luminosa la que debe
que el planeta mayor rinda trofeo,
conociendo este valle á más que hibleo,
pues rica de carmín desdeña nieve.
Aquí de sus dos soles soberanos,
si rayos gira, por matar dan vida,
teniendo de divinos, más que humanos.
Que su belleza es pública homicida,
pero sus labios ceden cortesanos,
risa amorosa que á vivir convida.

No les pareció fuera del propósito en que se hallaban á los discretos convidados, por lo cual conocieron haber sido trabajo propio de su amigo, de que le rindiera la gratitud que merecía, y estando dando principio á alguno, aunque recatado despejo, las dos hermosas señoras oyeron que en la puerta de la entrada de aquel chiprial país daban golpes, á que atento el secretario, pidiéndole á su amigo licencia para ir en persona á ver quién llamaba, llegó á la vista de un corredor, que caía á él, y estaba en una aseada casa, que junto tenía con el servicio necesario, para si se ofrecía dormir allí; y viendo en ella á don García Tello, ca-

ballero mozo, natural de Sevilla, de galán talle y hermosa presencia, vestido de camino, si bien con muchas joyas aseado, con quien él tenía particular amistad, á quien le pidió bajase y entrase dentro, diciéndoles que para tal persona no había puerta cerrada, que haciéndolo con brevedad, le recibió Ginés Carrillo con amorosos abrazos, dándole el bien venido y representándole por parte de sus finezas la que le hacía en llevarle á la vista de sus citados huéspedes, haciéndole saber cómo estaban allí y encareciéndole la gallardía de doña Ana, como si él estuviese ajeno de saberlo. Y luego que llegaron donde estaba, le pidió perdonase el añadir otro oyente más á la conversación, significando tenerle muchas obligaciones al que traía, dando á entender quién era, su calidad y partes. A que don Francisco de Herrera, que este era el nombre de su padre de la Diana de aquella selva, tan benévolo como cortesano, respondió dando muestras del gusto que de conocerle había tenido, por haberle ocasionado á aquel deseo haberle oído nombrar, entre algunos deudos suyos, que exageraban su estimable proceder y gracias á quien había sido parte

para ello; y haciendo que su mujer é hija, quien no poco gozo de verle recibió, perdiesen algo del recatado encogimiento que de haber visto al forastero le parecía habían cobrado, les pidió lo excusasen y no atendiesen á que lo era don García, diciendo que quien tan conocida calidad tenía, adornada de tan honrado proceder, en ninguna parte merecía ser tenido por extraño.

Con que la madre de la jubilosa doña Ana, unánime á la voluntad de su esposo, con grandísimo desenfado y gracejo palaciego, contó algunos cuentos de mucho entretenimiento, y el padre de la misma suerte, esperando la merienda y mandándole á su hija cantase alguna letra, de muchas que bien estudiadas tenía, hizo que el maestro llamado por el secretario le dió la bien acordada y sonora guitarra que ella como vergonzosa por el nuevo agregado, si bien lo hacía por ocultar sus secretas ansias de la reprensión de sus padres, la tomó, y no causando en su concordación, dulcísimamente refirió cantando estos versos:

El amor á una serrana,
la sacó una tarde al prado;
multiplicando claveles

con el color de sus labios.
vestida de tabí verde,
florido como sus años,
iba acrecentando aprecios
al iluminado campo.
Llevaba joyas de precio,
más que de adorno serrano,
estimando entre otras muchas
la de un amante retrato,
y apartada del concurso
de los bailes y saraos,
que en diferentes cuadrillas
ocupan el verde espacio.
A solas junto á una fuente,
en su cristal contemplando,
tierna examina sus penas
y amorosa sus cuidados.
Á los jazmines y mirtos
mira unidos y enlazados,
de que á la florida selva
están envidia causando.
Entre el agua y las arenas,
las guijas vé, que faltando,
bulliciosas representan
gozar de feliz estado.
Contentos los halla á todos,
sin que respetos humanos
les priven gozar del bien,
concedido de los hados.
Sola así se considera,
ajena de lo que tantos
desvelos y amargas penas

le cuesta el solicitarlo.
Y estando confusa y triste,
medios á su mal buscando,
su zagal vino á la fuente,
donde lloraron entrambos.
Acaricióle amorosa,
y con cortesanos lazos,
por no ocasionar las veras
dejó su gozo burlado.
Huyóse de su presencia
con un atento recato,
dando avisos de cordura
á su amante ocasionado.

Acabó el romance la hermosa dama, tan aplaudido de los oyentes, cuanto el superior tono cantado; y como si jamás la hubiese conocido, don García le dió las gracias de la merecedora de alabanzas suyas y favor que había recibido en haber gozado de su angélica voz, y á los padres de la misma suerte, ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, de que no poco se regocijó doña Ana, viendo, que con aquella introducción ganaba, su por ella entendido y nombrado dueño, acción para poder frecuentar su casa; á que su padre y madre nuevamente se mostrarón reconocidos y le prometieron el tanto de su cortés ofrecimiento. Y estando en

este razonado soliloquio, llegaron los portadores de la tan expléndida como sazonada merienda, cumplida como la generosidad del que la daba; y poniendo las mesas ricas de indiano metal y aseadas de alemaniacos tejidos, salpicándolas el diligente jardinero de la armonática naturaleza de aquel bien asimilado paraíso, se pusieron juntos á comer y celebrar lo bien dispuesto de los dulces y sabrosos manjares.

Y antes de pasar adelante, dejando bien ocupados á los congregados caballeros y damas, digo que al don García Tello le habían mandado los rectos Jueces de aquella Real Chancillería, restituir en cuatro mil ducados de bien consignada renta de que vivía desposeído, por haberse apoderado en ellos, con licencia de su curador, un tío suyo, cosa que había remediado mal con haber más de doce años que se los tiranizaba, hasta que la edad le dió bríos para poner, como lo hizo, sus mismos pasos á la solicitud de su cobro, que tal vez los ajenos, por de muy amigo que sean, se cansan ó paran en la más importante ocasión, con que ejecutoriando su justa acción, se fué de aquella ciudad á la ya dicha de Jaén, á entretener-

se con la amable compañía de muchos caballeros, sus deudos, que en ella tenía, seguro de que les había de dar, no pequeña alegría con la buena nueva de su adjudicación. Y habiendo llegado á ella y á la casa de don Antonio Pimentel, primo suyo, después de haber descansado de la molestia del camino y estádose un día sin salir de casa y sólo recibiendo parabienes de su buen suceso, de muchos y nobles cortesanos, sus amigos, al otro siguiente por la tarde, saliendo á pasearse en compañía de don Antonio y á ir pagando las visitas que le habían hecho, determinaron hacerla en un convento de monjas de la Orden de San Francisco, á una religiosa, tía de su primo, quien por hacerles halagüeño festejo, había sacado en su compañía, á la reja de un locutorio, á doña Ana de Herrera, que es la que dejamos en el jardín, por tenerla en su compañía, á causa de la ausencia de su padre, y hallarse la noble y virtuosa madre, como embarazada con ella, por algunos, aunque pequeños disgustos que la causaban las continuas músicas de las noches y paseos de los días, que en bien aderezados y adestrados caballos desempedraban la veci-

nas losas de su casa, algunos juveniles desvelos. Y atendiendo el advertido y galán forastero á la honesta belleza de la casta doncella, sin más informe que el de saber, que como le sobraban gracias, no le faltaría calidad, la miró con atención de ser su esposo, teniendo á buena fortuna el haberla visto, pues le había pagado tanto su atenta modestia; y después de mostrarle con los ojos el vivo deseo del alma y de agradecer á la religiosa el favor recibido y mayor en haber traído á la reja aquella niña, si bien no lo había hecho ella con fin de ocasionar desvelos, sino por sazonar la conversación con su discreta virtud. Despidiéndose cortesanos se fueron, y por ser ya tarde, trataron de recogerse; y en lo que tardaron en llegar á su albergue, le dió parte á don Antonio del centelloso deseo que había concebido en aquella vista que habían hecho, y de la intención que tenía y trataría de ejecutar, pidiéndole le informase, si sabía que en su calidad hubiese alguna parte no debida y que importase al desdoro de las suyas, después de empeñado en lo que pensado tenía; pues aunque él había entendido siempre de aquel estirpe y antiguo solar loa-

bles alabanzas, que no dudaban fuesen así se lo decía, para que como quien más cerca dél vivía y como amigo y deudo, le desengañase de lo que en contrario ó no hubiese, rogándoselo con muestras de encarecimiento.

Quedó su primo confuso de haberlo oído, porque entre muchos de los que habían frecuentado con solicitud la calle de doña Ana, era él uno y no quien menos se había mostrado; y ansí, viendo que ignorante de su empeño don García le tenía y deseaba emprender, le respondió que se retirase á su cuarto, que él desde el suyo le haría sabedor de lo que preguntaba; y sin replicarle más, cada uno con sus criados, se entraron á sus separados recogimientos.

No dejó de causarle novedad á don García la respuesta de don Antonio; y aunque estuvo variando en conjeturas, nunca resolvió á acreditar ninguna, ni advirtió en qué podía estar aficionado, como él había venido, por ser mozo galán, y tener tan cerca la ocasión de ser violentado á ello con la nobleza, virtudes y belleza de doña Ana, y así dudaba cuál pudiese ser la respuesta que á su pregunta se le daría. Pero á poco espacio, que estaba divertido en su amoro-

so pensamiento, bajó un criado de su primo y dió un papel que venía sobreescrito para don Luis de Contreras, caballero viejo muy bien entendido, con generalidad y despejo en todas materias, diciéndole le pasare por los ojos, reservando otro en la mano, dirigido á los de la descuidada dama, causa de aquellas aficiones. Y por ver lo que le quería dar á entender con aquellas no penetradas enigmas, alzándole la oblea que traía puesta en seco, leyó que decía desta suerte.

«Señor don Luis, como á caballero que tanto estimo, y á cuya mano fiaré los buenos sucesos de mis mayores empeños, con la satisfacción que de los buenos aciertos que de v. m. tengo, le suplico, porque importa, me haga sabidor de la antigua calidad y nobleza de los Herreras desta ciudad, y si han tenido por consanguinidad ó afinidad, alguna interpolada sangre no debida, agregada á la clasificada de su estirpe, que para la seguridad del secreto, doy mi fiel palabra y de que no hará perjuicio á su reputación el informe que en ello diere v. m. á quien guarde nuestro Señor. Desta su casa, y Marzo catorce,

Don Antonio Pimentel.»

Acabó de leerle don García, y le pareció muy buena la advertencia de su primo, pues además de mirarle ir travesado por natural de aquella ciudad y algo deudo de su madre de la dama, consideraba que siempre las cosas tocantes á la inquisición de cosas pasadas les era debido el declararlas á los ancianos, pues como testigos de vista estaban con buen acuerdo en la inteligencia del desengaño que cedían. No quiso don Antonio señalar particularmente la casa de la pretendida Anarda, porque de hacerlo, se podría dar documento á don Luis, para que juzgase la causa por qué se la pedía y por qué los de éste apellido todos eran unos, y así habló con generalidad en el linaje; pues con eso, por lo que resultar adelante pudiese, tenía asegurada cualquiera conclusión, que cerca dello se le opusiese.

Mas viendo el papel que se le remitía á doña Ana, quedó con alguna suspensión, considerando, si sería dándole aviso de lo que él le había comunicado, de que no poco gusto recibía é imaginando que el haberle llevado á verla, había sido debajo de tratado caso, teniendo dello alegre placer; y así, volviéndole al portador, el que ya se

ha oído de don Luis, se partió á su expedición.

Bajó don Antonio á ver á su primo, y como si jamás hubiese tratado del suceso que entre las manos traían, no hablaron uno, ni otro palabra en él. Y discurriendo sobre varios festines y juegos de cañas que en Sevilla habían tenido por la canonización de San Pedro Nolasco, gran Santo en la Religión de la merced, llegó la respuesta de los dos billetes, escrita á las espaldas dellos mismos, advertencia que de palabra hizo el noble Pimentel á su criado, para que la diese á los que los recibiesen, por que en todo tiempo no presumiese ignorancia don García, viéndolos á la vuelta, de la amistad y galantería con que con él procedía, pues la anteponía al parentesco, y pidiéndole los abriese, comenzando por el de doña Ana, entendiendo que era la respuesta que ella daba, comenzó á pronunciar lo mismo que don Antonio le había escrito, que fué lo siguiente:

«Mi señora doña Ana: en nombre de don García Tello, mi primo, que en mi compañía besó á v. m. la mano esta tarde, acudí entre otros caballeros, solícito de su buen

suceso, á mostrar con mis mal lucidas libreas y galanteos, el deseo que tuvo y hoy en él vive, de nombrarse dichoso merecedor de su feliz empleo, de lo cual he excusado dar esta noticia hasta ahora, por mirarle divertido, y ausente desta ciudad en la prosecución de un pleito de cuatro mil ducados de renta, que justamente le fueron adjudicados; su calidad es la que se conoce, que por tocarme tanto no relato, en presencia la vista, pues no es la primera vez esta, y su caudal, por más durable, el referido, y sobre todo, copiosa voluntad, merecedora de estimación que teniéndola de permitirle la continuación de sus servicios, con debidas y recatadas muestras, las dará de su rendimiento, cuando le sean, si necesarias, posibles. Y de no adquirir esta concesión pasarán mis acciones y suyas, por hijas de una misma inclinación, atendiendo á que quiere más parecer obediente, que no granjear atributo de necio porfiado. Prospere Nuestro Señor á v. m. dilatados días de apacible vida con feliz logro de sus floridos años. De casa y Marzo catorce,

Don Antonio Pimentel.»

Quedó acabándolo de leer don García, absorto de ver que por aquel tan nuevo modo le hubiese dado á entender su primo la liberalidad que con él usaba, si agradecidísimo al ofrecimiento, pues conocía se privaba de aquello, porque tantos desvelos había puesto, como bien advertido en su carta refería y no sabía qué determinación tomar en el caso, considerando que si no proseguía en la pretensión, sería desaire para don Antonio, pues juzgaría que él podría haber imaginado que hubiese tenido algunas finas desenvolturas los dos: y para con doña Ana, no quedaría tampoco bien opinado, ni su primo admitido, después de haber dado á entender que habían sido las usadas finezas inducimiento de cuidado ajeno. Y sin tomar la resolución conveniente, pues no era posible hasta ver lo que doña Ana respondía, volvió á leer las espaldadas de las razones oídas estas:

«Señor don Antonio Pimentel; siempre creí que v. m. hacía oficio de amigo y noble pariente, por don García Tello, á quien estimo, como merecen sus partes; por las cuales y la voluntad que en su nombre se me significa, dejando aparte las de su cono-

cida calidad, le prometo debidamente corresponder, condescendiendo á ser suya, en virtud de la fe de su prometimiento, y obligación á las asistencias de que me acuerdo, por su orden interpuestas; si bien no se le pueden seguir los efectos breves, por causa de partirme á la ciudad de Granada, donde mi padre espera para que le sirva de alivio á la continua y pesada melancolía, que de solicitar el desagravio de un juez apasionado trae; y así si no tiene más ocupación en Jaén que las visitas de sus amigos, procure abreviarlas é irse en mi seguimiento, que con esto, no faltando en mí el deseo de servirle, solicitaré la benevolencia de las personas á quien obediente debo agradar, quedando tan obligada como justamente reconocida á v. m., á quien deben los anales inmortalizar de firme amigo. Y guarde Nuestro Señor. Santa Clara y Marzo catorce,

Doña Ana de Herrera y Salcedo.»

Y habiendo dado fin al no imaginado condescender, por ser con el modo trágico, visto su atracción, le agradecía don García á su primo, con grandísimas muestras de

placer, la generosa acción que liberal con él había hecho, trayéndole á la memoria que sólo de Alejandro se leía hasta aquellos tiempos, hubiese cedido su pretendida dama, como él daba á entender á otra voluntad y con menor estimación, pues había sido despojada de la virgínea infancia. Pero luego que conoció, que su pensado intento era entregarse en sus brazos, sin embargo de lo que doña Ana escribía y le procuraba reducir á que nuevamente aspirase á ello, no borrando de su memoria los desvelados pasos, y gastadas horas, que por lo que bien merecía y de cortesano se desposeía, había dado y tenido, asegurándole lo habría por dichosa suerte, prometiéndole que para su mayor descanso, necesario siendo, le señalaría y ayudaría á la suya con mil ducados de renta por cuatro años, hasta que pusiese ajeno de empeño su mayorazgo, obligándose á ir por su persona al convento y deshacer lo supuesto del escrito papel, y dejar concluído el buen acierto en que aficionado le juzgaba; pero no fué posible que tal admitiese, respondiendo que la obligación de su sangre y amistad le habían movido á aquello, y que así no le repugna-

se; y pues les decía haber salido apasionado, siguiese la ejecución de su intento, siendo tal como todos sabían, así en calidad como en virtudes, tomándose para sí por paga, la alabanza de saber agradar á sus deudos y amigos, por aquel y otros bien advertidos medios. Y volviendo á conferir sobre la respuesta de doña Ana, loaban el haberla dado tan clara, si bien atribuían á que la tía de don Antonio habría sido parte para ello, como lo fué; porque hallándose la hermosa señora, no mal pagada de la presencia de don García, y sabiendo por el informe de su renta, que la calidad era notoria, con gusto de emplearse en él, pues conoció que el escribirle don Antonio de su mano, era darle á entender el que tendría dello. Luego que vió el papel se lo comunicó á su protectora, y ella, viéndole y de letra de su sobrino, la animó á ello, juzgando que con una acción los dejaba á entrambos obligados, representándole las causas, por que bien les convenía, si bien ignoraba el cuidado antecedente de su sobrino, pues nunca lo había llegado á saber, por no haberle dado parte dello él, ni doña Ana. Y acordándose los dos primos del papel de don

Luis Contreras, que con el divertimiento se había quedado entre renglones, le abrieron, y visto, decía:

«Cuando mi obligación no pidiera debido desengaño, la edad me le hiciera dar, por no dejar aventuras á empresas, que como sucesibles pudieran tener riesgo, si bien en el presente caso no padecerá ninguno cualquiera intento, por la evidencia que de la limpieza, y antiguo solar de los contenidos en el de v. m. tengo, pública á la más extraña nación; con que los dejó, si no más loables, con dilatado conocimiento della y satisfecha la pregunta en que yo imaginé no necesitaba de absolución v. m., á quien guarde Dios. Desta ¡su casa, y Marzo catorce,

Don Luis de Çontreras.»

Todo le venía á don García á medida de su deseo, si se quería resolver á emplearse en la presente oferta, y dejando las porfiadas razones de una y otra parte, con pensada prevención trató de á la siguiente mañana, volviesen á escribir á doña Ana y á la monja, su patrocinadora, como lo hicieron, enviándoles á cada una conforme su

hábito un presente de ricas piezas, y algunas joyas cosa que no fué recibido de la honesta doncella, por decir que aún no era tiempo de hacerlo; si bien amorosa le correspondía con varios platos de diferentes manjares muy regalados, á título de que los enviaba la tía de don Antonio, èsto por excusar la nota del vulgo, y advirtiéndole que para el día que hubiese resolución en su viaje, sería avisado por ella, de que se mostraba alegre. Y así, dentro de cuatro le fué como ya había llegado el coche en que le habían de hacer, y sin más dilación se comenzó á despedir de todos sus deudos y amigos, por ir á Sevilla, á disponer sus cosas, antes que entrase en Granada á ejecutar lo que trazado en su imaginación tenía; con que después de haber visitado y acariciado cortésmente á la que se juzgaba su esposa y á la adoptiva conventual, y por ordenar sin nota lo que para sí secretamente guardaba, pedídole con encarecimiento no se hiciese sabedora á persona ninguna de lo tratado, porque no resultase atribuir á resolución de una tan virtuosa doncella el haberse determinado á regalarle y quererle sin licencia de sus padres, pues

podría dar sospecha de mayores empeños, se fué vía recta á la ciudad de su nacimiento, con aviso de que al otro día salía doña Ana para la de Granada.

Y estando una tarde bien apoderado de extraña tristeza, considerando el embarazo hallado á aquello en que había puesto los ojos, si bien no con pesar de lo que intentado tenía, por hacer más fuerza en él la honrosa satisfacción, que no su abrasado deseo, le llegó una carta de la cuidadosa Diana, haciendo saber su llegada á Granada y en qué calle y casa se habían aposentado; y añadiendole cuidado, le decía como su padre trataba de darla estado y que por aquella causa y otras que no alcanzaba del interior de su madre, quién lo hacía, la recataban con estrecha clausura, no dejándola de junto á sí, ni continuando las salidas de ella, si no era al cumplimiento del precepto de la Misa, y que así no dilatase su ida, porque con ella tomaran medio en lo que se había de hacer. Y acabando de leerla, tomó recado, y escribió en su respuesta otra, y le aseguró la apresuraría, y con simulada ficción, sin dar sospecha de desvío, la advirtió que para que no impi-

diese la dificultad de poderse ver en las partes donde con su celadora madre saliese, le envíaba aquella memoria de las Parroquias, Conventos, Hospitales, Cármenes y casas señaladas de gente principal, donde por ser como la suya de calidad podrían ir á visitas que él bien conocía y sabía, por haber asistido mucho tiempo en la ciudad con aquella cifra en cada una, para que habiendo sabido ella á la parte que iban, mirando el número, lo pusiese en un pequeño papelito, y sin que fuese visto de nadie, llegando á entrar en la carroza le dejase caer en el suelo, pues con aquello tendrían vencida la dificultad de la nueva vigilancia, y él acudir á verla sin ser de nadie avisado, ni se sabría que en ello cuidado ponía, para lo cual se quedaba él con otro traslado de la minuta, teniendo como tendría ordenado á un criado suyo pasase por la puerta de su casa todos los días por la mañana á las nueve, y por la tarde á las cuatro, y le cogería, caso que le hubiese echado, siendo conocida seña de no haber salido della el no hallar el papelito; y que tenía una carta que para ella le había remitido la tía de don Antonio, y no

se la enviaba por guardarla para que le sirviese de darle con ella nueva de su llegada cuando fuese á aquella Ciudad, pues en recibiéndola lo sería de que ya estaba en ella, y podrían comenzar á ejercer de la dispuesta traza de los números en la prosecución de sus vistas, pues sus padres no le conocían más que de noticia.

Tomó este nuevo modo de comunicarla don García, porque para lo que procuraba en el resumen del casamiento de la dama, no eran decentes, públicas demostraciones; y para que si como decía, trataban sus padres de darle estado, tampoco convenía que le perdiese por ellos, que pocos reparan en semejantes y debidos puntos de ajeno honor; y de esta suerte, poniendo todas las Parroquias, Conventos y demás dichas partes en la forma que se sigue, la cerró y se la envió.

La Catedral en número primero. n. 1.
San Francisco en número segundo. n. 2.
Santa Ana en número tercero. n. 3.
San Agustín en número cuarto. n. 4.
Santa Inés en número quinto. n. 5.
Ntra. Sra. de Gracia en núm. sexto. n. 6.
Y por este orden todas las demás partes,

como se ha dicho, llegó á manos de la hermosa doña Ana por el cuidado de una criada sevillana que entre otras en casa tenía, de quien más se fiaba y conocía bien á su por ella llamado dueño; y vista con innumerable contento, á excusa de su vigilante madre, se ensayaban las dos á solas con la inteligencia de aquella no vista ni usada instrucción; y á pocas veces que con los instrumentos de la pluma y papel la hicieron, acertaron gallardamente. Y así le mandó la cauta sirvienta procurase tener, sin que nadie lo viese, recado de escribir, para no faltar, por lo que le podría hacer el carecer dél cuando la ocasión se le pidiese, que por minutos la aguardaba. Con cuyo pensamiento padecía insinuadas tristezas, á que por dar divertimiento, si no alivio, mandando le trajesen al retiro de una aseada alcoba, donde estaba una arpa, en que agudamente acompañaba diferentes romances el angélico metal de su voz, comenzó el que sigue, desta suerte:

Ojos no andéis avarientos
de lágrimas en la ausencia,
que dirá quien lo supiere
que della no tenéis pena.

Pero sí me respondéis,
que las guardáis con cautela,
para llorar la alegría
cuando vuestro dueño venga.
Me dejaréis convencida,
porque censurado os fuera
mal lograrlas, cuando no,
se halla el remedio en verterlas.
Que aunque el dolor caviloso
á los sentidos desvela,
y el sentimiento, señal
hace en la más dura piedra.
Tal vez la esperanza suple,
por el gozo que se espera,
con que divertida el alma,
menos el mal le atormenta.
Mas de mis tristezas siento,
que me causa el detenerlas
mayor ardor á mis ansias,
y le pagará con ellas.
Y á sufrir y á padecer
penas el amor me fuerza,
esperando confiada
que tiempo tras tiempo venga.

Ya don García caminaba á dar asiento á su pensamiento; y así en no dilatado tiempo llegó á Granada, y remitiéndole la carta de la monja á doña Ana, que le servía de señal de que había llegado, no le cabía el gozo en el pecho, que tanto era su cele-

brado placer, y por ser el siguiente día festivo le suplicó, pues era forzoso salir de casa á la continuada devoción de la Misa, con que podría tener á la vista lo que tanto estimaba; de manera que, dándole las debidas gracias al portador de ella, le despidió quedando pidiendo á la nocturna madre del silencio abreviase sus horas por la brevedad de la aurora siguiente que solicitaba. Y aunque perezosa á sus deseos, no tardó mucho en anunciar la brújula del alba, y tomando noticia de la parte donde habían de ir á oirla, supo que á la Compañía de Jesús, y luego, usando del dado arbitrio, en un pequeño papelito puso el número en que caía una casa de una noble amiga suya, por donde habían de pasar, que era el de 56; y llegada la hora, bajando para entrar en el coche, le dejó caer en el suelo con recatada modestia, mandando al cochero guiase al referido Santuario.

Y apenas hubieron llegado á emparejar con la puerta del albergue de la amiga referida, cuando se le apareció en ella don García, porque luego que se apartaron las damas de la suya, el criado, que instruído para el caso tenía, cogió el mudo, si acer-

tados y fiel intérprete, y cotejando lo que con la memoria de su amo, semejante á la remitida, vió como era citado para la parte en que se halló, de que la placentera señora, viéndose con su acierto, recibió no pequeño gusto, mostrándolo con los ojos.

Esperó allí don García, hasta que acabado el sacrificio de la misa, volviendo á pasar doña Ana para su posada, recibió nuevos y jubilosos gozos en mirarle, por parecerle que ya se acercaba la efectuación de su casamiento, hablando con los ojos al retirarse más que pudiera con la pronunciación, y en la misma forma el gallardo forastero caminó para la suya, donde á poco más de las tres de la tarde de aquel mismo día volvió á mandar á su criado fuese á visitar sagazmente á la puerta de doña Ana, para si hallaba anuncio de su salida, quien poniéndola por ejecución, llegando á reconocerla, vió que iban entrando sus padres y ella en una lucida carroza, oyendo que le decían al cochero fuese al jardín del secretario Ginés Carrillo, y no encontrándose con ésto, y llegando á ella, levantó del suelo el papelito, que sin perder un punto en lo dispuesto, ajustado al número, que era

de 94, había dejado, y llevándosela á su amo, diciéndole lo que había oído, se holgó mucho, por ser el dueño dél grande amigo suyo, á causa de haber parado en su oficio el bien litigado pleito, que había tenido sobre su renta. Y previniendo que le diesen algunas joyas que llevar puestas, por serlo y de poco embarazo, las traía consigo, se partió en un muy hermoso caballo, que le envió un confidente, yendo prevenido decirle al secretario haberle buscado en su casa, donde le habían dado noticia cómo estaba en aquella su enviada floresta, que fué donde llegó, y los dejamos entretenidos en el cumplido banquete.

Y luego que acabaron de comer, habiendo interpolado parte de música y sarao risueño, se levantaron para irse á gozar del austro céfiro que blando corría, aromatizado del confortable olor de las flores; y apartándose el dueño de aquella amenidad, con don García, á uno de los emparrados, le dijo que su venida á buscarle había sido hecha de sagaz industria; y que pues tan unánimes se comunicaban don Francisco de Herrera y él, se sirviese de hacer oficio de casamentero, uniendo al yugo matrimonial

las voluntades que él sabía se tenían doña Ana de Herrera y don Antonio Pimentel, su primo, á quien bien conocía, contándole lo que con él le había pasado y cómo de agradecido, por su medio quería pagarle aquella no corta amistad, con la misma prenda que él le había cedido, pues tenía granjeado tanto en fe de tal calidad, y que ésto se hiciese sin que ella lo llegase á saber, hasta que estuviese efectuado con sus padres, pues aunque él podría tratarlo, lo excusaba por ser tan mozo y no dar sospecha á nadie, viéndole entrar y salir en casa de aquella dama, á que se pensase que fuese con otro fin. A que el secretario respondió lo comunicaría luego con don Francisco y haría de suerte que tuviese el fin que se pretendía, siendo tan evidentes las partes y trato de su primo, además de que también á él le tocaba aquella causa, por ser tan pariente de don García, á quien decía deseaba servir, diciéndole enviase luego á llamarle, que él por conocer la afición que don Francisco tenía á don Antonio.

Y dejando esto, fueron tomando la vuelta por entre unos matizados cuadros de verdes junquillos, alelíes y claveles, vinién-

dose á encontrar en el enmedio de su espaciosa calle con la cuadrilla del venerable viejo, que pareciéndole ser hora de irse á recoger, se despidieron de don García con mucho amor, quien les acompañó hasta que tomaron la encerada caja en que habían venido, y viendo que al entrar á ella se le había caído á doña Ana un encarnado clavel que llevaba puesto en en el tocado, y él había visto donde le cortó, y que por gozar de su olor lo había juntado algunas veces con el rubí de sus labios, porque no se perdiese rosa tan favorecida, lo levantó del suelo y con debida cortesía, tomando su ligero andaluz, se fué á su casa, ajeno del cuidado que tenía de dar asiento á su pensada correspondencia, considerando la dejaba en manos de quien tan bien lo sabía disponer, y con la certeza que se le dió del dichoso fin; sin más dilatarlo, escribió á don Antonio, sin decirle más, de que á toda priesa viniese á verse con él á Granada, donde estaba, porque le importaba á su re putación, que tanto como ésto quiso obligarle, y habiendo despachado un propio con esta carta, se quedó, mientras era hora de entregarse al sueño, escribiendo este so-

neto al clavel que había llevado y aún tenía sobre el bufete:

Triunfos ofrece amor á quien en vano
su gratitud aplica á deudas tales,
cuando clavel que veneró corales
albergue busca en cortesana mano.
A que los ojos libres porque ufano
vieron del corazón claras señales,
entre dudosas ansias, sí mortales,
su aprecio ofrecen con afecto llano.
Lo que perdió mi suerte, el clavel gana,
duplicando á sus hojas los colores,
que pudiera temer perder en breve.
Admirè su hermosura tan lozana,
y dije: flor, mi amor nada te debe,
tú y yo, somos deudores á Diana.

Descansó lo que faltaba de la noche como quien aunque perdía las gracias de aquella que intentó fuese su esposa y á quien bien estimaba, la volvía al que liberal le había hecho donación de ella, si decirse puede, haciéndolo en virtud de gratulación reconocida y sin que en él quedase átomo de pena por ello, pues más caso hacía de corresponder airoso, que no de la restauración del pesar, que cuando le tuviese molesto le investigase, poniendo en mejor lugar el atributo del honroso proceder que

no el disgusto que pudiera atraer el privarse de aquello que bien se había pagado, atendiendo que en otra parte á las muchas de su sangre y cantidad, no le faltaría mujer igual á sus prendas y no teniendo necesidad de más que de su bien discurso para esta reducción.

Y luego que al siguiente día fué hora de salir de casa, se partió á las de la Real Chancillería, que están en la plaza nueva, donde el Secretario era forzoso acudiese; y en el intermedio de algunos desocupados instantes á su oficio, luego que le vió, volviendo á hablar sobre lo trocado, le dijo á don García, cómo don Francisco de Herrera y su mujer estaban muy llanos á la disposición que ambos diesen, diciendo referían que su hija vendría en ello, por ser honesta y discreta, que se resignaba en la voluntad de sus padres; y apenas hubieron pasado estas razones, cuando se agregó á ellos el anciano contrayente, y ya declarado, confirieron los tres la materia de nuevo, dejándola por ambas partes bien asentada, ofreciéndose don García de ayudar á su primo con cuatro mil ducados en tiempo de cuatro años, para ayuda á sus alimentos, de que daría libran-

za, desde luego, sobre sus feudatarios. Y con esto, por llamar al secretario de la sala de los señores jueces, se dividieron cada cual á dar orden á lo que más necesario les era, y don García, con generoso ánimo en su casa, abriendo los cofres de su ropa, dispuso para cuando llegase su primo cuatro cortes de vestidos de diferentes y costosos bordados, porque la falta de prevención de extraordinarias galas, no le sirviese de estorbo á su de él ignorado gozo.

Pasáronse tres ó cuatro días, que el criado del artificioso amante no fué á ver á la puerta de doña Ana, ni ella envió á saber dél, porque había entendido, oyéndoles á sus padres comunicar con secreto su casamiento, que lo hacían con quien su amoroso deseo le pedía; y pensando tenía su dichoso estado en el mejor que podía imaginar, le pareció no era conveniente dar más pasos en el extraordinario camino, pues juzgaba que más parecía liviandad que cordura; de que no le pesaba al prudente caballero, por hallar cada día mejorada la suerte de don Antonio, quien llegó á casa de su primo harto cansado y cuidadoso de hallarse metido en algún pesado desaire, pues lo que la

carta que le envió no prometía menos. Y aún más que haberle saludado, con el valor de su nobleza, imaginando era necesario su persona para algún desagravio de don García, le rogó le dijese la causa de haberle llamado con tanta prisa, á que le respondió se sosegase sin recelo de ningún mal suceso, que no podía darle cuenta de ella, hasta el siguiente día; y con este seguro, si bien con deseo de saberla, no volvió á tratarle más de ello. Escribió don García un papel, del cual sacó luego otro traslado, y dándoselos ambos al criado de quien se fiaba, le dijo los llevase uno á don Francisco de Herrera y el otro á Ginés Carrillo, que al tenor de lo en ellos inserto, si ambos con más razones, fueron éstas:

«Yo necesito de que v. m., luego como salga de casa mañana, permita á sus primeros pasos se conduzcan á la mía, donde tengo que comunicarle cierta conferencia sobre nuestro platicado negocio, que en otra parte no lo puedo hacer, por los inconvenientes que sabrá. Espero en ella, donde quedo al servicio de v. m. que guarde Dios.

Don García Tello de Guzmán.»

Hizo esto el gallardo joven, porque antes que su primo saliese de casa, quedase acabado con él lo por ellos dispuesto, para no darle lugar á que replicase á su proposición, si sólo se la hacía, conociendo lo galante que siempre sabía andar y lo estaría entonces, por seguir su cortés y generosa acción comenzada, siendo la voluntad de don García pagarle la suya con el mismo estilo. Y así, luego que el radiante Faetón bañó de oro la tierra, tuvo en su cuarto juntos á los llamados caballeros, y retirándose al aposento de don Antonio, después que le hubieron agasajado con el bien venido, mostrando alegrarse de verle, comenzó don García de esta suerte:

—Por lo que envié á suplicar á v. m. primo y señor mío, viniese á esta ciudad, fué para gratificarle con aquello que más quiere, la generosidad que usó conmigo y hasta ahora reconozco, sin olvidarme de ella, cuando viéndome aficionado á las muchas prendas de mi señora doña Ana de Herrera, hija del señor don Francisco, que está presente, desistiendo de su solicitado intento, por aquel no imaginado modo, el gusto que tendría de que yo fuese dueño suyo, re-

firiéndole con el realce posible las mías; y no hallando refacción que equivalga tal deudo de que ya estos señores tienen bastante noticia, mejor que pagarla con la donación de lo mismo, que si así decirse puede; él me cedía y hallándome justamente obligado determiné cuando v. m. más descuidado de tal estaba, que conociese que duraba en mí la memoria de lo que tanto entonces estimé, y ahora deseo satisfacer. Por lo cual, con la intercesión del señor secretario, he dado mi palabra, de que vuestra merced no la negará de esposo á la causadora de estas finezas, pocas veces vistas, pues constándole como le es evidente, su mucha virtud igual á ella nacimiento, no puede representar otra repugnancia más que la de mi respeto, y esa, ni la he de permitir ni es lícito que la haya, pues debajo de este empeño he juntado á estos señores, fiado en que tendrá efecto esta última resolución, que para el ínterin que el señor don Francisco la tiene en su favor, como espero, de su legítima hacienda, yo de la mía ofrezco mil ducados en cada uno de cuatro años, que quien tan liberal estuvo en su proceder, no es justo lleve otro premio, sino el

merecido y de más á más el que alcanzaren las fuerzas de un primo y amigo no olvidado del favor que recibió y que guardará siempre vivo para servirle.

Absorto quedó don Antonio oyendo á don García, y levantándose de encima del lecho, donde de rebozo sentado le había cogido la visita, por ser tan de mañana, echándole al cuello los brazos, le daba las debidas gracias, pero por no dilatar la hora al secretario, pues la de las siete, en que debía de estar en su usada ocupación, andaba cerca, respondió diciendo no poder acudir á lo que se le mandaba, porque en en fe de que ya su primo se había partido de Jaén tan gustoso y sin haberle dado cuenta de lo que entonces decía quedaba él de palabra casado con doña Juana de Contreras, persona principal y que todos conocían, con quien tuviera consumado el matrimonio á no habérselo impedido aquella venida, como se lo tenía avisado á él por cartás que le había enviado de Sevilla, donde pensó estaba, suplicándoles á los unos y otros le perdonasen, porque aquello era así, como lo decía una sortija de diamantes que traía puesta, la cual había recibido en

trueque de otra, de mano de la que había de ser su mujer, dándose por muy satisfecho de la voluntad de todos.

Con esta su respuesta, sabiendo don Francisco que decía verdad, por hallar lo mismo en algunas misivas que al entrar al cuarto le había dado un criado del recién llegado, de caballeros sus amigos, y allí abiértolas y leídolas, le persuadieron á don García á la creencia. Conque viendo el último vale del suceso, y pareciéndoles lo encaminaba el cielo de aquel modo, concertaron que lo que se había de efectuar para don Antonio se hiciese para su primo. Y así, dentro de ocho días, dando el asiento conveniente á sus negocios, se juntó en el primitivo himeneo con la merecedora de sus finezas, quien no supo á qué hubiese sido la ida de su nuevo deudo á Granada, pues se le dijo que sólo á hallarse en sus bodas, sirviendo de padrino, acompañados de todo lo noble de la ciudad.

De allí á quince días salió en revista sentenciado el pleito en favor del suegro de don García, y sacando ejecutoria dello, con todos sus hijos y deudos, despidiéndose del secretario, con hartas lágrimas, se fueron

á Jaén, donde tomó la posesión de su nueva hacienda, siendo agradablemente recibido de noble y plebeya gente. Y poniendo remate á los deseados aciertos de don Antonio, festejaron su casamiento con sumo gusto, haciendo doña Ana y don García el mismo oficio de padrinos en él, que su primo había hecho en el suyo.

De todo fué sabedora la religiosa, en cuya compañía estuvo en Santa Clara la recién desposada, ycomo parienta de todos, desde allí, con excelentes regalos, ayudó generosamente á celebrar su alegría, quedando unos y otros con amistad agradecidos y dichosamente honrados.





LA LIBERTADA INOCENTE y castigo en el engaño.

NOVELA SEXTA

Entre las muchas y suntuosas ciudades que con esclarecido lustre observa nuestra católica España, es una la de Avila, cuyas antiguas tradiciones tienen sepultadas en olvido las hazañas, dignas de alabanza, de sus principales habitadores, merecedoras de esculpidos y memorables bronces, en tiempo que entre otras muchas se restauró del feudo en que la tenía opresa la culpa del postrer godo, continuando siempre, los que le han ido sucediendo, portentosos atrevimientos en defensa de nuestra santa fe.

Tiene su asiento amparado de gruesa y bien edificada muralla, á quien rodea un

despeñado río que llaman Andaja, que ofrece á los ciudadanos sabrosa pesca y bullicioso cristal, y á cortos trechos de su hermosa orilla, bien electas y fortificadas puentes de cal y canto, que sirven de pasadizo para gozar del deleitoso campo que se le avecina, con una puerta en el final de cada uno, disposición tan antigua como importante á la servidumbre.

Por una destas, pues, poco antes que despertara el alba, vino á entrar un caballero de lo noble de aquella ciudad, y no menos rico, cuyo nombre era Ricardo, que habiendo ido á una quinta de labor, que seis leguas de allí tenía, le había hecho retroceder de la estada en ella cierto temeroso aviso que le dieron. Cuando al ir llegando, con un paje que le acompañaba, á una plaza que llaman el Mercado grande, vió desde algo lejos, en medio della, una luz encendida, levantada del suelo, sin que oyese ruido alguno de persona que la sostuviese. Y parando los adiestrados caballos en que venían, entregó el suyo al referido criado, por ir llegando á saber qué fuese á tal hora aquello que le causó novedad; y caminando á pie, solo, poco á poco, fué reconociendo

un desaseado cadalso, manchado de sangre, y un grueso madero, del estado del cuerpo deun hombre, que estaba fijado en la tierra, una silla clavada, y en ella un cuerpo desnudo, sentado y atado, porque bien se tuviese, y por mejor mirar aquel espectáculo, aunque con asustado ánimo, tomando la luz, que en otro palo del mismo altar que del dicho delante estaba puesta en forma de candelero, se llegó de más cerca y vió que no tenía cabeza, aunque algunas heridas, y que en una mano sustentaba artificiosamente un puñal sangriento y en otra un epitafio escrito en letras de mediana forma, que decía:

Supplicium est
Pœna peccati

Quedó confuso y admirado el valeroso joven, sin dar absolución á la trágica historia representada, pues no hallaba su discurso ninguna conveniente, según el cuidado y nueva dada en la quinta le traía; y volviendo á poner la luz donde la había quitado se fué á la parte en que su paje estaba, no dándole á entender nada de lo que había visto. Y tomando segunda vez su volador pegaso,

trató de irse á su albergue por ver si era cierto lo que á él le volvía, y caso que no, queriendo más saber de ajena relación la causa de aquel espectáculo, pues venido el día lo publicaría el vulgo, que nada calla, que no á costa de su medrosa especulación.

Pero apenas llegó á la puerta de su casa, cuando hallando á aquella hora abierto el postigo della, le causó otro no menor temor y sospecha que la del asombro referido, por mirar principios de lo que secretamente buscaba; y apeándose allí, volviendo á entregar al fiel asalariado el leal cordobés, le mandó se esperase hasta que si conviniese entrar dentro se lo dijese, y haciéndolo él halló con grandísimo silencio todo el patio y con la luz del farol del zaguan fué subiendo por la escalera, embozado, desnuda la espada, hasta que llegando á la primera sala vió una vela encendida puesta en un candelero de plata, y levantándola del suelo, llevándola en la mano izquierda, fué entrando y mirando los más secretos y estrechos rincones de su morada, que bien sabía; y no hallando anuncio de lo que con lo avisado y visto tanto tenía, llegando á la última cámara donde tenían el nupciable lecho, le halló

todo revuelto, y la nevada y sutil holanda dél, bañada de un criminal estrago, con que tocando tantos indicios de su mayor oprobio que cargaba á la facilidad de su esposa, pues así se lo habían escrito, desanimado entre tanta soledad y silencio, se quedó rendido á un violento desmayo peleando con su misma reputación.

Y volviendo brevemente en sí, considerando que no le estaba bien el que el día que ya venía, le hallase allí ó le viese alguna persona, pues podrían darle por agresor del suceso, de que hallaba tantas muestras por descargar á los perpetradores dél y por no oir diferentes pareceres entre rumor de la plebe, que era forzoso haber de juntarse en sabiendo el caso, siempre temiendo que era Elvira, que así se llamaba su mujer, la que había visto en el funeral teatro; volviendo á bajarse abajo, sin atender á cosa alguna, ni al robo que le pudieran hacer de lo que tenía en su casa, subiendo en los caballos amo y criado antes que bien esclareciese, fué á mejor enterarse si el cuerpo que había visto era de hembra ó de varón, pues con eso quedaría (como él decía), de una vez con mayor desengaño ó doblada pena,

cuando le estimulaban y molestaban tantos; pero aunque se dió harta prisa á caminar y llegó al criminoso sitial, ya le habían quitado y en la misma silla en que estaba puesto halló pegado otro epitafio que decía:

De un yerro mil yerros nacen,
mas lo que causó dolor
es que se huyó el matador.

Más confuso que nunca había estado quedó el noble y afligido Ricardo, considerando que aún el desahogo de aquella duda que procuraba, aunque fuese para su mayor dolor, no le dejaba hallar su mala suerte; y abreviando en sus pasos, si dilatando sus sentimientos con aquellas no pequeñas penas, saliendo á toda prisa de la ciudad, dispuso volverse á la casa de campo y no salir de ella hasta que con verdadera relación supiese si era la ruina de su honra la causa de tantos sobresaltos; y así encargando al fiel y compadecido siervo la vigilancia é inteligencia de ellos, dándole cuenta de todo y orden, para que oculto en la casa de algún amigo procurase saber lo cierto del presente suceso, y dejándole el caballo para que en él fuese á darle aviso de cualquiera nueva,

que favorable ó no adquiriese, y algunos asuntos que en una bolsilla traía, con diluvios de lágrimas en los ojos y de impulsos insufribles en el atormentado corazón, reprimiendo extremos naturales en el arrepentimiento, se despidió dél, mal pronunciando su lengua al decirle que en sus manos y sagaz cuidado, consistía la conservación de la corta vida que juzgaba tendría, pues la llevaba poco apoderada de las vitales acciones.

Era Ricardo, como se ha dicho, de lo noble de aquella ciudad, y como los hados traen diferentes inclinaciones en los naturales de los mortales, fué la suya á festejar damas, así de calidad, como sin ella, si sus hermosos rostros le agradaban, cuyas inquietudes y desvelos fueron parte, procurando excusarlos, á cortar el hilo de la vida á sus cristianos padres, que le amaban, dando por verdadera muestra del sentimiento el abreviar sus días con la pena de los que solían ser en él escandalosos despejos. Con que quedando único y solo, al desenfreno de sus vicios caminaba en ellos con relajado modo; pues, por último, puso los ojos en una doncella, en grande extremo hermo-

sa, pero hija de gente pobre y desvalida entre los nobles del temporal aprecio, por faltarle calidad ó caudal para tener mayor estimación; por lo cual, daba diligentes muchos y amorosos pasos, buscando medio para lograr lo que pretendía, si bien ella se recataba como cuerda, dejándose galantear como mujer, y no queriendo venir en la voluntad de Ricardo, hasta que casándose con ella, como le había prometido, los hiciese iguales el privilegio del amor, á que hallándose achacoso de su poderoso toque, considerando la firmeza tan constante de Elvira, y que no aprehendía modo de reducirla, cuando le había tenido de obligarla, se resolvió á disponer sus cosas por lo que resultar pudiese de algún enojo de sus deudos; y una tarde, determinado como hombre sin posesión de lo que bien quería, llegó á la casa de la casta y honesta doncella, donde de ella y su madre fué, como otras veces, con alegría recibido; y allí propuesta su determinación, dieron asiento á que el siguiente día, llevando á la fuente de la Sierpe, que está fuera de los muros, el coche de Ricardo, estando ellas advertidas de salirse á ella á las seis de la tarde, se iría él en él, y me-

tidos dentro todos con dos criados, caminaran á casa del Obispo, donde se pedirían uno á otro por esposos, quien no les había de negar las bendiciones vista su grande determinación; además que él confesaría ser mujer noble y deberle su virginidad, pues el Prelado no la conocía.

Trazólo de este modo el buen caballero y la salida á donde se ha dicho; porque si iba su coche á casa de Elvira y acaso le veía cualquiera de sus parientes, concebiría sospecha de lo que solicitaba y le pondrían algún impedimento á ello, estando todos tan á la mira de lo que pasaba; y con este temeroso desvelo y á su parecer oculto medio, quedaba excusado el que llegase á su noticia; y dejándolo así ordenado y dándoles una bolsilla de doblones, para que comprasen algo del aseo que á Elvira le faltaba para salir con más decente gravedad, se partió al entretenimiento del juego de los trucos, en que era diestro y usaba de ordinario.

Entre tanto, un gentilhombre anciano suyo, quien le había acompañado, llamado Beltrán, compadecido de su arrojada acción, procurando estorbarla, dió cuenta de

todo lo referido á un don García, tío suyo, quien juntándose con otros sus deudos, fueron á valerse del Corregidor, para que con su auxilio enviase fuerza de la ciudad á la pobre señora, ocultándola de parte que su sobrino no lo supiese; porque de no hacerlo así, se temían que había de perseverar en su empeño, tan poco honroso para su noble sangre; á que les respondió el recto juez, que en persona, llegada la noche iría con la prevención necesaria á quitar aquella causa de un tan compasivo desacierto. Y poniéndolo en ejecución, llevando algunos palanquines cargadores, entrando á poco más de las ocho de la noche en casa de la descuidada Elvira, le mandó el Corregidor que ella y su madre luego al punto, sin otro término que pidiesen, recogiesen sus pobres trastecillos y procurasen acomodarlos en las arcas y cofres que allí tenían, para que hecho que fuera le siguiesen, por convenir así al impedimento de un no pequeño escándalo que daban en la ciudad; que las solas y desprevenidas señoras, conociendo que no sería otro su delito que el de haberle dado el cielo más hermosura á la desgraciada Elvira que dicha en sus su-

cesos y haber violentado con ella los pensamientos de Ricardo á amarla; viendo ser mandato de la justicia y la presente cargadora gente allí, obedeciendo, temerosas compusieron lo más importante de su hatillo, que todo era poco, y lo más embarazoso encargaron, por orden de la justicia á un vecino cercano, con harta turbación de lo visto y oído. Y cargando los racionales movedores el ajeno caudal, se fueron donde las llevó más la obediencia que la voluntad, que fué en casa del Corregidor, desde donde, antes que otro día amaneciese y sin poder avisar á Ricardo, encargadas á un alguacil para que las acompañase, con su hacendilla, las llevó á la ciudad de Segovia, donde se le ordenó á poder de un sacerdote viejo, amigo de don García, quien le dió cuenta en una carta de todo lo pasado y aviso de que las recatase todo lo posible, por convenir así, remitiéndole mil reales en plata para que les fuese dando lo necesario; y advirtiéndole, que acabados que fuesen, caso que no hubiesen dispuesto de Ricardo, el cual tendría por bien aquello que hacían, pues le pretendían casar con brevedad en otra parte, muy conforme á su ca-

lidad, se lo hiciese saber, para que acudiese á dar á aquellas desterradas mujeres la congrúa que fuese justo, pues ellos se la habían quitado en su patria, siéndole causa de aquel movible desasosiego.

Fué, y volvió el dicho alguacil en tiempo breve, trayendo bastante razón de la llegada y entrega de las desterradas sin culpa, con que habiendo sido tan secreto como se ha oído, les pareció á los parientes del amoroso Ricardo que quedaban asegurados de la prosecución de su intento.

El cual, echando de menos á Elvira, así en su casa como entre las de sus amigas, donde la buscó, que tanto más la deseaba cuanto más lejos de sí la imaginaba; yendo á dar remate á la tratada salida del coche, hacía extremos más de loco que de amante, si bien cauteloso en la presencia de sus tíos, de quien presumía el robo y transposición de la joya por quien se desvelaba, y así dispuso el saber la parte donde podrían haberla llevado y escondido con grandísimo secreto y no menores diligencias por los suyos y otros solícitos pasos. Y ya cansado de dar tantos, si bien más abrasado en sus vivas ansias, visto que no hallaba alivio de

ellas en el descubrimiento de lo que pretendía, trazó mañosamente de reducirle y ajustarse á lo que sus deudos le aconsejaban, fingiendo con ellos haber entrado eu el conocimiento del yerro que le reprendían, dándoles muestras de arrepentido dél y cautelosas gracias por si hubiesen sido parte á su desvío, con que los aseguró de alguno del recato de sus puestas diligencias. Y por otra parte, hablando á algunos de sus amigos de su edad y calidad, de quien se fiaba, les pidió que, con la atención debida, procurasen sagazmente entender entre sus parientes dónde habían ocultado á Elvira, pues podrían hacerles dar algún indicio, con loarles su bien pensado advertimiento.

No tardó mucho en saber lo que se ha oído, pues entrando acaso uno de sus prevenidos amigos en casa de don García, con ánimo de inquirir algo de lo que se le había encargado, llegando al descanso primero de la bien edificada escalera, adonde salía la puerta de un cuarto muy recreoso y de buenas vistas, le oyó conferir con otro su deudo, la respuesta de una carta del presbítero segoviano, en que decía que cumpliendo

con lo que se le había mandado, había enviado con persona de toda satisfacción á Elvira, y á su madre á la ciudad de Salamanca al convento de San Pedro de las Dueñas, en compañía de una señora principal, con la recomendación y prometimiento, que por parte de ellos le había asegurado de ponerla en honroso estado luego que Ricardo le tomase, con que había partido muy contenta. Lo cual habían hecho los nobles caballeros, por parecerles poca clausura la de una casa particular, donde sabido por su sobrino, que allí estuviese, pudiera ir y arrojarse á sacarla de ella, causando muchos y mayores daños á sus obligaciones y hacienda; y porque la religiosa, á poder de quien la enviaban, era muy devota del sacerdote de Segovia y cercana parienta de la mujer de don García.

Pero apenas se adquirió esta noticia, cuando luego se la dieron á Ricardo; el cual, de allí á tres días, diciendo que quería ir á la insigne villa de Madrid á ciertos negocios que se le ofrecían, dejándolos sin temor de volver á continuar en sus amores á sus celadores parientes; antes que otra aurora anunciase su claridad, con un paje y bien

proveída maleta, se fué á Salamanca, y apeándose en un mesón fuera del concurso, mudándose el cortesano traje en un campesino y humilde, de que prevenido iba, con una supuesta carta por él escrita y firmada para la monja, contrahaciendo la firma de su tío y otra para Elvira, se fué al convento, donde á su pedimento, la tornera la hizo salir, dándole nueva que la buscaba un labrador del arrabal de Avila. Y llegada á la reja de un locutorio, donde le mandaron entrar al fingido aldeano, conociendo la dama la ficción, pues tenía delante de sí á quien tanto estimaba, salpicando de naturales matices de coral, la nieve de su rostro, dió asomos de aljófar en los azabaches de sus dos soles, si bien encubriendo de una escucha que la asistía, su tierno sentimiento, cobrándose de aquella suspensión en que llevada de su gozo se había quedado, abriendo el papel que se le dió y entendida la enigma dél, dijo que daba al cielo las debidas gracias por haberle concedido la que le había pedido que era el estado de quien cansaba que allí estuviese, pues le avisaba de que le había tomado Ricardo, que otro ningún medio podía haber dado la fortuna á su des-

ahogo y libertad si no era aquél, diciéndole al parecido labrador se fuese á su posada, que ella entraría á dar la carta á su protectora y le comunicaría lo que se le escribía, y á otro día, á aquella misma hora volviese y tendría la respuesta de todo lo que contuviese.

Volvióse el caballero á su posada, harto gozoso de la certidumbre de su hallada prenda, y sin perder un punto á la hora que se le había ordenado, fué y entró en el mismo locutorio del día antes, donde salió Elvira con la religiosa que la patrocinaba, quien la dijo que pues tenía sus cofres donde estaba su madre, se fuese norabuena á Avila donde la carta decía, pues ya no era dañosa la belleza de que gozaba para el seguro por quien la había firmado de su patria, cuyo permiso le daba en virtud de lo que sus renglones contenían, que era lo mismo que con ella usaba; encargándole al presente, que juzgó villano, pues su hábito no representaba más, llevase otra que le dió en respuesta y cuidase de regalar aquella niña y llevarla con mucho cuidado. Y saliendo del convento, sin otra detención, por conocer la dama el intento del que se

ofrecía, como siempre, por su esposo, que éste contenía el billete que á ella le dió Ricardo, firmado de su nombre, para que no replicase en salirse de allí, le siguió á su posada desde donde avisando á la madre de la honesta doncella, que estaba en compañía de una amiga suya hasta ver en lo que paraban tantas peregrinaciones, vino con toda brevedad, y haciéndose capaz de lo que pasaba, volvió á la noche á despedirse de ella y á traer sus prendecillas.

En el tiempo que tardó en hacerlo, le dijo Ricardo á Elvira, que era la causa de no haberle avisado de la parte donde había sido llevada y ocultada, escribiéndole quién había sido causa de ello, para que él no hubiese tomado el trabajo de buscarla con tan infinitos medios y trazas que para hallarla había dado, pues lo conocería en aquella última y sabía que era su determinación el casarse con ella, como lo había dispuesto la tarde que se desapareció, quejándose mucho sobre esta razón. A que le respondió que había sido tan atemorizada del Corregidor y de sus parientes, amenazándola con que la habían de quitar la vida si no ponía desvío á sus amorosos impulsos, que por no

ser quizá causa de mayores peligros corridos, así por ella como por él, no se había atrevido á hacerlo y aún entonces se juzgaba poco segura de algún calumnioso suceso, por conocer la instancia, que en contradecir el matrimonio hacían, con lo que le dejó satisfecho.

Llegó su madre, y entregando á un arriero que buscaron el hato que tenían, sin más dilación, pues no la permitía el ardor del pecho del abrasado joven, no habiendo sido posible dejársele apagar Elvira hasta fijar bien su negocio, considerando el resfrío que se cobra después de cumplido semejante deseo. Al otro día, en buenas mulas, llegaron á Avila á poco más de las ocho de la noche; y sin hacer más que apearse los cuatro en el campo, entrándose á pie en casa del Obispo, mandando al mozo de mulas diese las maletas en la suya y no dijese dónde quedaban, más de que se habían apeado á hablar unos amigos, y tomando de la mano á la que quería por mujer, con sólo el referido acompañamiento, se subió al cuarto donde Su Ilustrísima estaba, á quién sin otros preámbulos, entrando con toda la tropa se la pidió por tal; y aunque el cató-

lico prelado se aceleró conociendo la desigualdad de los dos y por tener noticia del estorbo y disgusto de sus deudos, tratando de reducirle á él y darles aviso con brevedad á ellos, no le fué posible hacerlo, porque al punto que le replicó, sacando la acerada daga de la vaina el ciego caballero, le dijo que, ó había de salir de aquella sala casado, pues á aquello venía, ó en ella quedaría á sus manos desesperadamente muerto, que tanta era su pasión.

Con lo cual, vista su indomable resolución, y sin más prevención que llamar dos capellanes suyos, que se hallasen presentes á la fuerza que aquellas razones le hacían, les dió las matrimoniales bendiciones; y aunque les mandó, que pena de excomunión y de mil ducados, no se ajuntasen en la consumación hasta velarse, solo á fin de impedir el hacerlo, como se ha dicho, no fué bastante, antes muy contento Ricardo con haber conseguido su gusto, á pesar de quien se lo estorbaba, si bien Elvira recelosa de alguna desdicha y como pesarosa de haber dejado el convento, aunque disimulaba, se fueron derechos á casa del que ya era su esposo, á donde por mejor irles á la mano, en

que no se juntasen, quiso el cristiano Pastor enviar á sacarla de allí y depositarla en un convento con su madre, pues sabía, que sin temor de la excomunión y pena se había hecho dueño de ella; pero como para con su conciencia y respecto de los parientes de Ricardo, sería público que habían hecho hartas diligencias y á él le había visto tan rematado, temiéndose no ser causa de alguna osada temeridad, lo dejó así, dándoles aviso de todo á ellos.

Cuando á la mañana el fino amador salió en el coche con su mujer, causando en el vulgo notable novedad escandalosa y en los ánimos de sus deudos un facineroso rencor contra entrambos, aunque no se lo dieron á entender en manera alguna, antes desviándola de él se maravillaban, así del atrevimiento de la doncella contra tantas voluntades y miedo que le habían puesto, como de no saber el modo que hubiese tenido Ricardo para entender la parte donde ellos tenían la que ya él llamaba esposa, atribuyéndole á ella la culpa de todo, juzgando haberle dado aviso de ello.

Sucedió, pues, que de la misma suerte que Ricardo, cuando le quitaron la causa de este

desacierto de delante de los ojos se consagró con sus deudos; también ellos habiéndose confederado y tratado lo que se oirá, ordenaron que pasados cinco ó seis meses antes que llegase á lograr fruto de bendición con Elvira, pues lo tendrían por varón de su sangre se reconciliasen con él y amigablemente le comunicasen, haciendo con la misma cautela que él con ellos había usado, aunque lo ignoraban, entrasen en hacer las amistades el obispo, corregidor y algunos religiosos graves con los principales de la ciudad y de su *proprio motu* rogárselo á los terceros para mejor desvelar, excitando el lance el ser partícipes de él, y en esta forma á los cinco meses, lamentándose de no haber remedio á lo hecho y ser forzoso hacer del sambenito gala, pues los que habían intentado cerca de que se disolviese el matrimonio por la desigualdad de la calidad y otras bastantes causas que representaban, no habían tenido lugar con él, apadrinando á unas y á otras partes los dichos obispo, corregidor, religiosos y nobles ciudadanos, hallándose juntos en la fiesta de la Santa Madre Teresa de Jesús, que con singular alegría la celebraban las religiosas de un

convento de Descalzas de su orden que allí hay; aquel día comunicándose todos quedaron al parecer del nuevo desposado, tan unos en la amistad como lo eran en la naturaleza, y de la misma suerte Elvira con las mujeres de sus parientes, que también en el convento estaban, quienes la recibieron si no con demasiado agasajo, con muestras de él. Y de allí á ocho días dispuso Ricardo el velarse, convidando para su padrino el anciano don García, artífice, *in capite* del daño que le prevenían, quien lo fué con muestras de aplauso, más benévolo del que tenía en el corazón.

En el discurso de los ya dichos meses murió la madre de la recien casada, quien le servía de compañera en casa y fuera de ella, con cuya falta hallaron más cómodamente dispuesto su civil traza los falsos amigos y mal acordados (en ella) deudos. Y así, viendo que Ricardo se divertía en la frecuentación de un cigarral ó quinta de labor de pan y vino que tenía junto á la villa de Ontiveros, dieron orden de poner en el lugar y falta de la difunta señora una criada de casa de don García, diciéndole convenía por ser su esposa niña y tener Isabel, que así era

su nombre, estilo de gobierno de una casa junto con que les agradeciese el quitarla de la suya, pues por de toda confianza se la daban y no menos virtuosa, con que sin otra dilación la hicieron poseedora de las comunes llaves del ordinario servicio. Y hecho esto dieron secretamente parte de su intento á Leonardo, caballero forastero, natural de Piedrahita, huésped de uno de los dichos parientes de Ricardo, engañándole con decirle que por medio de la sierva solicitase de Elvira con supuesta y amorosa ficción el rendimiento á su voluntad, interponiendo los que necesarios fuesen, pasos ruegos, dádivas, á que ellos suplirían sin retroceder en el intento un punto, pues como mujer se dejaría querer y obligar; y si por este camino no tenía entrada su determinación, se dispondría como más bien estuviese, pero que si era admitido, luego que le diesen certidumbre de ello, aplazado que fuese, pues era forzoso haber de serlo en ausencia de Ricardo, les diese aviso de ello y de la noche y parte por donde le ordenaban entrar por menos juzgado, para que uno de ellos ó más si conviniese encubiertos, como personas que le acompañaban para su mayor se-

guridad en algún fracaso, ya que estuviesen en el divertimiento de sus amores y efecto que imaginaban tendrían, con prevención de haber dejado al entrar de la puerta abierta la de un postigo de ella, de donde habían adquirido una falsa llave le darían muerte, á la que sin atención de sus disgustos se habían arrojado á contravenir en lo que tanto le habían estorbado, diciéndole al pobre forastero que nada le escandalizase ni diese temor, porque él había de salir libre en todo acontecimiento, dejándole que fuese de la cuadra donde estuviese y por el dicho postigo tomase por sagrado la casa de un vecino conocido de todos que vivía en el Arrabal que llaman de Abajo, á quien decían habían hablado sobre el caso y donde le aseguraban no corría ningún riesgo su persona, pues desde allí le darían con que hacer su viaje á los Estados de Flandes, donde le habían reformado de alférez de infantería, y para la parte que deseaba partiese, que con esto parece con la justicia, quedarían ellos con poca culpa, pues en ausencia de su pariente le desagraviaban el honor, fingiendo como todo lo demas habérseles escapado el agresor del adulterio, de que se haría á

su medida bastante información, y con él adquirirían mayor estimación porlo mismo, y en el vulgo tendrían loable alabanza y estarían disculpados de la oposición que habían hecho al casamiento, como quien temía lo que había de suceder, y quedarían vengados del menosprecio con que Ricardo había estimado á sus consejos y de la deliberada acción contra su gusto ejecutada por Elvira, contentos de que se llegase la hora de verlos al uno sin vida y al otro afligido y sin honra, como si á ellos no les alcanzara tanta parte por lo de ser tan cercanos deudos.

Y dada esta diabólica traza, con ánimo encubierto y dañado de matar con la inocente señora, y también á Leonardo, para su mayor disculpa, aunque le aseguraban de lo contrario, y él había obedecido, viéndose obligado de quien le propuso el caso, pobre y sin un real, para alivio de sus necesidades, entendiendo tendría, aunque cargado en el delito que se intentaba, razonable despacho para irse; y sin otra atención, acertado ser el instrumento dél, comenzó yendo más veces de las que solía á casa de Ricardo en compañia de unos y otros de los

confederados á usar de su supuesto deseo, con las ordinarias acciones de los ojos; y continuando las entradas en ella como los mismos deudos, con color de ser tan su amigo, hablando á Isabel, dándole para principio de su intercesión una razonable joya y cuenta del ardor que le dijo le abrasaba el corazón; á que ella le respondió agradecida, diciéndole dejase á su solicitud el desahogo de su pasión, asegurando no tendría mal suceso en su intento. Y oídas sus razones, se partió á casa de don García, á quien dió á entender el estado de su diligencia, que comunicado entre los del criminal concilio, les pareció no mal principio de su negocio.

Ya dije cómo Isabel era criada de don García, donde entraba Leonardo como en su misma casa, con cuya ocasión le había mirado con benévola voluntad y amorosa atención; y así, luego que le hubo hablado para que fuese tercera en el entrego que le decía deseaba hacer de sí á los halagos de su ama, se le encendió el pecho y renovaron sus impulsos, dando modo de gozar dél con el fabuloso engaño, que para absolución de esta novela se oirá.

Pasados que fueron diez ó doce días, y habiéndole dado en cada uno la criada á Leonardo alegres esperanzas por escrito y de palabra, viniendo á ver á su señora una tarde, antes que entrase donde estaba, le dijo cómo su amo se iba luego que amaneciese á la quinta á componer cierto rumor que entre los criados que en ella asistían había habido; y que así, teniendo, como tenía, á su ama reducida á la ejecución de su intento, le había mandado le dijese viniese á la una de la noche, por ser hora del mayor silencio en la vecindad, y con aquella llave que le daba, que fué otra del mismo postigo de la puerta de la calle, sin temor alguno de que nadie le encontrase, pues su señor se llevaba consigo al cochero y paje, y sola ella y el viejo escudero quedaban en casa, se subiese arriba y entrase hasta la cámara de su ama, volviéndole á asegurar que no hallaría impedimento, antes luz en el farol del zaguán y en la sala del estrado, para que menos embarazado de la obscuridad, tuviese dichoso efecto en lo que intentaba.

Y dispuesto lo que se ha oído, recogida en su aposento, escribió un billete, y con

todo secreto envió á llamar á Inés, otra criada de una prima de su señora, á quien después de los preámbulos de los saludos, le dijo diese á su ama aquel papel que le entregaba, porque importaba no menor que el estorbo de una muy grande desgracia. Tomóle Inés y llevóle, dándole sin dilación á su señora y haciéndole relación de lo que había dicho Isabel, quedó cuidadosa; más por salir del sobresalto que se le había recrecido, abriéndole, vió que decía:

«Ricardo, mi Señor, se parte mañana á la quinta, y he sabido de persona cierta, que en su ausencia desean algunas dañadas intenciones hacer secretamente un pesado desaire á mi señora, de lo cual no le he dado cuenta por no ser parte, asustándola con tal nueva, en que como sucesible pierda con el motivo del preñado en que está, la jubilosa sucesión que cercana espera; ni tampoco he avisado á mi dueño, por excusar que tenga nuevos desabrimientos, con los que mal advertidos solicitan lo referido. Impedirá cualquiera adversa proposición, el que al punto que se ausente mi señor, convide v. m. á su prima á su compañía, que estima, por los días que pudiere estar

sola, que éste hallo por el más suave medio y menos consolador de escándalo, pues para la guarda de esta casa, cuando ya no bastara, queda en ella el anciano Beltrán, con que se frustrarán más de un caviloso furor, que no expreso, por no convenir por ahora así. Guarde Dios á v. m. como deseo.

Isabel.»

Acabó doña Andrea de leer el último renglón, y recatando que los que contenía el papel los viese persona alguna, agradeciendo á Isabel el aviso; teniéndola por leal, tomando recado de escribir, dispuso la respuesta de palabra y un billete, que llevó la misma portadora del otro y puso en manos de su amiga, á quien hizo saber, decía su señora, quedaba muy pagada de su aviso y advertida de lo que le decía por el suyo, y que así, luego que Ricardo se fuese, hiciese con su ama la diligencia que era necesaria, entregándola aquel papel sin tardanza.

Trazó la encantadora Isabel los oídos engañosos de Leonardo, llevada de la pasión ciega en que su ardor la tenía, y el de la descuidada doña Andrea por quedar libre y sola en casa sin estorbo alguno para ejecu-

tar su deseosa voluntad, sin que en uno ni en otro caso de los dichos hubiese pasado cosa que ella supiese; pero como las causas de la inocencia son hijas de la piedad divina, permitió estas suposiciones para dejar libre á la que ajenos rigores pretendían castigar sin culpa.

Llegó la hora de partirse Ricardo, y apenas salió de casa cuando le dió Isabel á su señora el papel de su prima; que en él le pedía se fuese á la suya por el tiempo de la ausencia de su esposo, pues por estar el suyo en Valladolid en negocios, se hallaba muy sola, melancólica y desazonada, encareciéndole que en su visita y conversación mejoraría su achaque. No repugnó Elvira en lo que le pedía, antes dió por su respuesta el recoger su acostumbrada labor, y cubierta con su manto de rebozo acompañada de Isabel, irse á casa de doña Andrea, de quien fué recibida con no pequeño gozo, sin hacerle saber nada de lo que le habían escrito. Y hablando de varias cosas, vinieron á rematar en el buen suceso de Elvira, aunque logrado con tantos desabridos estorbos de que ella daba mil gracias al cielo, pues decía se hallaba tan querida de Ricardo

como copiosa de placer y llena de más bienes que merecía, pues por último le había comprado su querido dueño unas preciosas joyas de mucho valor y lucimiento; y rogándole su prima enviase por ellas, pues como mujer las deseaba ver y también con cautela para que allí se quedasen, por lo que suceder podría, pues tenía por verdadero el aviso de Isabel, le mandó que fuese á la que entendió virtuosa criada, y que le remitiese en un contadorcillo donde con otras de no menos precio las tenía y se quedase en casa cuidando de ella, como confiaba de su buen servicio que acreditaba doña Andrea, habiendo visto la acción del que no pensó fingido papel. Y vuelta que fué la enamorada y fabulosa criada á casa de su amo, llamando á Beltrán, que sólo había quedado, las remitió con él, á quien después que se recogió, le dijo como ordenaba su señora que si le preguntase cualquiera de los deudos de su amo si estaban en casa, respondiese que sí. Que esto hizo para asegurar si como podría suceder encontraban al viejo alguno de ellos y se le hacía tal pregunta, diciendo él dónde estaba, no le deshiciese la maraña que había urdido, pues para si venían á

verla, ya ella tenía pensado darle á entender que se ocupaba en algún ordinario baño, aderezo de sus enfadosos tocados con que se volverían.

Llegó la noche, y después que ella y el anciano cenaron y murmuraron, oficio de criado, cerraron puertas y ventanas, que eran á cargo del soñoliento viejo, el cual se acostó en un aposento bajo del zaguán, donde solía, no tardando, la hora dada al cuidadoso Leonardo, ni el de aparecérsele á Isabel en la antesala, habiendo entrado con silencio por el ya oído postigo y dejando cuatro de los crueles congregados embozados al subir de la escalera, hallándola junto al estrado con una luz encendida, que puesta en un candelero de plata dejó en el suelo, y tomándole de la mano, le dijo entrase dentro, donde ya su señora le esperaba.

Los agresores del delito que se cometió, luego que oyeron que se movía arriba la gente, pues aunque daban lentas y atentadas pisadas se sentían, juzgando que se irían acercando los amantes á la parte diputada, para conseguir su intento, se fueron subiendo poco á poco hasta la ante-

puerta de la cámara y dormitorio de Ricardo, donde asegurando el oído, oían razones, pero no conocían quién las decía, ni lo que en ellas pronunciaban por ser en voz baja. Y era, que viéndose Isabel con el por ella engañado alférez, estando ambos sentados sobre la cama de sus amos, le hizo sabedor de uno y otro engaños, fraguados á su disposición, dándole por disculpa el decir que el ardor de su pecho y sin igual amor que le tenía, le habían ocasionado á ellos, con que viendo aquella cautela, se mostró agriamente desabrido. Pero la encantadora Medea, halagándole con terneza en sus melosas palabras le procuraba reducir, á que pues ya estaba puesto en la estacada, sobre el seguro que veía, gozase el colmado fruto que su voluntad le ofrecía, á que él repugnaba, con intento de salir á dar aviso á los que había dejado ocultos y en espía, para que no ejecutasen su imposición, pues sería en vano, y no en quien deseaban; pero pudo tanto la insinuada persuasión de la civil hembra, que no le dió lugar de volver á fuera, diciéndole á Leonardo, que alborotaría escandalosamente, dando voces á la vecindad, imputándole de

robador de aquellos bien compuestos cuartos, y violador de la honra de su amo. Conque mal mirando lo que hacía, previniendo en su pensamiento, de que luego que sintiese entrar á los alevosos encubiertos, les daría noticia de lo que pasaba, para que no se lograse en quien no le buscaban su ejecución, dejóse llevar de su lascivo gusto, á tiempo que paso entre paso, gateando con pies y manos en el suelo, se llegaron á la nocturna sepultura donde estaban los dos artífices de aquella criminalidad que buscaban, hallándolos en su carnal divertimiento, furiosamente les dieron de puñaladas. Y aunque el engañado soldado entre los revuelcos de su sangre y la ajena decía parasen en quitarle la vida, porque habían errado el golpe dándole á quien en el caso no importaba. Entendiéndolo ellos que lo decía por verse él tan mal herido y anhelando con el postrer paroxismo dél, habiéndole dicho no la perdería, prosiguieron en quitársela á entrambos, rindiendo sus espíritus á mano de sus mismas culpas; y cortándole la cabeza al cuerpo, que asiéndola del cabello, pensaron era la de Elvira, con el de Leonardo, revuelto uno y otro en

una colcha de la misma cama, con muy poco rumor, sin mover la luz de la parte, que la ya difunta Isabel la había dejado, que no necesitaban de ella para la acción que ya juzgaban bien efectuada; si bien apresurando la diligencia, lo bajaron y metieron en un gran pesebre de la caballeriza, donde lo dejaron, y fueron á poner en la dicha plaza del mercado el sin cabeza de la que ya daban por difunta esposa de su deudo, cargándole ellos mismos, teniendo prevenidos los dos maderos, epitafio y silla en un obscuro rincón de unos portales que tiene.

Parece, pues, que antes que Ricardo saliese de la ciudad, los mismos que habían de cometer esta atrocidad, escribieron un papel, el cual mandaron á un pobre labrador, natural del pueblo de Nuño Sancho, lo llevase para cuando á su casa se volviese, que dijo lo haría aquel mismo día que se le dieron con la paga de su trabajo, y le dejase en la quinta de su pariente, dándole á uno de los criados que en ella hubiese, y dijese era de un amigo suyo del pueblo de Hernán Núñez, que está media legua de ella, para que lo encaminasen á su amo á

la ciudad, que ejecutándolo la simpleza aldeana, por adquirir el corto y miserable porte que ganó; el que le recibió, sabido que su amo iba allá, la guardó, hasta que llegado que fué el trágico Ricardo á su casa de campo, se le pusieron en las manos, haciéndole saber de quién había dicho el que le trajo que era, y deseoso de tener noticia de algunos negocios, que entre los dos tenían, de que imaginó algún importante aviso, abierto que le hubo, vió que estaba sin firma y que decía:

«Si quiere v. m., señor Ricardo, excusar la pérdida de su honor, que tiene intentado poner al tablero su esposa, de quien tanto fía, se vuelva sin dilación á su albergue, que quien desea que no pierda la honra le avisa como amigo fiel, que estará con el cuidado necesario á procurar impedirlo, si la industria no vence á la solicitud.»

De esta manera lo dispusieron, y el asustado cortesano, sin otra detención, más que decir le llamaban del ya dicho cercano pueblo á tratar cierto caso y que luego volvía trocando riendas al caballo, diciendo al paje le siguiese, entraron á la hora que se dijo por el Mercado grande, que era su más

derecho camino, donde industriosos habían puesto el cuerpo sin cabeza los movedores de aquel escándalo, para que Ricardo le viese cuando pasase. Los cuales, que ya se habían retirado de allí, arrepentidos de haber hecho tal, considerando, que si no hallaba la justicia en el lecho donde se había cometido el adulterio á los dos difuntos, no tendrían bastante disculpa en sus muertes, luego que se supiese haber ellos sido parte en ello, como celadores de la honra de su pariente. A toda prisa volvieron por él; pero en lo que tardaron de llegar, ya había pasado el afligido Ricardo y le había visto, lo cual ignoraban por haber venido por diferente calle que él había ido, cuando desde allí se partió á su casa, y en lugar del desfigurado cuerpo pusieron el segundo epitafio, con traza de que pues no había pasado á tiempo que le hallase allí, no sabiendo que le había visto, leyendo aquellos renglones comenzase su aflicción mediante el aviso que le habían enviado á la quinta, y después le continuase y confirmase encontrando el estrago hecho en su ordinaria morada. Y así, á toda prisa, volvieron con el cuerpo para el dicho efecto, por ex-

traordinarias calles, á tiempo que, volviendo Ricardo despavorido de lo que había visto en los cuartos de su albergue, por parte donde tampoco les encontró, poniendo los ojos en la silla y no viendo el desengaño que buscaba, aprendiendo lo que el epitafio que en ella estaba contenía, lleno de varios sobresaltos, trató, como se dijo, de retirarse á la parte de donde había venido, dejando en la ciudad al instruído paje.

Y llegados que fueron los facinerosos parientes con el racional descabezado, viendo que ya esclarecía, entraron á la parte donde el otro cuerpo y cabeza del que llevaban estaba, y sacándolo envuelto, como puesto le habían para subirlos al sitial donde habían padecido, y allí dejarlos hasta echar quien publicase el suceso, caso que Ricardo no viniese mediante su industrioso llamado, quien clamaría, como principal parte, ordenando entre ellos de estar cuidadosos para enviándole entrar, llegar á darle cuenta de haberle vengado de su agravio, y que él dijese que era quien lo había hecho, pues aun por este camino se querían valer de mayor descargo. Más, con la claridad

del alba, juntando la cabeza quitada con el cuerpo de cuyo era, queriendo de aquel modo acomodados ambos dejarlos, conociendo no ser el rostro de Elvira sino el de Isabel, maravillados y turbados del caso, causándoles un dudoso temor en sus animosos ánimos, no hicieron más que ponerlos allí en el suelo y zaguán, dando unos recios golpes en la puerta del aposento de Beltrán, se retiraron, dividiéndose al salir de casa, por ser menos notados, yéndose cada cual á la suya.

Despertó el dormido escudero al ruido del llamado, y saliendo á ver quién era, hallando casi junto á su mismo dormitorio los dos heridos y yertos cuerpòs y la cabeza, que aunque desfigurada, luego conoció ser de su compañera y tan desviada de la garganta, quedó espantado y admirado, tan muerto como ellos; y resolviéndose brevemente á que no le imputasen de aquella desgracia que miraba sucedida, no sabiendo quien fuese el autor de ella, dió voces, moviendo á que se juntase casi toda la vecindad, y no tardando la justicia y algunos de los deudos de su amo, que haciendo del ladrón fiel, se lamentaban con temera-

rios gritos, pidiendo remedio y averiguación de tal atrevimiento; y no hallando más que á la plañidora senectud en la casa, de quien hilo á hilo eran sus ojos fuentes, fué preguntado por su señor y señora, á que respondió cómo el día antes había ido su amo á la quinta, como si ellos no lo supiesen, y su ama á casa de su prima doña Andrea, en cuya compañía se había quedado á pasar la noche.

Entró el Corregidor con sus ministros, y mirándolo todo, hallaron la soledad que ya dije, aunque el rastro de la sangre, desde la cama de Elvira, que Ricardo no vió como era de noche é iba tan ofuscado. Y así mandó el Juez que luego se amortajasen los dos difuntos y les llevasen á enterrar, como se hizo, y á la cárcel al lloroso Beltrán.

Y avisando los fingidos doloridos á la inocente señora, de lo sucedido, viniendo en una silla de manos, le fué ordenado por el Corregidor se fuese á recoger al convento de Santa Teresa hasta que otra cosa conviniese. Cuando supo doña Andrea el caso, quedó absorta y sin razones con que encarecer tales enredos; y luego al punto se fué

á consolar su prima á la religiosa clausura, donde le contó el aviso que Isabel le había dado, quien le había movido haberla convidado á que se fuese á su casa y hecho instancia en que hiciese noche en ella, dejándole el papel para que si necesario fuese, haciéndosele algún cargo, lo presentase. Y llevándole allí las joyas que la tarde antes había visto, para que significase haberlas sacado, mediante la prevención y temor y no haber llevado más por no dar notas.

El criado que Ricardo dejó en la ciudad cuando se volvió á la quinta, luego que entendió el desastre sucedido y no ser su señora la muerta, ni tener culpa en nada, según decían, entró advertidamente á caballo por la referida plaza para quitar el epitafio, que cuando volvió su amo al reconocimiento del cuerpo, en su lugar habían visto para estorbar algún nuevo temor del vulgo, pero no halló señal de cosa alguna más que lo cavado de los hoyos donde habían estado clavados los maderos, porque los ya arrepentidos delincuentes, luego que salieron de casa de sudeudo, enviaron un lacayo de uno de los contenidos á que recatadamente lo quitase; y así tomó el dicho criado la calle

derecha, cual si nada hubiese entendido de lo pasado para la casa de su señor, y llegando á ella, vió que llevaban preso al desdichado viejo, quien le dijo avisase de todo á su dueño, viendo cerrar las puertas en presencia de muchos de los parientes de su amo y al Corregidor llegarse á él y preguntarle si Ricardo quedaba en la casa de campo, que respondiéndole que sí, le mandó que sin dilación le fuese á llamar; y el fiel mozo lo hizo con brevedad, que llegando á su presencia le contó todo lo que en aquel corto tiempo había sabido y visto, y como su ama era viva y estaba en las Descalzas por mandado de la justicia, con que le volvió el espíritu á su atormentado cuerpo, de donde ya le juzgaba para desasirse, teniéndole ajeno de dilatada vida, las fatigadas ansias de los doloridos, si insinuados pensamientos, y mandando ensillar una ligera yegua, á las dos de la tarde entró á apearse en casa de don García, su tío, ignorante de que él era la cabeza de la falsa congregación.

Y pretendiendo saber lo que se había escrito en aquel negocio, halló hecha alguna averiguación, aunque no dañosa á su repu-

tación, ni más de que decían que el difunto Leonardo festejaba á la con él muerta Isabel; y esto con criadas de otros vecinos de Ricardo, sin que supiesen quién las había quitado la vida, ni el medio que se había tenido para ello, si bien le dieron cuenta donde los habían hallado, y las señales de la parte en que murieron, como si él no lo hubiese visto. Y metido entre tantas confusiones, pidió que le trajesen á su mujer, pues entendería que era ella la muerta si le repugnaban en ello, y le bastaría aquel pequeño disgusto á acabar de estimular sus acciones y dejarle inhábil en ellas. Y llegado el Corregidor á verle, y entendido lo que pedía, mandó que luego la llamasen; y no tardando en llegar con mucho acompañamiento, turbada y temerosa, aunque sin cargo que verdaderamente se le pudiese atribuir, saliéndola á recibir su esposo á la entrada de la sala, la dijo que no se afligiese, ni acelase, pues él estaba informado de su inocencia y sólo tenía que pedirle la causa de haber ido á casa de su prima. Hallándose atajada por no haberle pedido licencia para ello, acordándose del papel de Isabel y joyas que en un lienzo traía y An-

drea le había dado, sacándolo y poniéndole en las manos el billete, fué lo que dió por respuesta. Que habiéndole leído Ricardo en presencia de todos, conociendo los más de los que allí estaban la letra, quedó mudo, sin poder ni tener que replicár.

No quiso volver á su casa por no ver segunda vez el indicio que tanto le había lastimado é industrioso callaba; antes mandó que trajesen todo lo mejor de ella á la de su tío con permiso que dió el Corregidor, no hallándolos culpa alguna y allí su ignorancía tomó por sagrado, el que le había sido mayor peligro.

Prosiguióse por la justicia en la sustancia de la causa de los dos sepultados difuntos; y no descubriéndose el agresor, sentenciaron á que fuese atormentado Beltrán por haberle hallado solo con ellos, de quien Ricardo cuidaba con extremo; y yendo el secretario á leerle el fallo cobró tanto pesar de ello, que apenas acabó de pronunciar la última palabra cuando cayendo desmayado el que atribuían reo, le dió tan pesado aprieto en el corazón que de allí á dos horas confesado y recibidos los Sacramentos, murió. Sintiólo mucho su amo, el cual lo mandó

hacer un honroso entierro, con que vistas tantas desgracias en tan corto tiempo adquiridas sin tratar de especular más el caso, considerando serían castigo de sus mecedades mal reprimidas, envíado de la mano del rey del cielo, temiéndose de otras mayores si se estaba en Avila, mudó su casa á la corte, enmendando su libertada vida; y allí luego que llegó honrándole amigos y extraños, lastimados del pasado suceso, de que les hizo relación á muchos, comiendo la renta de su mayorazgo que puso en fiel administración, vivió con Elvira de quien tuvo luego que llegó á Madrid sucesión de varón.

Los ya pesarosos parientes de Avila, conociendo haber sido permisión de divino poder lo pasado, pues sin saber cómo les había sucedido tan al contrario de su mal intento, desistieron de su rencor reconciliándose por cartas con Ricardo y Elvira, y regalándoles con presentes de aquella tierra, siendo correspondidos de ellos cortesanamente; y aunque después alcanzaron á saber el caso por orden del lacayo que fué á quitar los maderos de la plaza, á quien despidieron sus deudos de allí á pocos días, sin embargo no se dió por entendido, antes le

rogó á Rodríguez, que este era su nombre, no revelase aquel secreto porque no se volviese á levantar algún nuevo incendio, haciendo desde entonces mayor estimación de la firmeza y virtud de su esposa.

LAUS DEO
DEBAJO DE LA CORRECCION
DE LA SANTA MADRE IGLESIA



INDICE

DE LAS NOVELAS DE ESTE TOMO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA IMPRENTA IBÉRICA DE ESTANISLAO MAESTRE, Á LOS TREINTA Y UN DÍAS DEL MES DE ENERO DE MCMVIII

